Ernesto Trenchard

Los Libros Proféticos

introducción general

—

exposición de ISAIAS

C.P: 11.

200

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS PROFÉTICOS E ISAÍAS

CURSOS DE ESTUDIO BÍBLICO

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS PROFÉTICOS E ISAÍAS

por

ERNESTO TRENCHARD

LITERATURA BÍBLICA
Trafalgar, 32
Madrid

LITERATURA EVANGELICA
I. S. B. N. 84-85.108-33-7
Dep. Legal, M. 32.471.—1974
Número Registro: 9.810.—74

AGESA-ROMEZ. S. PEDRO, 40-MADRID

PREFACIO DE LOS EDITORES

Este libro que presentamos es la primera edición de lo que el señor Trenchard dejó escrito sobre el tema de la profecía. Los que recuerden los cuadernillos que formaban el curso por correspondencia sobre «Isaías» conocen la calidad de esos trabajos, pero el presente excede, con mucho, a aquellos útiles cuadernos. Tanto la Introducción general a los libros proféticos *como el* Comentario sobre Isaías *están notablemente ampliados, cumpliendo su función de una forma muy adecuada: tener un estudio general que capacite para comprender mejor los escritos de los profetas y tener un magnífico ejemplo en el estudio de uno de los más representativos de todos ellos. Tal era el propósito didáctico del autor, según nos lo participaba a sus colaboradores más próximos, y, desde luego, cualquiera puede darse cuenta de lo oportuno que es y de cómo lo consiguió en esta ocasión, como en otras muchas.*

Al igual que en el resto de sus obras, se cumplen los primordiales fines pedagógicos del autor: dotar de herramientas al alumno para que comprenda el texto en cuestión, a la vez que otros libros de la Biblia cuya clave sea similar. Todo ello sin olvidar nunca lo más importante, que es el mensaje central que el Señor quiere dar al que se acerca a Su Palabra con corazón deseoso de encontrarse con El. No hallará el lector discusiones eruditas sobre puntos controvertidos, pero sí lo suficiente para saber con precisión lo que significa cada pasaje, a la vez que orientaciones muy valiosas para comprender mucho mejor los libros proféticos. Los apéndices que incluimos al final del libro sitúan al lector en el fondo histórico y geográfico en que se desenvolvieron los profetas del Antiguo Testamento, lo cual es indispensable si se quiere entender bien el contenido de sus oráculos. La Introducción general, *el* Comentario de Isaías *y los*

Apéndices *serán de gran utilidad y beneficio espiritual no sólo para quienes los estudien como cursos de C. E. B., sino también para todos aquellos que los usen para su estudio personal, su lectura o su biblioteca de consulta.*

Seguimos pidiendo las oraciones de los hermanos para que podamos sacar a la luz los trabajos inéditos que —como el presente— aún tenemos de la pluma de Ernesto Trenchard, en la seguridad de que serán para la bendición de muchos creyentes de lengua española.

Madrid, junio de 1974

Abreviaturas:

A.T.	=	Antiguo Testamento
N.T.	=	Nuevo Testamento
Vers. H.A.	=	Versión Hispano-Americana
Vers. Mod.	=	Versión Moderna
LXX	=	Versión griega del A.T. del siglo III a.C., llamada «La Alejandrina» o «La Septuaginta»
cap.	=	capítulo
a.C.	=	antes de Jesucristo
d.C.	=	después de Jesucristo
comp.	=	compárese con
y ss.	=	y versículos siguientes
c.	=	circa, alrededor de la fecha de
in loc.	=	en el pasaje de referencia
op. cit.	=	en la obra ya citada
pág(s).	=	página(s)
ILP	=	Introducción Libros Proféticos
R.S.V.	=	Revised Standard Versión (inglesa)
I.I.	=	Introducción Isaías

CAPÍTULO I

LA REVELACIÓN DIVINA Y LA PROFECÍA

El Antiguo y el Nuevo Testamento

Pese a todas las teorías modernas basadas en revelaciones subjetivas, este estudio se funda en la convicción de que a Dios le ha placido otorgar a los hombres una manifestación objetiva de su persona en relación con la raza humana. La Santa Biblia contiene selecciones de la historia pasada en cuanto tiene que ver con los propósitos de Dios, revela la verdad sobre el plan de redención y nos da indicaciones con miras al futuro. Esta revelación se ha dado en forma escrita con el fin de asegurar su permanencia y amplia distribución. Ahora corresponde al hombre escuchar la voz de Dios. El centro del plan de Dios es el Señor Jesucristo, Dios y Hombre, y la revelación escrita se divide en dos partes: el Antiguo Testamento, que describe la preparación para el Advenimiento del Verbo eterno, y el Nuevo Testamento, que narra su venida, su obra y los resultados de ella. Sin embargo, la Biblia es una sola revelación divina, de modo que sus profecías no sólo predicen la obra del Mesías, sino que abarcan la consumación del plan de la redención llevado a cabo por el Mesías.

El modo de revelación en el Antiguo Testamento

Las obras de Dios. La revelación judeo-cristiana es única en su relación con la historia. No es solamente que hombres, tras largas meditaciones personales, hayan dado a conocer sus

conclusiones personales en ciertas épocas históricas, sino que Dios ordenaba el desarrollo histórico con el fin de que su intervención encerrara en sí lecciones que los hombres necesitaban y aún necesitan. El Diluvio, por ejemplo, revela que el hombre caído y «libre» llegará tan lejos en su rebelión y corrupción moral que es preferible una «operación quirúrgica» que corte el proceso, según los justos juicios de Dios, antes que la continuación del proceso de degeneración. En cambio, el llamamiento de Abraham, la formación del pueblo de Israel y el acto redentor del Exodo, manifiestan la gracia de Dios frente al hombre. La historia del pueblo escogido de Israel es una continua lección —en escala a veces amplia y a veces reducida— que señala las relaciones de Dios con el hombre.

Los mensajeros de Dios. Por otra parte, Dios entregaba a ciertos siervos suyos mensajes que habían de llegar directamente a los oídos del pueblo, y estos oráculos no sólo revelaban la Persona y los propósitos de Dios, sino que orientaban al pueblo, haciendo posible que hombres de corazón humilde ordenasen sus vidas —dentro de muy variadas circunstancias— según la voluntad de Dios. Estos son los *profetas*, de quienes hemos de discurrir en esta introducción. No se separan radicalmente los dos modos de comunicación, ya que, en muchos casos, las gestas históricas necesitaban la explicación profética. El conjunto de obras y oráculos llega a ser el medio de revelación tal como lo conocemos en el Antiguo Testamento.

Profetas en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Leemos de «profetas» también en las iglesias locales de la época apostólica, pero conviene hacer una distinción entre la obra de éstos y la de los profetas del Antiguo Testamento. Esta distinción surge del hecho de que los Apóstoles eran los encargados de recibir la revelación del Nuevo Testamento (Juan 14:26; 15:26 y 27; 16:13-15; 17:5-18; Hech. 1:21 y 22; 26:16-26, etc.) y podemos conceptuar a los profetas novotestamentarios como sus auxiliares en el detalle de la enseñanza de la Palabra revelada, generalmente en el ámbito de las iglesias locales. En cambio, no había más portavoces de Dios en el Antiguo Testamento que los mismos profetas. En términos generales, pues, la revelación del Antiguo Testamento se debía al ejercicio de la función profética, mientras que la del Nuevo Testamento dependía de la misión de los Apóstoles, con referencia especial a los Doce y a Pablo.

PERSPECTIVAS GENERALES DE LA OBRA PROFÉTICA

Antes de Moisés. Toda persona cuya vida, obra y palabras servían para comunicar algo de Dios y de sus pensamientos a los hombres era «profeta» en sentido general. Quizá nos extraña la cita sobre la profecía de Enoc que se conserva en Judas (vs. 14 y 15), ya que procede del «Libro de Enoc», una obra extracanónica, pero sin duda el hombre que «caminaba con Dios» estaba «en el secreto de Dios» (véase más abajo) y tenía algo que decir a las generaciones antediluvianas. Abraham se llama «profeta» en Gén. 20:7 y Sal. 105:15, pues Dios comunicaba frecuentemente con él por diversos medios, bien que no se le ve pronunciando oráculos como portavoz de Dios. «Hablaba» más bien por el significado total de su vida como hombre de fe, «amigo de Dios» y padre del pueblo escogido de Israel. Su mensaje llegó al pueblo de Israel —y a nosotros— gracias a la labor de redacción de Moisés, quien, sin duda, recogió las tablillas de las «generaciones» de las familias de los patriarcas al componer el libro de *Génesis*.

Las bendiciones de Isaac y de Jacob pertenecen a la esfera de la «profecía», con referencia especial a la predicción de acontecimientos aún futuros (Gén. 27:27-29; 39 y 40; 48:20; 49:1-27). Los sueños de José (Gén. 37:5-11), lejos de ser manifestaciones de la presunción de un joven petulante, venían a ser «palabra de Dios» (profecías sobre el futuro) que luego, durante los malos años de Egipto, «le probó» (Sal. 105:17-19).

Moisés como profeta. Moisés era caudillo de Israel, arquitecto de su constitución, legislador y profeta. Su labor como portavoz de Dios es tan especial que necesita un párrafo aparte (véase más abajo), pero la mencionamos aquí con el fin de dejar bien definidas las perspectivas de la profecía en el Antiguo Testamento. En escala nacional, todo empieza con Moisés y su misión como profeta también es normativa.

Profetas del período de los Jueces. Los «jueces» no eran oficiales llamados a aplicar las leyes —bien que podrían hacerlo—, sino «salvadores» del pueblo después de la caída de éste en diversas formas de idolatría. Débora se llama «profetisa» (Jue. 4:4), pero generalmente el profeta denunciaba el pecado del pueblo, recordando las obras de Dios como preliminar a la obra de un «salvador» ungido por el Espíritu para este fin. Así, antes del llamamiento de Gedeón, «Jehová envió a los hijos de Israel un varón profeta» con el mensaje típico que denunció el pecado, dejando abierta a la vez la puerta de esperanza en el caso de un verdadero arrepentimiento (Jue. 6:6-12).

La nueva era de Samuel. En su segundo discurso en el patio del Templo, Pedro mencionó a Moisés como profeta típico, cuya obra había culminado en Cristo. Pero también hizo referencia a «todos los profetas *desde Samuel* en adelante» (Hech. 3:24), señalando a este profeta como arquetipo de una nueva generación de mensajeros de Dios. No es posible entrar en detalles aquí, pero es importante para la comprensión de las perspectivas bíblicas que captemos el significado de los libros de Samuel y de 1.ª Crónicas, ya que la teocracia, administrada anteriormente por distintos caudillos, cede lugar a la monarquía. Quizá sería más exacto —en su aspecto ideal— decir que la teocracia (el gobierno directo de Dios) continuaba por medio de un rey (o virrey) y una dinastía, ya que David era rey según el corazón de Dios y las promesas hechas al fundar su dinastía se hacen eternas en el Hijo de David, Rey de reyes y Señor de señores. Samuel era llamado para la transición, y el cambio de estructura política no podía por menos que afectar al ministerio profético. Hallamos mención de compañías (o escuelas) de los «hijos de los profetas», relacionadas hasta cierto punto con figuras señeras como Samuel, Elías y Eliseo. Al mismo tiempo profetas como Natán y Gad sirven como consejeros de los reyes de parte de Dios. Algo más diremos sobre este tema al tratar de las designaciones de los profetas.

La decadencia de las monarquías. Los mensajes proféticos brillan con mayor intensidad contra la creciente oscuridad de los males políticos y religiosos del pueblo de Israel. Esto es muy evidente en el caso del reino del Norte —Israel o Efraim— después de la división del reino en los tiempos de Roboam y

Jeroboam. En el reino del Sur —Judá—, pese a muchas fluctuaciones y a su fracaso final, había reyes de la dinástica davídica, el Templo, el sacerdocio y los sacrificios, además del ministerio profético. En el Norte los infames «becerros» de Betel y de Dan sustituían el culto establecido por Dios en Jerusalén, de modo que sólo quedaba la voz profética. De ahí la gran importancia del ministerio de Elías y de Eliseo (1 Reyes, capítulo 17, hasta 2 Reyes 13:20). Sólo ellos —y sus discípulos de las escuelas de los profetas— proclamaban la Palabra del Señor, llegando a ser centro del testimonio de los pocos fieles que no se arrodillaban ante los becerros y Baal. Las opiniones varían sobre el valor del ministerio de los «hijos de los profetas», pero su asociación con Elías y Eliseo se destaca claramente en 2 Reyes 2:3 y 15; 9:1-13, con evidencia de que algunos, por lo menos, poseían genuino espíritu de profecía. En Judá varios reyes piadosos llevaron a cabo reformas religiosas, pero, con todo, el pueblo se contaminaba cada vez más con diversos sistemas de idolatría, y aun manteniéndose el culto del Templo, tendía éste a ser cada vez más externo y formalista. En esta época de decadencia, los profetas se destacan más como individuos, siervos de Dios llamados a diagnosticar los males del pueblo, pronunciando juicios sobre los rebeldes y llamando a todos al arrepentimiento. Sus mensajes subrayaban la necesidad de renovar el Pacto y desterrar las religiones falsas. También servían para reforzar el *Resto fiel*, el «Israel verdadero» escondido dentro de la nación oficial. Por fin —en el caso de Jeremías, por ejemplo— se veía el juicio de la destrucción de Jerusalén y del Templo como algo muy cercano, y por fin cumplida, ya que el pueblo no había hecho caso de las amonestaciones que los profetas le habían comunicado en el nombre de Jehová. De ahí la nota pesimista de tantos de estos oráculos. Al mismo tiempo el fracaso del pueblo no podía anular las promesas de Dios, y allá, en los «últimos tiempos», se veía en el horizonte una obra de gracia de parte de Dios, quien volvería a bendecir a su pueblo. El instrumento sería el Mesías, el nuevo Siervo de Jehová, quien cumpliría —en relación con Israel— todo lo que se había arruinado por la persistente rebeldía del pueblo. Samaria, capital del reino norteño, cayó en manos de los asirios en el año 720 a. C., mientras que Jerusalén no fue arrasada completamente hasta el año 587/586 a. C.

Los profetas del Exilio. Jeremías presenció la caída de Jerusalén desde dentro, mientras que Ezequiel, transportado a Babilonia anteriormente con el rey Joaquín, la veía en visiones que comunicaba a los exilados. Su escrito es extraordinario en cuanto a redacción y presentación, pero los temas son análogos a los de los profetas preexílicos: el diagnóstico del pecado de Judá, los juicios consiguientes, con detalladas promesas de una ciudad y un Templo renovados en los últimos tiempos por una obra especial de la gracia de Dios. *Daniel* no se incluía dentro de los «Profetas» por los judíos, sino en la sección del Antiguo Testamento llamado «*Los Escritos*», pero el Señor hace referencia a «Daniel profeta» —que, sin duda, refleja una costumbre contemporánea— y sus predicciones cobran un interés especial, ya que trazan «los tiempos de los gentiles», el período que media entre la destrucción de Jerusalén en 586 a. C. y la Venida del Señor para inaugurar su Reino. Escritos proféticos, ricos en simbolismo, se clasifican dentro del género «*apocalíptico*», ya que «descubren» el porvenir a la manera del «*Apocalipsis*» del Nuevo Testamento.

Profetas postexílicos. Los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías ministraban al pequeño resto de judíos que volvieron a su tierra en las condiciones descritas en los libros de Esdras y Nehemías. Hageo y Zacarías animaban al pueblo a persistir en sus esfuerzos por volver a edificar al Templo: tarea que, al principio, parecía superar sus fuerzas. Malaquías había de denunciar lo mucho de formalismo que había en el culto renovado. Es importante recordar que sólo un pequeño «resto» de todos los judíos dispersos volvieron a Judá en aquella época y en circunstancias de debilidad y pobreza. Llevaron una vida precaria entre las ruinas del reino antiguo, rodeados por poderosos enemigos, y por eso el retorno no puede ser el cumplimiento de las gloriosas promesas de la restauración de Israel que se hallan en Jer., cap. 33, y en tantos lugares de los escritos preexílicos. De hecho, las profecías postexílicos continúan los temas de los preexílicos, con análogas denuncias del pecado contemporáneo y con promesas parecidas en cuanto al porvenir.

El período intertestamentario. Los cuatro siglos que mediaron entre el ministerio de Malaquías y el de Juan el Bautista fueron muy movidos en la parte política, y explican el régimen judáico tal como lo hallamos en los Evangelios. Los escribas, intérpretes de la Ley, sucesores de Esdras, llegaron a ser los líderes del pueblo —para bien y para mal—, pero no resonó voz profética alguna en Judá hasta que Juan el Bautista denunciara la hipocresía religiosa de sus tiempos y la pronta manifestación del Mesías. El cierra una época y abre otra, según la aclaración del mismo Señor: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan. *Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan*» (Mat. 11:12 y 13).

Moisés, arquetipo de los profetas

Moisés en la presencia de Dios. La importancia de Moisés depende de la vocación de Dios y de los dones que recibió de Jehová, Dios de Israel. Una vez establecido este principio fundamental, es legítimo meditar en la importancia del ministerio de este siervo de Dios, que literalmente cambió el curso de la historia, ya que él era el instrumento que forjó el pueblo de Israel, colocado por Dios como centro y eje de todas las naciones. Era el caudillo que a veces tenía que cargar él solo con el peso del pueblo durante el período formativo y frente a múltiples contradicciones de parte de Israel, hasta dejarlo listo para la conquista de Palestina en las llanuras de Moab. Recordemos la envergadura de su misión general mientras consideramos el desarrollo de su función profética. Sin duda, Moisés había aprendido mucho acerca del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob por medio de los anales ancestrales guardados por los ancianos de Israel en Gosén, pero su primer encuentro personal con Dios corresponde al incidente del «arbusto que ardía y no se consumía» (Ex., cap. 3 y 4). Frente a la comisión que Dios le da, se halla temeroso y casi rebelde, y no se le ve como el hombre que vivía en la presencia divina, conocedor de su «secreto» (Jer. 23:22; Amós 3:7), hasta después de sus primeras experiencias al presentarse ante Faraón. Desde Ex. 7:14 en adelante, Moisés obra con toda la autoridad del embajador del Dios de Israel, ordenando y levantando las plagas según su

conocimiento de la voluntad de Dios. Dios había intervenido en la historia, y Moisés era su portavoz para explicar los acontecimientos. Más tarde, el Monte Sinaí llega a ser el lugar del encuentro entre Dios y el pueblo que llama para ser su posesión especial, pero sólo Moisés puede experimentar la gloria de la cima del Monte, actuando como mediador entre Dios y el pueblo (Ex., caps. 19 y 20). He aquí la condición vital del ministerio profético: vivir en la presencia de Dios como «vidente», cuya vista alcanza mucho más que lo temporal y lo material de este mundo.

Moisés como portavoz de Dios. Ya veremos que el profeta habla en el Nombre de Dios frente a las coyunturas normales de la vida, y también interpreta los propósitos divinos en relación con el plan de la Redención. Una y otra vez Moisés da a conocer la voluntad de Dios en las circunstancias inmediatas de la vida del pueblo. Además, como dador de la Ley, revela las demandas de la justicia de Dios frente al hombre caído, con referencia especial a Israel, que ha de ser guardián de la Palabra. En los hermosos discursos de Deuteronomio, Dios «estaba con su boca» de tal forma que trazó el sentido de la obra de Dios ya realizada a favor de Israel, alzando la vista después para vislumbrar su porvenir. Como en todo el ministerio profético, la «comunicación» inmediata de los mensajes de Dios se une a la predicción, que por fin (en su cumplimiento) será la prueba de la autoridad del embajador que habla en nombre de Dios (Isa. 44:7). Creemos que Moisés mismo llevó a cabo la obra primordial de plasmar sus palabras por escrito, redactando «los libros de Moisés» y el «Pentateuco» resultante es la base de toda revelación posterior dada por medio de Israel (Luc. 24:27 y 44).

«Jehová me ha dicho... profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca...» (Deut. 18:17-19). Así habló Moisés y sus palabras tienen doble cumplimiento. Por una parte, el ministerio profético en general había de seguir el padrón que él había establecido. Por otra parte llegaría Uno que había de ser la consumación de todo el proceso profético, siendo el Verbo encarnado de Dios, según la aplicación que Pedro da a este pasaje (Hech. 3:23). Su palabra sería final, y ¡ay de aquel que no la oyera!

Es notable el número de citas de *Los Salmos* que se hallan en el Nuevo Testamento, y muchas de ellas son proféticas, pese a que, para nosotros, se trata de una obra poética. El Señor resucitado dijo a los suyos: «Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés (el Pentateuco), en los Profetas y en los Salmos», o sea, libros del canon del Antiguo Testamento que no se clasificaban como «Libros de Moisés» o como «Profetas». Al mismo tiempo, el uso del título como representativo de los demás «Escritos» señalaba precisamente su importancia primordial. Al citar el salmo 2, los discípulos de Jerusalén dijeron: «Soberano Señor... que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes...?» (Hech. 4:25). Con todo, el estudio detallado de los elementos proféticos de Los Salmos requiere tratamiento aparte, ya que no surgen de un ministerio oracular. Basta decir que se arraigan en la experiencia personal de hombres de Dios, que vivían espiritualmente en el «Templo de Dios»; esta experiencia se sublima a veces por el Espíritu Santo hasta alcanzar niveles que sobrepasan la del salmista. En general, esta «profecía de sublimación» tiene que ver con el Mesías, tanto en su primer advenimiento como en las amplias dimensiones de su reino.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. Explique en sus propias palabras el concepto de revelación. ¿De qué medios se sirvió Dios para dar a conocer esta revelación en el Antiguo Testamento?

2. Discurra sobre la función profética, señalando las distintas etapas que discernimos en el Antiguo Testamento (Dese un pequeño comentario sobre cada etapa).

3. Describa la persona y obra de Moisés como prototipo de los profetas.

CAPÍTULO II

LOS PROFETAS: SU INSPIRACIÓN Y MÉTODOS

Designaciones de los profetas

Términos generales. J. A. Motyer, en su valioso artículo *Prophecy, Prophets* en el *New Bible Dictionary,* resume las muchas discusiones sobre las designaciones que se aplican a los profetas en el Antiguo Testamento, tanto en el sentido general como en el particular, y aquí seguimos sus sugerencias. Como título general se halla «varón de Dios», ya empleado para señalar a Moisés en Deut. 33:1. La sunamita enfatiza más la separación del profeta para el servicio de Dios, llamando a Eliseo «varón santo de Dios» (2 Rey. 4:9). Es el título que se aplica al profeta tal como se presenta delante del pueblo, hallándose también en 1 Sam. 2:27; 9:6; 1 Rey. 13:1, etc.

Desde el punto de vista de Dios mismo, los profetas son «sus siervos», encargados de dar a conocer su voluntad. De nuevo, Moisés es el arquetipo, ya que se le llama así en Jos. 1:1 y 2. Otros ejemplos se hallan en 2 Rey. 17:13 y 23; 21:10; 24:2; Esd. 9:11.

Designaciones hebreas. Los vocablos que expresan la función del profeta en hebreo son los siguientes: *nabi, ro'eh* y *hozeh.* El primero, *nabi,* siempre se traduce por «profeta» y los escriturarios están más o menos de acuerdo en que surge de una voz acadia que significa «llamar», creyendo algunos que significa «el llamado por Dios», y otros, «el que llama al pueblo en el nombre de Dios». La diferencia tiene poca importancia, ya que los dos significados se ajustan bien a la función

profética. El título de *nabi* se aplicaba a los «profetas» fuera de Israel que pretendían dar mensajes en estado de «éxtasis» de parte de los pretendidos dioses.

Ro'eh, se relaciona con el verbo «ver» y normalmente se traduce por «vidente», especialmente en la sección 1 Sam. caps. 9 y 10. Una explicación en 1 Sam. 9:9 parecería indicar un cambio progresivo en el uso de *nabi* y *ro'eh*, cediendo lugar *ro'eh* a *nabi*. De hecho, tanto *ro'eh* como *nabi* vuelven a aparecer más tarde. En la sección señalada de 1 *Samuel*, Samuel mismo se destaca como el *ro'eh* por excelencia (seis referencias en diez), y le vemos como el solitario siervo de Dios en contraste con los *nabis*, que pueden formar grupos.

El término *hozeh* se emplea normalmente para describir a los profetas que residían en las cortes de los reyes, actuando como sus consejeros al anunciar la voluntad de Dios (así en 1 y 2 Crónicas), pero hay bastantes pasajes donde se emplea cualquiera de las tres designaciones para las mismas personas. Entre otras cosas, los profetas actuaban como historiadores del reino: algo importante al considerar el carácter inspirado de los libros históricos (véanse 2 Crón. 9:29; 12:15; 1 Crón. 29:29).

Resumiendo, los términos especiales no señalan claras distinciones de funciones, y sólo confirman las dos vertientes principales de la obra del profeta: la de «ver» y comprender la obra de Dios en el «secreto» de su presencia, y la de declarar su voluntad al pueblo o al individuo. La versión R. V. de Amós 7:10 —17 presenta un problema, ya que, al parecer, Amós, profeta de Judá, enviado por Dios a denunciar la idolatría de Betel en el reino norteño, y en contestación a las amenazas de Amasías, sacerdote del santuario del becerro, rechazó el título de profeta diciendo: «No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero... Jehová me tomó de detrás del ganado y me dijo: «Ve y profetiza a mi pueblo Israel...». Podría ser que Amós quisiera distinguirse de los «nabis» falsos que vivían de su «profesión», pero es más probable que el verbo haya de entenderse en el tiempo pasado: «Yo no *era* profeta y Jehová me tomó y me dijo: «Ve, profetiza a mi pueblo Israel...». El que profetiza es profeta, y Amós no había de negar en una frase lo que afirma en la siguiente.

El oráculo. Como portavoz de Dios, el profeta solía comunicar el mensaje recibido en la presencia de Dios por medio de un «oráculo» o predicación pública, precedido a menudo por la frase: «Así dice Jehová» o por otra equivalente. Es muy importante recordar este tipo de transmisión al querer interpretar los escritos proféticos, ya que los profetas no desarrollan un tema dado continua y lógicamente, sino que pronuncian una serie de mensajes, más o menos homogéneos o más o menos relacionados con los que preceden o siguen a aquél que estemos examinando.

Métodos visuales. A la manera de buenos pedagogos de nuestros tiempos, algunos profetas comprendían la importancia del «método gráfico». Dios ordenó a Ezequiel que hiciera un modelo de Jerusalén con el fin de ilustrar dramáticamente para los exilados el curso del sitio de la ciudad por los babilonios (Ez. caps. 4 y 5). Más sencillas son las señales de Jeremías, que hablan del vaso estropeado en las manos del alfarero y de la vasija rota (Jer. 18:1-17; 19:1-15), pero la intención de subrayar el mensaje mediante actos dramáticos es idéntica. Zacarías, profeta postexílico, veía una serie de breves visiones que ilustraban las condiciones de su tiempo, acercándose al método apocalíptico que ya hemos mencionado anteriormente (Zacarías 1:18-6:15).

Naturalmente, los oráculos mismos se iluminan por medio de toda suerte de ilustraciones, y es interesante recordar que el hebreo, como idioma, tiende al uso de expresiones concretas, evitando las abstractas, lo que ha facilitado mucho la comprensión del mensaje por personas de diferentes tipos de cultura, prestándose a la traducción.

La inspiración de los mensajes

Revelación e inspiración. A Pedro debemos dos pasajes que echan mucha luz sobre el origen de los mensajes proféticos (1 Ped. 1:10-12; 2 Ped. 1:19-21), haciéndonos meditar en la relación existente entre *revelación* e *inspiración*, como también

en los elementos humanos y divinos de los oráculos. *Revelar* es poner a la vista de los hombres verdades que no podrían alcanzar por sus propias investigaciones ni por el uso de su raciocinio. *Inspirar* indica que «el aliento de Dios» *vivifica* la Palabra, bien que se digna utilizar instrumentos humanos. Pedro lo expresa de esta manera: «Santos hombres de Dios hablaron, siendo inspirados por el Espíritu Santo». Los hombres eran falibles en sí, pero cuando recibían el mensaje era ya «Palabra de Jehová», no limitada por «voluntad humana», y a veces expresando verdades que los mismos mensajeros no entendían del todo (1 Ped. 1:10 y 11).

Es evidente que Isaías, como hombre, es muy diferente de Jeremías o de Ezequiel. No solamente difieren en cuanto a su temperamento y personalidad, sino también en su experiencia y preparación. El soplo divino no anula la personalidad, ni prescinde de la preparación, y, sin embargo, resulta claro del examen de los múltiples casos del ejercicio de su ministerio público, que el Espíritu Santo controla la situación con el fin de que el mensaje que surge de las circunstancias y de las condiciones de los mensajeros sea, de hecho, «Palabra de Jehová».

La comunicación de los mensajes. Desde luego, obran factores en la comunicación de los mensajes que no podemos «explicar» en términos que corresponden al desarrollo de nuestra vida común, pero la evidencia bíblica postula una obra divina, según el propósito de Dios de dar a conocer a los hombres sus pensamientos y planes. El hombre natural pide explicaciones de todo en términos de su propia experiencia de las cosas. Si medita un poco, sin embargo, comprenderá que aún la comunicación entre dos seres humanos es un «misterio» que el científico, quizá, podrá describir en lenguaje técnico, pero sin llegar a entender más que el lego de qué manera se origina en el cerebro de los interlocutores el pensamiento que luego se expresa por medio de los órganos apropiados. Es inútil, pues, pedir explicaciones de lo que es, a todas luces, un proceso sobrenatural dentro de la voluntad de Dios, cuando no entendemos siquiera «lo normal». No siempre se hace referencia directa a la operación del Espíritu Santo en relación con los oráculos proféticos, pero pasajes como Núm. 24:2; Miqueas 3:8; Joel 2:28 y 29; Zac. 7:12 (y bastantes más) son determinativos y hay toda la

razón para comprender que un verdadero mensaje profético es obra del Espíritu Santo a través del instrumento humano. Los profetas podrían decir con el apóstol Pablo: «Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios; y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido; lo cual también hablamos no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual» (1 Cor. 2:11-13).

Extasis, visiones y sueños. En un estado de éxtasis, el profeta recibía visiones o transmitía mensajes, sin que interviniera en ello el raciocinio normal. Pedro vio la visión que le preparó para predicar el Evangelio a los gentiles en un estado de éxtasis (Hech. 10:10-17) y parece ser que Saúl pasó por este estado cuando el Espíritu Santo vino sobre él y profetizaba (1 Sam. 10:5-11). Ezequiel contempló las abominaciones de Jerusalén en estado extático (Ez. caps. 8 a 10), viéndolas en visiones. Naturalmente, este estado se presta a tergiversaciones, ya que profetas falsos o paganos podrían emplear métodos psicológicos para fingir estados extáticos y contar visiones falsas. Sin embargo, el hecho de existir moneda falsa no prueba que no haya tal cosa como monedas legítimamente acuñadas. Al terminarse el canon de las Sagradas Escrituras es obvio que hace menos falta el empleo de métodos que eran precisos durante el período de su formación.

Eliú, en sus tiempos, reconoció la utilidad de determinados sueños en la obra de enseñanza de Dios (Job 33:15-18), y su tesis se apoya por la experiencia de José (Gén. 37:5-11) y de Daniel (Dan. cap. 2, etc.). Al callarse las voces de la jornada, el descanso de la noche se prestaba a las revelaciones que procedían de Dios por medio de sueños. No se excluye la posibilidad de la renovación de estos métodos hoy, pero repetimos que tenemos tales tesoros de sabiduría ya revelada en forma escrita que no llegaremos jamás a agotarlos, de modo que no sentimos la necesidad de métodos de revelación que se valen de la subconsciencia. Estos nunca pueden tener la misma objetividad que la palabra escrita, colocándose ésta dentro de la perspectiva de todo lo revelado. En su soberanía, Dios habla como quiere, y en los tiempos del Antiguo Testamento daba las ga-

rantías necesarias a almas obedientes, de modo que, como «los héroes» de Hebreos cap. 11, cumplían su misión específica «por la fe», sumisa ésta a la palabra revelada. Nosotros tenemos el privilegio inestimable de tener en nuestras manos (con abundancia de buenas traducciones) la Palabra de Dios escrita, lo que nos impele a una labor fiel de exégesis para la debida comprensión de lo que Dios nos ha revelado.

Los profetas falsos

J. A. Motyer, en su enjundioso artículo sobre *Prophecy* en *The New Bible Dictionary*, llama la atención al problema de los profetas falsos por medio de una pregunta. Refiriéndose a la confrontación de Jeremías con el «profeta» Hananías escribe: «Cuando Jeremías se encaró con Hananías abrumado el primero bajo el peso de un yugo que simbolizaba la esclavitud, llegando el segundo a romper el yugo como señal de liberación, ¿cómo podía el pueblo distinguir entre el mensaje verdadero y el falso?» Se trató de los últimos años antes de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, y Dios había anunciado ya muchas veces que los pecados de Israel traerían como consecuencia severos juicios, y ahora llega el tiempo del fin. En una deportación anterior, muchos de los judíos de alguna importancia habían sido llevados a Babilonia, pero como siempre agrada el optimismo y los mensajes de paz, los habitantes que quedaban en Jerusalén bajo el gobierno del débil monarca Sedecías prestaban oídos a mensajes como el de Hananías, que anunciaban —empleando el nombre de Jehová— el pronto retorno de los cautivos y la liberación del pueblo. El capítulo indicado plantea claramente el problema, como también lo hace el falso optimismo de los profetas delante de Acab en 1 Reyes cap. 22. ¿Quiénes eran los profetas falsos y cómo actuaban?

El mensaje agradable. El verdadero profeta había de dar a conocer la palabra del Señor, y en tiempos de decadencia diagnosticaba el pecado del pueblo, anunciando una cosecha de juicios que seguiría a la siembra de la maldad. El falso profeta ejercía sus dones en provecho propio, de modo que había

de agradar a sus oyentes. Estos querían continuar en sus caminos pecaminosos —a menudo bajo disfraz de prácticas religiosas— y no les gustaba oír de juicios y de sufrimientos. En el caso de Hananías, se le llama en el texto sagrado «profeta», de modo que es probable que habría podido ser portavoz de Dios. Sin embargo, no le interesaba proclamar el mensaje de juicio, ya conocido por los escritos de profetas anteriores. Había cuatrocientos profetas dispuestos a mentir delante de Acab (1 Reyes cap. 22), pero Josafat, el piadoso rey de Judá, percibió algo raro en ellos, y pidiendo otro «profeta de Jehová» fue traido delante de los reyes a Micaías que ya sufría por anunciar la verdad delante de Acab, rey impío del reino norteño. No sabemos qué pensar de cuatrocientos profetas en el reino del enemigo de Elías, quien se consideraba como el único fiel. No serían profetas de Baal, y quizá se trata de un grupo de «hijos de los profetas» que hacían de la profecía una profesión y un medio de ganancia material.

Hananías se hallaba en Jerusalén, al igual que Jeremías, y las condiciones son más claras. Después de la falsa y optimista profecía de Hananías, Jeremías expresó el deseo de que tan bellas cosas se realizasen (Jer. 28:6), pero «vino palabra de Jehová a Jeremías» confirmando y reforzando el simbolismo del yugo. Jeremías se retiró para estar en «el secreto de Jehová», y luego se enfrentó con el profeta falso para decirle: «Jehová no te envió y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo» (Jer. 28:15). En este caso, pues, parece ser que Hananías podía haber sido fiel siervo de Dios y, sin embargo, prostituyó un verdadero don y una vocación genuina en aras de la popularidad. Fue «rebelde» y no ignorante, muriendo aquel mismo año a causa de su pecado (Jer. 28:16 y 17).

Las pruebas de genuinidad. Algunos escriturarios han pensado que el pueblo podía conocer al profeta falso, porque éste fingía estados extáticos. No es esa la solución, puesto que verdaderos siervos de Dios, como hemos visto, también recibían mensajes genuinos por medio del éxtasis. a) A la larga una profecía se conocía como verdadera porque se había cumplido, ya que es una de las señales que propone Moisés (Deut. 18:21 y 22). Con todo, es prueba de difícil aplicación en ciertos casos. b) Los mensajes han de estar de acuerdo con el Pacto de Sinaí,

y jamás han de alejar al pueblo de Jehová su Dios, aun si el «profeta» hiciera prodigios delante de la congregación (Deut. 13:1-5). c) Los mensajes han de estar de acuerdo con la palabra ya revelada por profetas reconocidos como siervos del Señor, y así Jeremías apeló a los mensajes de sus predecesores (Jer. 28:7-9). Por fin vendría el Profeta que anunciaría la Palabra de Dios en toda su plenitud (Deut. 18:15-22).

No es posible un análisis completo y seguro del fenómeno de los profetas falsos, porque nos faltan datos, pero ya Moisés anticipaba su nefasta obra y daba orientaciones al pueblo en dos notables pasajes del Libro de Deuteronomio (Deut. 13:1-5 y 18:15-22). Personas dotadas de poderes psíquicos podían dedicar sus dones al Señor y cumplir fielmente el ministerio que estamos estudiando. En cambio, por los engaños del corazón humano, podrían pensar en aprovechar su don para su propio bien material, como en el caso de Balaam. Estos serían «falsos» en todo tiempo, y abundaba el género en las religiones paganas. El caso de Hananías parece indicar la otra posibilidad: de profetas que habían servido al Señor, pero que, en cierta crisis, dejaron su fidelidad a la Palabra, anunciando «mentira» en el nombre de Jehová con tal de agradar a su auditorio.

Dios ha dado sensibilidad y discernimiento a sus verdaderos hijos, y «el que quiere hacer la voluntad de Dios sabrá de la doctrina» (Juan 7:17 con 1 Juan 2:24-27). Este principio se aplica en todo tiempo. En días de gran confusión doctrinal deberíamos aprender todo lo posible de la Palabra, dejando obrar el Espíritu Santo en corazones sumisos a la voluntad de Dios. Así recibiremos lo que Calvino llamó: «el testimonio interno del Espíritu». Iguales garantías tenían los fieles de Israel frente al fenómeno de mensajes espúreos.

Predicación y predicción

Predicación. Ya hemos indicado que el profeta era portavoz de Dios para los hombres de su generación. Los israelitas del reino del norte y del sur se dejaban llevar por impulsos humanos, por el orgullo, por la avaricia, por deseos de dominar, y, a veces, volvían las espaldas a Dios para entregarse a cultos idolátricos, destrozando así el sentido fundamental del pacto de Jehová con

ellos. Sólo el tremendo castigo del cautiverio babilónico logró extirpar las raíces de la idolatría en Israel. El profeta funcionaba como la «conciencia» del pueblo, señalando el bien y el mal desde el punto de vista de Dios, exhortando al arrepentimiento y al retorno al pacto.

Predicación. Algunos eruditos de escuelas modernas enfatizan tanto la obra de predicación que tienden a eliminar la de predicción, por no gustarles los elementos sobrenaturales que contiene. De hecho, la profecía del Antiguo Testamento siempre ha unido los dos tipos —predicación y predicción—, como vimos ya en el caso de Moisés. Si el profeta está en el secreto de Dios, no sólo anuncia lo que los hombres debieran hacer en el presente, sino también lo que Dios hará en el porvenir. Los juicios sobre la maldad y la rebeldía son seguros, y muchos de ellos se detallan por casi todos los profetas, pero también es cierto que Dios cumplirá su plan, y que, por fin, la victoria será la suya.

La perspectiva profética. Las predicaciones de los profetas se dirigían a los hombres y mujeres de su tiempo y de su esfera de servicio, y es posible determinar el momento histórico de su obra con bastante exactitud. Ahora bien, ¿qué pasa cuando el profeta, por inspiración del Espíritu Santo, levanta la vista vislumbrando acontecimientos futuros? Viene al caso aquí la explicación del apóstol Pedro en su primera epístola: «Acerca de la cual (salvación) inquirieron e indagaron con diligencia los profetas, que profetizaron acerca de la gracia destinada para vosotros; *escudriñando a qué época o a qué circunstancias de tiempo* estaba señalando el Espíritu de Cristo que hablaba en ellos al prenunciar los padecimientos de Cristo y las glorias que los seguirían» (1 Ped. 1:10-12). Según el Apóstol, y tratándose en este caso del Mesías, los profetas vieron no sólo los padecimientos del Mesías, sino también las glorias que los seguirían. Los padecimientos se han cumplido, pero, en cuanto a su manifestación en la tierra, las glorias son aún futuras en nuestros tiempos. Por mucho que indagara el profeta, no le fue posible enterarse del tiempo y de la época de estas dos fases de la obra mesiánica.

Hallamos un caso notable en Isa. 61:1 y 2 de una profecía mesiánica que fue cumplida parcialmente durante el ministerio

terrenal del Señor, quedando por cumplir otros elementos de la predicción. El mismo Señor, en la sinagoga de Nazaret, después de leer la profecía hasta la frase «a proclamar el año propicio del Señor», añadió: «Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos» (Luc. 4:16-21). Sin embargo, no leyó la frase siguiente —«el día de venganza del Dios nuestro»— ni las predicciones posteriores sobre la consolación final de Israel. Las dos facetas de la obra mesiánica se separan por un largo período —conocemos casi dos mil años del intervalo—, pero se juntaban en un solo oráculo. Aquí se trata de una profecía mesiánica, pero hemos de tomar en cuenta esta perspectiva profética en otras clases de predicciones. Joel, por ejemplo, empieza por predecir el castigo inmediato del pueblo por medio de una plaga de langostas que destruiría las riquezas de la tierra.

Después su visión se ensancha hasta abarcar los «últimos tiempos» y el profeta describe gráficamente los juicios del «Día de Jehová». El profeta percibe el acontecimiento cercano y lejano como si fuesen dos altos de una sierra, que, desde el punto de vista del observador, parecen tocarse, mientras que, de hecho, los separan grandes distancias. Es muy importante acordarse de este principio al pasar a la interpretación de los oráculos proféticos. No es tan difícil como parece, ya que Cristo ha cumplido una parte de su misión durante su primera venida y estancia en el mundo, revelando a Dios y llevando a cabo la obra de la redención. Algo de ello ven los profetas, y lo que no se ha cumplido aún, queda para su segundo Advenimiento. Desde luego, la luz del Nuevo Testamento nos ayuda a aclarar las profecías en cuanto al porvenir.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. Explique los rasgos de la persona y obra del verdadero profeta, empleando términos sacados del texto del Antiguo Testamento.
2. ¿Qué entiende por inspiración? Discurra sobre los métodos que empleaban los profetas para comunicar sus diferentes oráculos.
3. ¿Qué entiende por «la perspectiva profética»? Dense dos ejemplos.

CAPÍTULO III

EL TEMA MESIANICO

El tema mesiánico en los profetas

¿Qué significa «el Mesías»? «Mesías» se deriva de un verbo que significa «ungir», y pensamos en personas que fueron ungidas para el cumplimiento de un servicio especial, como sacerdotes y reyes. La designación se traduce por «Cristo» en el Nuevo Testamento, que también significa «el Ungido», pero el término se ha usado tantas veces para el Señor Jesucristo como persona que en los círculos cristianos de hoy, ha llegado a ser más bien un nombre propio. Sin embargo, al leer el Nuevo Testamento, debemos tener en cuenta, en muchos contextos, que «Cristo» equivale a «Mesías».

Hay un caso muy especial en el Antiguo Testamento en el que un rey gentil, Ciro, emperador de Persia, se llama el «ungido» de Jehová (Isa. 45:1), por el hecho de que él había de ser el medio para devolver un resto de Israel a su tierra después del cautiverio babilónico. La aplicación del término «mesías» a Ciro, por ser el instrumento que Dios aparta para llevar a cabo alguno de sus grandes hechos redentores, ilustra bien su significado especial.

La «Simiente de la mujer» y el «Hijo del Hombre». Fue desastroso que el hombre, virrey de Dios en la tierra (Gén. 1:26 y ss., con Salmo 8), se dejase vencer por el diablo —que utilizó la serpiente para engañarle—, pero, justamente con el anuncio del juicio sobre el hombre y la serpiente, Dios dio esperanza de

victoria final por medio de la «Simiente de la mujer» (Gén. 3:15). Algunos creen que no hemos de ver en Gén. 3:15 más que un estado general de enemistad entre «la simiente de la mujer» (la raza de Adán) y «la simiente de la serpiente» (personas que se dejan arrastrar por la «serpiente»), pero, dentro de las perspectivas generales de la revelación en el Antiguo Testamento, es evidente que la raza caída en sí es incapaz de herir la cabeza del enemigo con golpe mortal. El campeón ha de ser uno que reúna en sí los rasgos esenciales del hombre, siendo él sin pecado, y que lleve a su consumación la guerra contra el mal, ganando la victoria final.

En el salmo 8 el cantor queda asombrado ante el hecho de que el hombre, en su aparenta pequeñez, sea «señor» de las maravillas de la creación. No examina en este lugar la cuestión del pecado y del fracaso moral del hombre, pero el autor de Hebreos llena este hueco en Heb. 2:5-18. Cita ampliamente el salmo 8, notando que el dominio del hombre sobre la creación no es completo aún, y nosotros sabemos por otras escrituras que la entrada del pecado en la raza frustró el pleno dominio del hombre. Esto sigue siendo verdad, pese a los triunfos de la ciencia moderna que tantas veces se convierten en tragedia. Sin embargo —dice el autor inspirado—, «vemos a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte» (Hebreos 2:9). Hizo falta expiar el pecado primero —que es lo que llevó a cabo la simiente de la mujer— venciendo la muerte primero para luego sacar a luz una nueva raza (Heb. 2:9 y ss.).

Después de la visión de las «bestias» —figuras de las potencias humanas en el mundo—, Daniel vio a alguien «como un hijo de hombre» acercarse al «Anciano de Días» en las nubes del cielo con el fin de recibir «dominio, gloria y reino», profetizándose que el reino sería eterno (Dan. 7:13 y 14). La historia de la creación, el salmo 8, la visión de Daniel (que incluye el título «Hijo de hombre»), con la interpretación del salmo 8 en Hebreos, capítulo 2, nos ayudan a comprender por qué el Señor Jesucristo no hacía referencia a sí mismo como «Mesías», usando, en cambio, el título «Hijo del Hombre». Llega a ser una designación mesiánica, pero expresada de tal forma que los hombres humildes podrían llegar a conocer su sentido, quedando éste velado ante el orgullo y soberbia de los judíos en general, quienes sólo podían conceptuar al Mesías como un jefe militar que les libraría de la potencia de Roma. Frente a la conjura de Caifás, Jesús aceptó el título de «Cristo» (Mesías), pero relacionándole con la manifestación del «Hijo del Hombre», según Daniel, capítulo 7, pasaje que cita.

Al Señor le importaba mucho enfatizar su unión con la raza, ya que «Hijo del Hombre», según el concepto hebreo, indicaba su identificación con el hombre y con la herencia completa de la creación. Pablo subraya el mismo concepto al hablar del «Postrer Adán». Si notamos el contexto del título «Hijo del Hombre» en los Evangelios, vemos que unas veces se relaciona con la muerte expiatoria y la Resurrección del Señor, y otras veces con su manifestación en gloria para posesionarse del Reino. El tema del «Hijo del Hombre» nos lleva a las raíces más profundas de la persona y obra del Mesías en su encarnación, en su muerte expiatoria y vicaria, en su resurrección y en su futura manifestación en el Reino.

El Hijo de David y el Reino.—Cuando Bartimeo clamaba al Señor en esperanza de recibir la vista, repetía: «¡Hijo de David, Jesús, ten misericordia de mí!» Empleaba un título mesiánico que los judíos entendían bien, ya que, apoyados en varios pasajes del Antiguo Testamento, creían que el Ungido sería el Rey en cuya persona se habían de cumplir las promesas hechas a David cuando Dios hizo con él el pacto davídico, que estableció su «casa», o sea, su dinastía, como centro del Reino. Bartimeo no tenía dificultad en reconocer a Jesús como «Hijo de David», comprendiendo el poder divino que obraba a través de él. En cambio, los judíos, en general, con referencia especial a los líderes de los fariseos y saduceos, no entendían cómo Jesús de Nazaret podía ser el Rey-Mesías que esperaban, ya que sólo se fijaban en lo externo, o sea, en las promesas de un poder vencedor. Recordemos que el Nuevo Testamento empieza con una genealogía que enlaza a Jesús, el que nació en Belén, con Abraham, padre del pueblo israelita, y con David, fundador de la dinastía real (Mat. 1:1, 2, 6 y 16).

Saúl había fracasado en su misión como «pastor» del pueblo de Dios, y, en su lugar, Dios coloca a David, ya ungido por Samuel. David era el campeón del pueblo, y cuando, joven aún, de-

rrotó a Goliat, anticipó la liberación total de Israel de todos sus enemigos. Una vez establecido en su capital de Jerusalén, (Sión), nuevo centro del reino, David pensaba que debiera construir un templo que tomara el lugar del Tabernáculo, reuniéndose todos los enseres del orden sagrado revelado a Moisés. El pensamiento pareció bueno, y, al anunciarlo a Natán, el profeta (*hozeh*), éste lo aprobó. Sin embargo, una «palabra del Señor» enseñó al profeta que si bien el propósito había de cumplirse, sería por medio de Salomón. No obstante, el deseo de David de que Dios fuese reconocido y honrado en el lugar central de sus dominios, por medio de un santuario, hizo posible que Dios anunciara la fundación de una «casa» (dinastía) para David y sus descendientes (2 Sam. 7:1-17, con el pasaje paralelo en 1 Crón. 17:1-27 y comentarios inspirados en el salmo 89). No es posible analizar aquí estos importantes pasajes, pero notamos que se destacan dos facetas principales: a) David había de reinar, sucedido por sus hijos; éstos podrían extraviarse y ser castigados; b) pese a ello, el reino sería eterno, lo que nos hace pensar en una consumación que obrara Dios por medio de un «Hijo de David» que no había de extraviarse. Según la contundente expresión del Apóstol Pablo, sería «del linaje de David, según la carne... declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos» (Rom. 1:3 y 4).

Además de la descripción histórica de la fundación de la dinastía de David, que culminaría en el eterno Hijo de David, tenemos profecías sobre el Mesías-Rey que arrancan de la de Jacob sobre la tribu real de Judá: «No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh, y a él se congregarán los pueblos» (Gén. 49:10). Aun admitiendo dificultades de traducción en este pasaje, el concepto de un reino, eterno y universal, se destaca claramente. El salmo 2 recoge este concepto, y frente a los elementos humanos rebeldes, que quieren librarse del dominio de Jehová y de su Ungido, Dios proclama su decreto inalterable: «Pero Yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte» (Sal. 2:6 y 7). Igualmente claro es el salmo 10:1: «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.» Estos versos son muy citados en el Nuevo Testamento, que los aplica a Jesucristo como Rey-Mesías. Las referencias al Rey y el Reino son abundantes en *Los Salmos*, ya que la sublimidad de muchas expresiones impide que limitemos su aplicación meramente a David y a sus herederos. Ya hemos visto, por la cita del Salmo 2, que el Mesías-Rey será victorioso sobre todos los enemigos —las fuerzas del mal— y bien que el centro de su Reino serán Sión (Sal. 2:6, etc.); se extiende por fin por todo el mundo (Sal. 18: 43-45, etc.). Los rasgos son: la paz (Sal. 72:7), la prosperidad (Sal. 72:16) y la justicia (Sal. 72:7). El reino, de hecho, es de Jehová, y el Rey se llama «su Hijo». Se une con el sacerdocio eterno de Melquisedec (Sal. 89:18; 2:7; 110:1 y 4). El salmo 45 presenta al Rey en persona, y los hermosos cánticos, 46 a 48, predicen la inauguración y características del Reino. Hay hermosas descripciones del Reino en Sal. 103:19-22 y 145:10-13. La luz se enfoca, en primer término, en el reino establecido en la tierra, cuya capital es Sión, pero frecuentemente las perspectivas abarcan la Nueva Creación de los siglos de los siglos. En amplios términos, el Reino de Dios incluye todo ser que se somete a su voluntad, sea celestial o humano.

El Rey-Mesías en los libros proféticos.—Como es natural, los temas del Reino davídico y el del Rey-Mesías vuelven a surgir en los oráculos de los profetas, no como reflejo directo de *Los Salmos*, sino como parte integrante de lo que Dios quería revelar a su pueblo en cuanto a la esperanza futura. El fracaso espiritual de la mayoría de los últimos reyes de la dinastía de David trajo como consecuencia, como hemos visto, el anuncio de juicios inmediatos, que culminaron en el cautiverio babilónico. A la vez el fracaso de la línea davídica daba lugar a la reafirmación de la fidelidad de Jehová en cuanto a todas sus promesas al pueblo. Bien entendido, el oráculo expuesto en Isa. 52:13-53:12 —el Siervo que sufre vicariamente— señala la base del perdón, pero normalmente se predice una poderosa intervención de parte de Jehová a favor de su pueblo, en términos de pura gracia, que tendrá por finalidad la derrota de los enemigos y el establecimiento del Reino del Mesías. El rey Acaz, rebelde e hipócrita, rehusó una señal que había de garantizar la intervención de Dios a su favor en contra de la federación de Efraim y Siria, pero Dios dio su «señal», la venida de «Emanuel», cuyos atributos le señalan como Rey divino, además de «hijo de David» y cuyo Reino se describe en los capítulos 11 y 12. Se debe leer seguidamente toda la sección de Isa. 7:1 hasta 12:6, notando especial-

mente los versos 7:1-14; 9:1-7; capítulos 11 y 12. En el Reino prometido discernimos los mismos rasgos de paz, de justicia, de universalidad, del conocimiento de Jehová, que se destacaron en los Salmos. Desde Isa., capítulo 42 en adelante, la figura del Rey triunfante se enlaza estrechamente con la del «Siervo de Jehová», que lleva a cabo su gran obra de redención (véase el párrafo siguiente).

Jeremías profetizó en los días que precedieron a la destrucción de Jerusalén, viendo muy de cerca la flaqueza y el pecado de reyes como Joaquín y Sedecías. Eran «hijos de David» según la carne, y aún se sentaban en su trono, pero lejos de cumplir la misión del fundador de la dinastía, deshonraban su nombre. Pronto cesaría la farsa por el triunfo de Nabucodonosor; sin embargo, aún quedaba la promesa del Reino eterno y de la continuidad perpetua de la dinastía de David, de modo que había profecías optimistas, o más bien, triunfales, que anunciaban las glorias del Reino. En los oráculos de Jeremías vuelve a sonar el nombre de David. «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso y hará juicio y justicia en la tierra» (Jer. 23:5); el contexto contrasta el fracaso de aquel tiempo con la gloria del Reino futuro. Jeremías vuelve al tema en 33:15-17: «En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un renuevo de justicia... Judá será salvo... no faltará a David varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel.» El verdadero Rey será el Mesías, Dios-Hombre, pero es posible que el poder terrenal se delegue en el Príncipe de la casa de David (Ezequiel 45:7). Hay varias referencias al *Retoño*, título mesiánico, como hemos visto en Jer. 23:5, lo que enfatiza el hecho de que lo antiguo —el pacto davídico— no se había destruido, sino que, después de los juicios señalados desde el principio, la dinastía había de ser «renovada» en la persona del Hijo de David.

El Mesías como «Siervo de Jehová»

Israel, como siervo de Jehová.—Dios separó al pueblo de Israel de los pueblos a fin de que fuese su instrumento para la bendición de todas las naciones, especialmente como guardián de la Palabra de Dios en medio de la locura de la idolatría.

Se ha cumplido una parte importante de este cometido de Israel, ya que este pueblo ha sido medio para darnos la Santa Biblia. Sin embargo, de la manera en que flaqueaba la dinastía de David, llegando por fin a la ruina y la necesidad de una renovación, así todo el pueblo cumplía su cometido a veces «contra gana», y en los días de los últimos profetas se veía el fracaso de su testimonio fundamental contra la idolatría, ya que el mismo pueblo de Judá se había entregado a ella. Como siempre, el Mesías había de remediar el fallo humano, asumiendo un sagrado servicio que había de hacer posible la salvación no sólo de Israel, sino de la humanidad entera.

El Siervo de Jehová, en Isa. caps. 42 a 66.—La sección profética que desarrolla más ampliamente el tema es la que señalamos en este epígrafe. Empieza con el llamamiento de Jehová: «¡He aquí mi Siervo... mi escogido... he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá justicia a las naciones» (Isa. 42:1). Parece ser que la Voz celestial que saludó a Jesús al salir de las aguas del Jordán, con el fin de empezar su ministerio, se hizo eco de esta profecía, que inicia toda una serie de referencias al «Siervo de Jehová», ungido para llevar a su fin la obra de Dios en todo el mundo. De hecho, el tema aflora con frecuencia hasta el fin del libro de Isaías, pero aquí no podemos hacer más que notar unos pasajes típicos.

Israel, el siervo ciego y mudo.—El hecho de que Israel sea reconocido aún como «siervo» dificulta a veces la interpretación de los pasajes isaiánicos y es importante que nos fijemos siempre en el contexto inmediato, recordando que un oráculo puede ser más o menos completo en sí. En la sección iniciada en Isa. 42:18, el profeta se dirige al pueblo sordo, pasando a preguntar retóricamente: «¿Quién es ciego, sino mi siervo? ¿Quién es sordo como mi mensajero que envié?» Aquí la referencia es a Israel, y no debiéramos buscar interpretaciones forzadas, intentando aplicarlas al Siervo de 42:1-9, que es el Mesías. Pablo nos asegura que Israel aún servirá a Dios en el mundo, y habrá abundante bendición en la época de su restauración (Rom. 11:12, con 23-32). Hay muchos oráculos desde Isa. cap. 42 hasta cap. 66, pero el tema de los «siervos» da cierta unidad a la sección, y la obra del divino «Siervo de

Jehová» se destaca contra el fracaso del siervo nacional, Israel. Ya hemos visto que la obra del Mesías-Rey, y la del «Siervo» coinciden muy a menudo, tratándose de dos aspectos del cometido de una sola Persona, el Ungido.

El Siervo que sufre.—Los escriturarios disciernen cuatro «cánticos del Siervo» en los caps. 42 a 53, hallándose el último en 52:13-53:12. El final del cap. 52 presenta al Mesías como Rey triunfador, ante quien todos los reyes, por fin, cerrarán la boca. Es el tema tan repetido de las glorias del Mesías. Sin embargo, el tono del oráculo cambia totalmente al llegar a 53:2 y 3..., surgiendo el extraño cuadro de Uno que es «raíz en tierra seca», despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, quebrantado no por sí mismo, sino —como confiesa el Resto Fiel aquí— por su pueblo: «Llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados» (Isa. 53:4-6). El Señor Jesucristo esperaba que sus discípulos hubiesen entendido las profecías sobre los sufrimientos del Mesías, además de las que predecían su gloria (Luc. 24:25-27, 44-47), pero hemos de reconocer que abundan tanto las descripciones del triunfo y la gloria del Mesías, que casi inevitablemente los lectores tendían a pasar de largo predicciones que parecían contradecir las mayoritarias, ya que subrayaban una crisis de dolor, y, según se explica en Isa. 53:4-6, 11 y 12, no sólo dolor, sino sufrimientos vicarios, y hasta la muerte total en expiación por el pecado del pueblo. ¿Cómo sería posible el cumplimiento de estas dos series de predicciones en la experiencia de una sola Persona? Parecía más fácil buscar otras explicaciones del oráculo en Isa. 53, pensando, por ejemplo, que podría describir figurativamente las amargas aflicciones de Israel. Desde luego, nos hallamos ante el misterio de la Cruz y de la Resurrección, y todo se aclara a la luz de las enseñanzas y de los Apóstoles. Sin embargo, no nos ha de extrañar que los discípulos necesitaran ver al Señor, resucitado ya, guardando aún las señales de la Pasión en su Cuerpo, antes de comprender por fin que el Mesías, conocido ahora como el Señor Jesucristo, había de morir para expiar el pecado antes de «entrar en su gloria». Las profecías sobre la manifestación de esta gloria aún esperan su cumplimiento

cuando venga el Señor en las nubes del cielo, cuando «todo ojo le verá».

El enlace con el Nuevo Testamento.—El tema mesiánico enlaza el Antiguo Testamento con el Nuevo, en el que vemos que el Padre colocó todas las cosas en las manos de su Hijo, nombrado Mediador y Redentor desde antes de la fundación del mundo (Juan 13:3; Mat. 11:27; Col. 1:13-20; Heb. 1:1-3, etcétera). Por eso los Evangelistas, al presentar los comienzos del nacimiento y del ministerio de Jesucristo, pueden enlazar su historia con los hechos y las predicciones del Antiguo Testamento, escribiendo Mateo: «Genealogía de Jesucristo, hijo de Abraham... David. Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo (Mesías)» (Mat. 1:1-16). Marcos empieza con el ministerio: «Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en Isaías el profeta...» (Mar. 1:1). Juan remonta a la existencia eterna del Verbo, pero pasa a afirmar: «Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria...» (Juan 1:14). Ya hemos notado que para Pedro el gran tema profético llegaba a ser «los padecimientos de Cristo y las glorias que los seguirían» (1 Ped. 1:1).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. ¿Qué significa el término «Mesía»? Describa brevemente los rasgos de su Persona y obra que surgen de los principales títulos empleados en el Antiguo Testamento.

2. Discurra sobre el título mesiánico del «Hijo de David» con referencia al pacto davídico, según se describe en 2 Samuel, capítulo 7 y su empleo en los Evangelios.

3. Tanto Israel como el Mesías se describen en los libros proféticos (especialmente en *Isaías*) como el «Siervo de Jehová». Distinga entre la función y obra del uno y del otro.

CAPÍTULO IV

LOS GRANDES TEMAS PROFÉTICOS

El ministerio oral y los escritos

Los profetas, como predicadores.—Se ha dedicado un párrafo ya a «*Predicación y predicción*», en el que se destacó la obra de los profetas como portavoces de Dios que pasaban sus mensajes al pueblo —a veces a un individuo— y el medio siempre la voz viva del siervo de Dios, aparte de alguna carta de Jeremías. Sin embargo, cuando Pedro hace sus comentarios sobre las profecías, y cuando Pablo declara que «toda la Escritura es inspirada por Dios», tenían delante *los escritos* que llevaban los nombres de los profetas. Surge, pues, la cuestión de la relación que existe entre el oráculo proclamado y el escrito, que es lo que tenemos nosotros.

No todo el ministerio profético llegó a escribirse.—Había cierto número de profetas que ministraban en el reino norteño después de la división sin llegar a redactar más que una pequeña porción de sus oráculos. La obra de Elías y de Eliseo fue trascendental en cuanto al testimonio de Jehová en el Efraim de sus días, pero no existe un «Libro de Elías» o un «Libro de Eliseo». Hay libros de *Amós* y de *Oseas*, relacionados con la condición del reino del norte, pero Amós procedía de Judá, de modo que Oseas es el único profeta norteño que dejara escritos.

Isaías ejerció su ministerio desde el reinado de Uzías, a través de los de Jotán, Acaz y Ezequías, y quizá más adelante, de modo que pronunciaría un número muy considerable de oráculos, y hemos de suponer que tenemos en su libro una selección de éstos, de valor permanente. Nosotros, pues, disponemos de los resultados de una labor de redacción de parte de personas que trabajaban sobre los oráculos orales tales como fueron entregados al pueblo en un principio.

La parte de los profetas y de sus secretarios.—Como norma natural y general podemos pensar que el mismo profeta pondría por escrito los oráculos que habían de conservarse, siguiendo el ejemplo de Moisés (Ex. 24:4; comp. Isa. 30:8; Jer. 29:1 y ss.). El cap. 36 de *Jeremías* hace ver que, normalmente, Jeremías dictaba sus oráculos a su secretario, Baruc, y aun cuando el impío rey Joacim quemó un rollo, el profeta pudo recordar sus oráculos —sin duda por la ayuda especial del Espíritu Santo—, volviendo a dictarlos a su secretario. La historia parece indicar que este procedimiento era lo normal.

La posible parte de discípulos.—Isaías se hallaba rodeado por discípulos fieles (Isa. 8:16), y ya hemos notado la asociación de «los hijos de los profetas» con Elías y Eliseo. Si la redacción de un libro parece ser posterior al ministerio en vida del autor principal es posible que los «discípulos» se hubiesen encargado de conservar los mensajes, poniéndolos en cierto orden después de la muerte de su maestro. Con todo, no hay datos suficientes para establecer este medio como un hecho incontrovertible, y sólo queda como una posibilidad interesante. Lo importante es que Dios ha hecho provisión para la conservación de los Escritos sagrados y sobre estos escritos el Maestro puso el sello de su autoridad infalible.

Los principales temas de los profetas

El testimonio de Israel.—Los profetas ministraban dentro de la nación de Israel en distintas épocas de su historia, y en los dos reinos, el del norte y el del sur después de la división (920 a. C.). Su entrega de la palabra de Dios al pueblo llegó

a constituir parte importante de la misión de Israel: la de recibir, guardar y transmitir la revelación de Dios en medio de un mundo pagano, pese a que los rebeldes de la nación no querían recibirla. Dios ordenó que Israel cumpliera esta misión como guardián de la Palabra, tanto en sus épocas malas como en las buenas, abundando aún más la Palabra en los tiempos de decadencia.

Israel había recibido las promesas hechas a Abraham y el pacto concertado con él. Llegando el momento oportuno, Dios hizo con todo el pueblo su pacto, con el cual les entregó su Ley (Ex. caps. 19 y 20), ordenando la legislación que determinó su constitución como pueblo de Dios, separado de los del mundo, pero no con fines egoístas, sino como medio para llegar a la bendición de todos. ¿Hasta qué punto cumplió Israel su cometido? Dios examinaba todo, y, por boca de sus siervos hacía el diagnóstico del estado del pueblo, determinando los juicios que correspondían a los fracasos y las bendiciones que recibirían los fieles. Al discurrir sobre la misión del Mesías, veíamos que el fracaso del «siervo Israel» dio lugar a la venida del «siervo Mesías», quien llevaría a cabo la misión redentora. Con todo, Israel se conserva para servicios futuros, pero sólo a través del Resto Fiel (véase abajo) y después de su conversión al Señor.

De este tema fundamental del testimonio de Israel surgen otros de gran importancia, pues tanto los profetas como sus oyentes han de preguntar: ¿Cómo era el pacto que nos ligaba con él? ¿Qué es el Templo, y sus servicios? ¿Qué desea Dios de nosotros? ¿Cuáles son sus caminos? ¿Cuáles son sus juicios? ¿Cuál es nuestro porvenir?

El pueblo no era homogéneo, puesto que la espiritualidad no se hereda y «no todos los que descienden de Israel son israelitas» (Rom. 9:6). Hay mensajes, pues, dirigidos a los malvados que se burlaban de la Ley de Dios, a los hipócritas que pretenden cumplirla, sin haber experimentado un verdadero cambio de corazón, como también a los sumisos que querían hacer la voluntad de Dios. Estos quedaban confusos a veces, pero no dudaban de que habían de obrar conforme al pacto y que Dios les hablaba por medio de los profetas.

Dios y sus atributos.—Hay una gran riqueza de teología en los escritos proféticos, ya que Dios sigue revelándose frente a la locura de la idolatría, por medio de sus justas retribuciones, frente a la rebeldía de los impíos, y al mostrar su amor y misericordia a los fieles. *La grandeza y la gloria* de Dios se destacan elocuentemente en el cap. 40 de Isaías y los siguientes. El es Fuente de toda sabiduría, Creador y Mantenedor de todas las obras materiales, Gobernador de las naciones, pese a la rebeldía de éstas. Es *el Dios único* frente a todos los pobres engendros de la imaginación pervertida de los hombres (Isaías 44:1-28). Dios puede estar «en» sus obras, pero siempre «trascendente», o sea, distinto de ellas y por encima de ellas, según el lenguaje figurado y poético de Isa. 40:22: «El está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas.» *La santidad de Dios* equivale a su propio carácter, pues nada sabría el hombre de «lo santo» aparte de lo que Dios ha revelado de sí mismo. Luego lo apartado para Dios también llega a ser «santo». Así se le conoce por el título «el Santo de Israel».

Los títulos y nombres de Dios revelan mucho de su Persona, y sólo en *Isaías* hallamos los siguientes: «*Tu Hacedor*», creador de todas las cosas (Isa. 51:13, etcétera); «*Señor Jehová de los ejércitos*» (Isa. 3:1; 5:7, 16 y 24; 6:5, etcétera) que viene a ser una metáfora militar para hacer ver que Dios dispone de recursos infinitos para la consecución de sus propósitos, y que el triunfo último es seguro. *El Santo de Israel* (véase la nota anterior sobre la santidad y las referencias Isa. 1:4; 5:9; 41:14 y 16; 43:3, etcétera). «*El Fuerte de Israel*» y «*la Roca*», Aquel en quien Israel puede confiar y descansar, en contraste con las arenas escurridizas de los ídolos, de Egipto, etcétera (Isa. 1:24; 44:8). «*El Rey*» (a menudo en combinación con otros títulos, que subraya su soberanía y sus derechos sobre su pueblo (Isa. 6:5; 41:21; 43:15, etcétera). «*El Redentor*»: hermoso título, que recuerda la gran obra redentora del Exodo, por la cual Dios «compró» a Israel con el fin de darle verdadera libertad (Isa. 41:14 y 16; 43:3 y 14). «*El Salvador*», que se enlaza con el título anterior, enfatizando aun más la salvación futura de Israel (Isa. 43:11). «*El Consolador*», que expresa la ternura de Dios, quien desea devolver la felicidad a su pueblo (Isa. 51:12).

«*El Principio y el último*», como Creador de todas las cosas y especialmente de la nación de Israel. El es la gran Meta hacia donde todo se dirige. El título es recogido por Juan en Apoc. 1:11 (Isa. 44:6; 51:13).

Hemos sacado estas citas de *Isaías*, pero la teología de los demás profetas es igual. Lo más importante para el hombre es aprender siempre más sobre la naturaleza y las obras de Dios, y las enseñanzas proféticas anticipan y complementan maravillosamente la plena revelación que había de darse en el Verbo hecho carne. Gracias a tales enseñanzas los piadosos de distintas épocas podían conocer a Dios, tener comunión con él, servirle y glorificarle durante los siglos que antecedieron al Advenimiento. El valor de esta revelación no se esfuma, porque, siendo Palabra de Dios, contiene esencias vitales que pueden llegar al alma del hombre del siglo xx.

La idolatría. Un «ídolo» es cualquier objeto que atrae la adoración del hombre no siendo el único Dios, Creador de todas las cosas. En este sentido amplio abundan los «ídolos» hoy en día, pero cuesta trabajo a la mente occidental del siglo xx comprender la tremenda atracción que ejercían distintos sistemas de idolatría —centrados en imágenes crudas y a veces repugnantes— sobre los israelitas, enseñados éstos desde su niñez en la Ley de Dios. Casi siempre se trataba del sincretismo, o sea, de mantener el culto a Jehová en teoría, y según ciertas formas externas, al par que admitían los israelitas «divinidades» vergonzosas, llegando a instalarlas, según la visión de Ezequiel, en las mismas cámaras del Templo durante la época que precedió a su destrucción (Ez. cap. 8). El hombre que abandona a Dios, jactándose de sus propias fuerzas, siente un «vacío» dentro de su ser que podemos llamar «religioso», y busca cualquier objeto o rito que promete ayuda sobrenatural; de ahí viene la tendencia a la idolatría. En nuestros días muchísimas personas que «no creen en Dios» piensan que las soluciones se hallan en la «ciencia», o, más vergonzoso aún, se apoyan en prácticas supersticiosas y aun mágicas.

Para Israel la idolatría constituía un pecado especialmente grave, ya que tenían delante los mandamientos, siendo éstos la

base de su pacto: «Yo soy Jehová tu Dios... no tendrás dioses ajenos delante de mí» (Ex. 20:2 y 31), de modo que el apartarse tras los ídolos se llamaba «fornicación», ya que la «esposa» era infiel a su sublime Esposo.

La idolatría era a la vez un crimen y una locura, ya que el hombre hacía la imagen con sus propias manos, utilizando su arte y técnica, para luego adorar lo que él mismo había fabricado. Con penetrante ironía dice Isaías: «Parte del leño quema en el fuego... ¡y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo! Se postra delante de él, lo adora y le ruega diciendo: "Líbrame porque mi dios eres tú"» (Isa. 44:9-20). El abandono de Dios y la aceptación de la idolatría —siempre había israelitas fieles que no eran apóstatas— traía consigo toda suerte de maldad, de injusticia, de vicios y de violencia, pero la raíz idolátrica en sí determinó los tremendos juicios de la destrucción de Samaria y de Jerusalén, con el destierro en tierras de Babilonia. La situación había llegado a ser intolerable, sobre todo después del reinado de Manasés: «Su tierra está llena de ídolos y se han arrodillado ante la obra de sus manos... no los perdonarás» (Isa. 2:8 y 9).

El resto fiel.—Es imposible entender bien las profecías en orden a Israel y su futuro si no nos fijamos cuidadosamente en las enseñanzas sobre el Resto fiel (residuo, o remanente). La mayoría de los descendientes de Abraham según la carne, careciendo de un espíritu de humildad y de fe, volvían las espaldas a Jehová y por eso no les era posible mantener su testimonio en el mundo ni heredar las promesas. Sin embargo, siempre quedaba una minoría de hombres fieles, según la elección de gracia, dentro de la nación infiel: precioso núcleo en el que Dios se agradaba en todo tiempo y que sería el germen del nuevo Israel salvado por la Obra de la Cruz y regido por el nuevo Pacto que Jeremías describe en Jer. 31:31-34.

La existencia de este «Resto» constituye una fase importante del argumento de Pablo sobre la misión y destino de Israel (Rom. caps. 9 a 11), del cual sacamos unas palabras típicas: «Lo que buscaba Israel no lo ha alcanzado, pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos» (Rom. 11:7).

Ya había explicado que el endurecimiento surgió de la equivocada actitud de la mayoría frente a Dios y su Palabra (Rom. 9:30-10:3). Isaías nos da la clave del tema en 65:8 y 9: «Así ha dicho Jehová: Como si algunos hallasen mosto en un racimo y dijesen: No lo desperdicies, porque bendición hay en él; así haré yo por mis siervos, que no lo destruiré todo. Sacaré descendencia de Jacob y de Judá, heredero de mis montes; y mis escogidos poseerán por heredad la tierra y mis siervos habitarán allá.» La continuidad de la nación espiritual de Israel se mantiene por medio del Resto fiel que sostiene su testimonio pese a la infidelidad de la mayoría impía. Muchas de las hermosas «canciones» de Isaías se ponen en la boca de estos escogidos, que preguntan, aprenden y miran hacia el porvenir en medio de circunstancias que les turbaban el alma sin destrozar su fe (Isa. 24:14-16; 25:1-5; 25:9-14; 26:1-6; 53:1-6). Su obra futura se destaca en Isa. 41:8-16; 45:20, etc.

Los israelitas fieles, como los padres de Juan el Bautista; María, la madre de Jesús; José, su marido; el Bautista y sus discípulos, la familia de Betania y los mismos discípulos del Señor, representan el «Resto fiel» en la época de la primera manifestación del Mesías y de las raíces del «Resto» surgió la Iglesia, sin que por eso se perdiera el concepto de un núcleo fiel del cual saldrá el nuevo Israel, convertido y bendecido, de los últimos tiempos.

El Mesías y su Obra.—Dada la importancia suprema de este tema, se ha tratado en sección aparte, y sólo notamos aquí la relación íntima que existe entre el Mesías y el Resto, que contempla sus sufrimientos en Isa. cap. 53 y canta las glorias de su Reino en Isa. caps. 11 y 12. Los fieles fueron consolados por los oráculos proféticos, aprendiendo que Dios había de intervenir en la persona de su Ungido con el fin de cumplir todo lo que Israel, como nación, había dejado de hacer.

La vanidad de la religión ceremonial sin la obediencia.—Algunas veces la rebelión de Judá llegó a tales extremos que el mismo Templo quedó abandonado (2 Crón. 28:24, por ejemplo), y si llegaba al trono un sucesor piadoso (como Ezequías) tenía que volver a establecer el culto (2 Crón. cap. 29). En general,

sin embargo, el pueblo mantenía la forma externa del culto, trayendo sus sacrificios y ofrendas, pero sin someterse a la voluntad de Dios. Muchas veces mezclaba prácticas idolátricas con el verdadero culto de Jehová. Una y otra vez los profetas denuncian la hipocresía y el formalismo de la mayoría, expresando en términos muy severos el aborrecimiento de Jehová al ser «servido» por medio de formas externas por israelitas que quebrantaban sus santos mandamientos. Samuel ya había dicho a Saúl, siglos antes, que la obediencia era mejor que el sacrificio, y, por boca de Isaías, Jehová exclama: «No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación ... son iniquidad vuestras fiestas solemnes ...» (Isa. 1:11-15). Esto no quiere decir, según las teorías de algunos escriturarios, que los profetas se oponían al culto levítico del Templo, sino solamente que los actos religiosos se vaciaban de todo si el corazón del oferente no se sometía a Dios. El oráculo de Isa. cap. 1 continúa: «Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras delante de mis ojos... *Vendid luego*, dice Jehová, y estemos a cuenta; si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos ...» (Isa. 1:16-19). El simbolismo de la limpieza surge precisamente del sistema levítico, que prefiguraba la obra expiatoria de Cristo. No son muchos los pasajes que pueden aducir los defensores de la teoría mencionada, y todos tienen su explicación en su lugar. No cabe un examen de todos en esta *Introducción*, pero se notarán en la consideración del texto (Isa. 1:11-15; Amos 5:21-25; Os. 6:6; Isa. 43:22-24; Miqu. 6:6-8; Jer. 7:21-23). Siempre viene a recalcarse que los sacrificios y ofrendas sólo cobraban valor real dentro del marco de la obediencia. El Maestro mismo recoge el tema al confrontarse con el formalismo de los fariseos (Mat. 15:8 y 9; Mar. 7:6 y 7).

La intervención de Jehová en gracia. Los profetas ponen de relieve que Dios no puede faltar a sus promesas ni romper sus pactos, pese a la infidelidad de la mayoría de los israelitas. El advenimiento del Mesías es la manifestación suprema de su gracia, ya que éste ha de ser el Siervo de Jehová tanto para la redención como para la restauración de su pueblo. Tan firme es el propósito de Dios en relación con su pueblo escogido, que dice por boca de Jeremías: «Así ha dicho Jehová, que da sol para la luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la

noche... Si faltaran estas leyes delante de Mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de Mí eternamente» (Jer. 31:35-37). Muchas veces los oráculos anuncian la intervención de Jehová sin que veamos la base del perdón, pero siempre hemos de acordarnos de los sufrimientos vicarios del Mesías que se presentan en Isa., cap. 53. Y a la vista de esta obra, Jehová puede decir a su pueblo: «Yo soy el que borro tus rebeliones por amor a mí mismo, y no me acordaré de sus pecados» (Isa. 43:25). Bien conocida es la invitación evangélica de Isa. cap. 55:1 y ss.: «Todos los sedientos: Venid a las aguas... venid, comprad sin dinero y sin precio...». Es posible —y aun necesario— universalizar estas invitaciones de gracia, pero sin olvidarnos de que, según el contexto, se dirigen, en primer término, al pueblo escogido.

La intervención para la liberación del pueblo y el juicio de los rebeldes.—Una y otra vez los profetas predican la culminación de los juicios de Dios que terminarán con las maldades y la infidelidad de su pueblo. Sin embargo, muy a menudo, cuando todo parece perdido, Jehová interviene para su liberación y su bendición. Como ejemplo de muchos pasajes, podemos considerar uno en Miqueas, cap. 7. Hay un primer párrafo que describe la corrupción moral de Israel. Luego el profeta habla como representante del «Resto fiel»: «Mas yo a Jehová miraré; esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá» (Miqu. 7:7). Los enemigos exclaman: «¿Dónde está Jehová tu Dios?» (Miqu. 7:10), despreciando al pobre «resto», y, sin embargo, «viene el día en que se edificarán tus muros; aquel día se extenderán los límites» (Miqu. 7:11). Más tarde, Jehová promete: «Yo les mostraré maravillas como en el día que saliste de Egipto; las naciones verán y se avergonzarán de todo su poderío» (Miqu. 7:15 y 16). El pueblo ve su redención cumplida y exclama: «¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad?... Cumplirás la verdad a Jacob y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos» (Miqu. 7:18-20). Es imposible que tantas promesas se cumplieran por medio del retorno parcial y débil de un resto de los judíos después del edicto de Ciro, en las circunstancias descritas en los libros de Esdras y Nehemías, ya que, en cuanto a su liberación final, se habla de un triunfo total sobre

las naciones en condiciones de gloria y de poder: nada de lo cual se veía en el retorno histórico mencionado que preludió nuevos desastres. La restauración plena de Israel está aún por cumplir y el momento será cuando aparezca en gloria el Señor Jesucristo, quien, para Israel, será el Mesías-Rey.

El día de Jehová. Es el profeta Joel quien más emplea la designación «el día de Jehová», pero se halla con alguna frecuencia en otros escritos proféticos. Muchas veces corresponde a la frase más corriente de «en aquel día», o «el día de la venganza de Jehová», etc. ¿Cuál es el sentido más íntimo del título «Día de Jehová»? Recordemos que había comunión abierta e íntima entre Dios y el hombre antes de la Caída, pero desde entonces ha habido entre el cielo y la tierra «la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos y el velo que envuelve a todas las naciones» (Isa. 25:6 y 7). Dios se ha revelado y ha hablado, pero su voz sólo llega a los oídos de los hombres sumisos que le buscan, los que «tienen oído para oír». A los demás no se les obliga a darse cuenta de la presencia del Señor. Es el «día del hombre» en el que éste lleva sus asuntos según las directrices de este mundo, el sistema de Satanás. En el primer Advenimiento del Señor hubo una maravillosa revelación de Dios en Cristo, pero se expresó en términos de una vida humana aquí en la tierra, de modo que los que tenían ojos para ver percibieron la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Y los demás quedaron en su ceguera voluntaria. Se describe este «día del hombre» en los «ayes» de Isa. 5:8-25, pero, en vivo contraste, el profeta habla de un momento cuando «la altivez del hombre será abatida y la soberbia de los hombres será humillada, y sólo Jehová será exaltado en aquel día» (Isa. 2:17). Es el «Día de Jehová», cuando los pecadores procurarán meterse en las peñas para esconderse de la «presencia temible de Jehová», y «del resplandor de su majestad» (Isa. 2:10-19). El «velo» que se describe en Isa. 25:6 y 7 se rasgará, y la gloria del Señor será visible para todos. Esta manifestación pública es la nota más destacada del «Día de Jehová», y los hombres tendrán que creer tanto si quieren como si no, bien que esto no significa «fe salvadora».

Naturalmente, este tema tiene mucho que ver con la intervención del Señor para la liberación de Israel y para el juicio de

los rebeldes, dentro y fuera de la nación. Podemos pensar, a la luz del Apocalipsis, que empieza el «día» —por lo menos en sus preliminares— cuando el Cordero abra el primer sello según Apoc. cap. 6, y que llega a su punto culminante cuando el Señor se manifieste gloriosamente (Apoc. cap. 19) y que sigue a través del Reino milenial (Apoc. cap. 20). En algún momento las predicciones abarcan la obra perfecta de la nueva creación, como en los últimos capítulos de *Isaías*, pero eso es excepcional.

El Rey y el Reino.—Este tema ha aflorado varias veces en el curso de esta *Introducción* y se ha visto como un aspecto de la obra mesiánica del Ungido. El «Reino», en sentido amplio, es toda esfera donde la voluntad de Dios prevalece, sea angelical o humana, y por eso el Señor mandó a sus discípulos orar: «Venga tu reino, hágase tu voluntad como en el Cielo, así también en la tierra» (Mat. 6:10). Por eso la Iglesia es también «Reino de Dios» (Rom. 14:17) en esta dispensación, y se manifestará su plenitud durante los siglos de los siglos (Efe. 1:10; 5:21; Apoc. 21:1-7). En los profetas, sin embargo, el tema surge del testimonio de Israel y se relaciona con su restauración. Hemos notado varias referencias a este reino futuro ya, y podrían multiplicarse según la secuencia normal de los oráculos: a) el diagnóstico del pecado y del fracaso de Israel; b) juicios sobre el pueblo escogido; c) la intervención de Jehová; d) la limpieza y restauración de Israel; e) la destrucción de los enemigos de Israel; f) el establecimiento de un reino universal regido por el Rey-Mesías a través de Israel y desde Sión. Como ya se ha dicho, de vez en cuando se vislumbran horizontes más amplios, pero normalmente el Reino es terrenal y en él se cumplen los propósitos de Dios en cuanto a esta tierra, hasta que la última rebelión del hombre exija la desaparición de la primera creación, en todas sus formas, y la introducción de la nueva (Apoc. caps. 1 y 22).

Israel y las naciones circundantes.—Israel no vivía en un vacío, de modo que su suerte se entrelaza con la de sus vecinos. Por una parte se hallan los grandes imperios —Egipto, Asiria y Babilonia—, que procuraban incorporar a Palestina en sus dominios, y, por otra, las naciones pequeñas que rodeaban la tierra de Canaán: Fenicia, Siria, Amón, Moab, Edón y Filistia. Para no alargar demasiado esta introducción, remitimos al lector a las notas sobre estos pueblos que se desarrollan en el Apéndice I.

Dios y el hombre.—Pablo se gozó en «la paciencia y la consolación de las Escrituras» (Rom. 15:4), lo que implica la pertinencia continua de sus enseñanzas. La base de este valor permanente se halla en lo que escribió a Timoteo: «Dios... nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio propósito y gracia, que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (así lit.). Mas ahora se mostró por la manifestación de nuestra Salvador Cristo Jesús, el cual abolió la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio» (2 Tim. 1:9 y 10). La obra de la redención, por la pura gracia de Dios, fue determinada en Cristo antes de los siglos, que es igual que decir: antes de toda obra creada. La obra de la Cruz había de manifestarse en la historia, pero su eficacia data del propósito de Dios determinado antes de los siglos. Después de la Caída, el hombre es incapaz de salvarse por sus obras, pero si se somete a Dios se salva por la fe y «mi justo por la fe vivirá» (Hab. 2:4, etc.). Por lo tanto, las normas básicas de las relaciones entre Dios y el hombre no cambian nunca. El Creador es también el Redentor, quien ha hecho posible la salvación y la bendición de todos los hombres gracias a la obra de propiciación y de expiación llevada a cabo en el Calvario por «el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo» (Apoc. 13:8). Este propósito de Dios determina las relaciones entre Dios y el hombre en todo tiempo, sea cual fuere la «dispensación», y el humilde que busca a su Creador podrá ser bendecido, gracias a la obra de Cristo, aun durante las épocas anteriores a su realización histórica. Al leer los escritos proféticos tenemos que tener en cuenta las circunstancias especiales en las que se desenvolvían los fieles, pero al mismo tiempo hemos de comprender que en el fondo las reacciones son iguales, de modo que todo es «ejemplar» para el cristiano del siglo XX con tal que sepa distinguir, en ciertos casos, entre la revelación preliminar y la que ha llegado a su culminación en Cristo.

Las dispensaciones.—Sería mejor traducir los vocablos originales por «administraciones», comprendiendo, además, que se trata de «administrar» la gracia infinita de Dios según ciertas normas, y no tanto de «períodos de tiempo», terminando uno y empezando otro, ya que estas «administraciones» pueden coincidir en ciertos casos. Así Dios dio sus promesas a Abraham y a Israel, pero no las quitó cuando estableció la Ley. Israel era su «siervo» para adelantar sus propósitos hasta la manifestación del Siervo-Mesías, pero las reacciones de humildad, fe y amor son necesarias para el alma individual en todas estas épocas. La Iglesia verdadera es medio para mantener el testimonio de la verdad en el mundo de ahora y goza ya de la plena revelación que Dios otorgó a los hombres por medio de Cristo, pero «los héroes de la fe», que se mencionan en Hebreos, cap. 11, aún pueden enseñarnos preciosas lecciones. De ahí el valor permanente de los escritos proféticos que no dejan de ser palabra inspirada de Dios después del primer advenimiento del Mesías. Sin embargo, la labor de interpretación es más difícil, porque es preciso tomar en cuenta las circunstancias de cada oráculo, y éstas difieren mucho de las nuestras. Los llamados «padres de la Iglesia» abrieron la puerta a muchos errores por la falta de una exacta interpretación del Antiguo Testamento. Por ejemplo, confundían el sacerdocio antiguo con el del Nuevo Testamento, dando lugar al sacerdotalismo en la Iglesia. De igual forma la falsa doctrina de «salvación por las obras» surgió de no distinguir claramente las relaciones entre la Ley y la gracia.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. Discurra brevemente sobre *tres* de los grandes temas de los profetas que considera de especial importancia, dejando aparte el tema mesiánico que ya se ha tratado.

2. ¿Qué entiende por el «resto fiel»? ¿Cuáles son los rasgos que lo distinguen de la mayoría de la nación?

3. Pese a la infidelidad de Israel en tantos momentos históricos, los profetas anuncian un futuro glorioso para la nación en cumplimiento del pacto. ¿Cómo intervendrá el Señor? ¿Qué relación tiene todo esto con el «Día de Jehová»?

EL LIBRO DE ISAIAS

CAPÍTULO I

INTRODUCCION

La interpretación de los libros proféticos

Consideraciones generales.—En la *Introducción a los libros proféticos* (ILP) hemos considerado aspectos de la función profética, además de algunos temas que iban surgiendo de las circunstancias contemporáneas, sobre todo en relación con el testimonio de Israel en el mundo. La predicción abarca la obra futura de Israel que, a su vez, se enlaza con la manifestación y la misión del Mesías. Todo lo expuesto en ILP es necesario para la labor de una exacta interpretación del texto de los libros proféticos.

Problemas que surgen.—En la próxima sección pasaremos al estudio del texto de Isaías, pero es conveniente que antes tomemos nota de las dificultades que muchos lectores encuentran cuando se dedican al examen de los oráculos de cualquiera de los profetas. Siempre se destacan pasajes hermosos, muchos de ellos ya conocidos, pero, en el curso de la lectura continua del texto, muchos lectores se hallan confusos y hasta un tanto desilusionados. Por una parte les parece que los profetas están repitiendo una y otra vez verdades elementales, aun cuando las expresan con gran elocuencia y poder. Por ejemplo, insisten una y otra vez en que la obediencia es mejor que el sacrificio; en

que el bienestar de la nación depende de la justicia y del temor de Dios; en que la opresión de los pobres y los juicios torcidos son males que acarrean indefectiblemente la condenación de Dios. Por otra parte, lectores que no se han preparado debidamente, se hallan confusos y desorientados ante la multitud de referencias personales, geográficas e históricas diseminadas por todos los libros que no entienden.

La mejor manera de solucionar las dificultades es ir leyendo, procurando subsanar las deficiencias de nuestros conocimientos sobre la marcha. Sin embargo, subrayamos aquí varios principios de interpretación que se hallan implícitos en la ILP: a) La mayor parte de los oráculos tiene que ver con el testimonio de Israel en la tierra: misión bastante diferente de la de la Iglesia que vive «en lugares celestiales». Por eso es preciso la repetición de normas éticas que corresponden a una sociedad teocrática aquí en el mundo. b) No se desarrolla un tema, con su principio, punto culminante y fin, a través de los diferentes libros proféticos, sino que se trata de una serie de oráculos o sermones, si se quiere. Mucho del éxito de la interpretación, por lo tanto, depende del acierto en discernir en qué punto un oráculo termina y otro empieza. Con todo, en Isaías especialmente, notaremos ciertas secuencias de oráculos en torno a un tema más o menos explícito. c) Guiados por el principio de la *perspectiva profética* (véase ILP, pág. 27), comprenderemos que acontecimientos contemporáneos se explican para la orientación de la generación de entonces; brotando de ellos se perciben otros que tienen que ver o con el primer advenimiento del Señor, o con el segundo. d) Es preciso ir adquiriendo conocimientos de la historia de la época del libro en cuestión, tanto de Israel como de las naciones vecinas, y estar familiarizados con la geografía de Palestina y de las tierras adyacentes. Naturalmente, muchas metáforas surgen de la vida del país, casi enteramente agrícola entonces. Procuramos dar una relación de los acontecimientos más importantes en los apéndices, esquema cronológico, mapas, etc. e) La repetición de temas obedece a la necesidad de instruir al pueblo, que no tenía delante la revelación de Dios en Cristo, ni podía manejar la Biblia en la forma conveniente de las ediciones de hoy. Sólo los privilegiados poseían rollos de los escritos anteriores. A los fieles y sumisos no les

costaría tanto recibir las enseñanzas y seguir las normas proféticas, pero el hombre natural —sea israelita u otro— no está dispuesto a anular su egoísmo para seguir la pauta de la Palabra de Dios. Los profetas querían hacer volver al pueblo al pacto, pero sus palabras sólo prendían en el ánimo del *Resto fiel*. De ahí las exhortaciones, las amonestaciones y las advertencias sobre juicios cercanos y lejanos. Isaías es pesimista en cuanto a los resultados de su ministerio en la sociedad de Jerusalén, pero no por eso deja de declarar la voluntad de Dios, siendo optimista al ver en lontananza la gran obra de misericordia y de liberación que había de realizarse por medio de la intervención directa de Dios.

Isaías el hombre

El período de su ministerio.—Isaías ejercía su ministerio desde el fin del reinado de Uzías —época de prosperidad tanto en Judá como en Efraím— a través de los reinados de Jotán, Acaz y Ezequías, hasta entrar, probablemente, en el reinado de Manasés, notorio por la máxima apostasía de Judá. La fecha de su llamamiento puede situarse en el año 740 a. de C., y Manasés empezó a reinar en 686, de modo que su ministerio llena un período de más de 50 años. La última vez que aparece en la historia fue cuando estuvo al lado del piadoso rey Ezequías durante la invasión de Senaquerib, y al efectuar la curación del rey (que podría ser antes o después de la invasión asiria) sobre el año 701 (Isa. 36:1-39:8).

La persona de Isaías.—Era «hijo de Amoz» (Isa. 1:1) y los expositores suelen advertir contra una confusión con «Amós» el profeta, ya que los nombres son bien distintos en el hebreo. Su nombre significa «Jehová es salvación». Según una tradición rabínica, se emparentaba con la familia real, pero el hecho de entrar y salir con familiaridad en el palacio real no prueba nada en este sentido, puesto que ya hemos visto en ILP que los *hozeh*, como Natán, podían actuar como consejeros del rey. Era casado, llamándose su esposa «la profetisa», término que podría significar una vocación profética personal, o sólo que era esposa del profeta (Isa. 8:3). Sus dos hijos llevaban nombres que resumían

mucho del mensaje de su padre: Sear-Jasub (un remanente volverá) y Maher-Salalhasbaz (el despojo se apresura, la presa se precipita).

El llamamiento de Isaías.—La sublime visión de Dios en el templo, que inauguró el ministerio del profeta, se describe en el capítulo 6. Isaías llega a la comprensión de su propia pecaminosidad, es limpiado con el «carbón encendido» del altar —figura de la constante eficacia del sacrificio— y se pone a la disposición de su dueño celestial: «Heme aquí, envíame a mí.» Es posible que los caps. 1 a 5 resuman un ministerio anterior, y que el llamamiento del cap. 6 significa la renovación de la comisión. Sin embargo, es mucho más probable que la sección, capítulos 1 a 5, constituya una introducción al libro total —los temas son típicos— y que se hallen en este lugar gracias a una labor de redacción posterior, o de parte de Isaías mismo o de sus discípulos.

Conocidas crisis en la vida de Isaías

El encuentro con Acaz.—La historia de este encuentro se halla en el cap. 7, pero el tema de la «señal» persiste hasta 9:7. Detrás de las referencias a Rezín, rey de Siria, y Peka, rey de Israel, se halla una página bastante complicada de historia internacional. Durante los reinados de Jeroboam II en Efraim, y de Uzías en Judá, Asiria —el imperio que ocupaba la parte norte de la cuenca Tigris-Eúfrates— no había estado en condiciones de llevar a cabo una política expansionista, pero Tiglat-Pileser, quien subió al trono en 745, era monarca ambicioso que supo estabilizar las condiciones internas de su país para luego lanzarse a la conquista de tierras al occidente del mismo. Las primeras víctimas serían Siria (capital Damasco) y Efraim (capital Samaria), y luego Fenicia (en el litoral), con Filistea y Judá más al sur. Los reyes de Siria y de Efraim, olvidando antiguas enemistades, se unieron para defenderse contra el invasor, y querían que Judá, a la fuerza, se uniera con ellos, y hasta pensaban en cambiar la dinastía davídica. Acaz, rey de Judá a la sazón, hizo bien en rechazar la invitación de sus vecinos, pero hizo muy mal al no querer dejarse en las manos del «Santo de Israel»,

pensando en una solución que parecía muy hábil, pero que, a la larga, sería fatal para la independencia de su país. Según sus cálculos, era evidente que Asiria era la nación más fuerte... ¿Por qué no aliarse con él con el fin de quitar de en medio a sus dos vecinos molestos, Efraim y Siria? Dios envió a su siervo Isaías al encuentro del rey para que, como *hozeh*, anunciara la voluntad de Dios en este asunto. Hablando en el nombre del Dios de Israel, asegura a Acaz que la alianza contra Judá no será firme y que Dios mismo será el «aliado», dispuesto a dar cualquier señal para confirmar la fe del rey. El rey rehusa la señal, con la excusa hipócrita de que no había de «tentar a Jehová», pero en verdad con el fin de mantener su determinación de seguir adelante con su plan de aliarse con Asiria: plan impío y necio, que convirtió a Judá en estado satélite del poderoso y cruel imperio asirio. La contestación profética —fuerte y contundente— se divide en dos partes: a) Dios, en su gracia, dio una «señal», prometiendo el nacimiento de Emanuel; b) el aliado que Acaz escogió —Asiria— había de ser el instrumento para llevar a cabo los juicios del Señor en la tierra de Judá. Al examinar el texto de *Isaías* veremos cómo este encuentro y los temas que suscita determina la proclamación de las promesas mesiánicas que llegan a su culminación en Isa. 9:6 y 7.

Isaías lucha contra la alianza egipcia.—Era natural que las pequeñas naciones que ocupaban el área entre el desierto de Arabia y el Mediterráneo pensasen en buscar la protección de Egipto (véase apéndice I, pág. 179 y ss.) contra el poder expansivo de Asiria, pero «el Santo de Israel» no quería que su pueblo se aliase con potencias humanas en contra del enemigo, sino que confiara en Jehová de los Ejércitos. En Isaías capítulos 18 a 20, con el cap. 30, vislumbramos una lucha interna y política en Jerusalén entre los partidos proalianza egipcia y antialianza. Ezequías era un rey piadoso, muy diferente de Acaz, pero la política de buscar ayuda en Egipto parecía tan necesaria, que hasta el buen rey fluctuó, no siguiendo los consejos de Isaías, ya que el cap. 18 describe una embajada enviada al imperio del sur. Isaías se empeña en hacer volver las miradas del pueblo al Dios de Israel, sin participación alguna en alianzas en contra de Asiria, que, por aquella época, habían de fracasar necesariamente, trayendo consecuencias trágicas para las naciones sublevadas.

No se destaca este cuadro tan nítidamente como el del encuentro con Acaz, pero ilustra la obra de Isaías como profeta-estadista, iluminando estas condiciones históricas el contenido de Isaías capítulos 36 y 37.

Isaías y la invasión de Senaquerib.—Hubo conatos de rebelión en 711 a. C. contra Asiria de parte de Filistea y otros pequeños estados tributarios, pero el rey asirio, Sargón, pudo dominar la situación. Más tarde, Ezequías, contra los consejos del profeta Isaías, se unió a otra sublevación, reinando ya Senaquerib en Nínive. Organizó este monarca una expedición punitiva para volver a reducir a la obediencia los estados del sur de Palestina. Al parecer, su ejército avanzó por el litoral del Mediterráneo —la ruta normal a Egipto—, tomando ciudades fuertes en Filistea y el sur de Judá, pero dejando a Jerusalén a un lado por el momento, a causa de su situación interna, de difícil acceso en terreno montañoso.

Sin embargo, no convenía a la estrategia militar de Senaquerib dejar una poderosa fortaleza a sus espaldas, y pensó que podría lograr su rendición por medio de amenazas. El estaba asediando la ciudad fuerte de Laquis a la sazón, pero envió un alto oficial sirio, el Rabsaces, quien, con una compañía fuerte, se acercó a las murallas de Jerusalén para proclamar sus amenazas en oídos del pueblo, ofreciendo favorables condiciones si la ciudad se entregara. Según las órdenes de Ezequías, recibió la callada por respuesta, siendo Isaías mensajero de Dios para animar al pueblo a la resistencia. Oyendo rumores de movimientos militares de Tirhaca, de la dinastía etíope de Egipto —podría ser jefe de las fuerzas armadas entonces y rey después—, Senaquerib tuvo que demorar su ataque contra Jerusalén (Isa. 37:8 y 9), pero envió una carta insultante, no sólo para Ezequías, sino para Jehová, Dios de Israel. Sabiamente, el rey expuso la carta en el templo, delante del Señor, y, de nuevo, Isaías actuó como mensajero de Dios, prometiendo liberación. Sin que se defina la locación del ejército sirio, Isa. 37:36 nos hace saber que Dios intervino en el asunto, muriendo 185.000 hombres del ejército sirio, probablemente por medio de una plaga. La ciudad había sido librada.

La situación de Ezequías y de su pueblo parecía desesperada, pero, en este incidente, el rey fue obediente y la crisis quedó bien planteada. Isaías era el mensajero de Jehová de los Ejércitos, del Santo de Israel, y Ezequías abandonó su confianza en los hombres para acudir humildemente a Dios. De esta forma pudo haber liberación y bendición, aun siendo el enemigo el imperio —por entonces— más fuerte de las tierras del Oriente Medio.

La enfermedad de Ezequías.—Mencionamos este incidente narrado en Isa. cap. 38 para ilustrar las intervenciones del profeta en los asuntos de palacio, dejando el detalle para el comentario. En vista de la promesa de una liberación futura (Isa. 38:6), juntamente con consideraciones relacionadas con la cronología comparada de los anales de Asiria y Babilonia, la mayoría de los escriturarios creen que la curación, con la promesa de quince años más de vida, precedió a la invasión de Senaquerib.

La embajada babilónica.—En la cuenca de los ríos Tigris-Eufrates, el poder imperial pasó de Babilonia a Asiria y de nuevo a Babilonia. Ya hemos visto que, durante la vida de Isaías, el enemigo era Asiria. Sin embargo, Babilonia no se contentaba con ser una mera provincia de Asiria, pensando siempre en volver a establecer su independencia y su imperio. En los años anteriores a la invasión de Judá por Senaquerib, Merodac-Baladán, rey de Babilonia, procuraba aumentar su poder, buscando alianzas entre los enemigos de Asiria. De ahí su afán en aprovechar las noticias de la curación de Ezequías, que sirvió de pretexto para enviarle una embajada de felicitación (Isa. 39:1). Ezequías se sintió halagado, y les mostró a los babilonios todos sus recursos y tesoros sin consultar con el portavoz de Jehová. El profeta tuvo que investigar el asunto, y esta debilidad de Ezequías motivó una profecía acerca del cautiverio babilónico. Jerusalén aún sería protegida por más de un siglo, pero el gran enemigo futuro, Babilonia, ya asomaba por el horizonte.

La muerte de Isaías.—Un antigua tradición rabínica relata el martirio del profeta de esta forma: huyendo de la persecución del malvado Manasés, hijo de Ezequías, se escondió en el hueco de un árbol viejo. Los emisarios de Manasés le descubrieron y

aserraron el árbol, matando así el siervo de Dios. Se ha querido ver una media confirmación de la leyenda en la nota sobre los mártires aserrados en Heb. 11:37, pero, claro está, podría haber otros matados por este método cruel. Quedamos con una leyenda respetable que podría tener una base histórica, sin que podamos llegar a afirmarlo con confianza.

Isaías el predicador y escritor

La fama de Isaías no descansa en sus actividades como profeta-estadista, consejero de reyes según la voluntad de Dios, sino en el valor permanente del libro que dejó para la posterioridad. Como orador y escritor supo aprovechar con gran felicidad todos los recursos del hebreo. Su lenguaje es penetrante, incisivo e irónico en las denuncias del pecado; tierno y suplicante al dirigirse al amado Resto fiel; se eleva a las mayores alturas de la elocuencia y de la poesía cuando se le revelan las glorias del Santo de Israel y la futura consolación de Israel. Hagamos un alto para contemplar la figura señera que se perfila a través del libro, saludando al noble y sabio patriota, al elocuentísimo orador y al poeta de mil escogidas metáforas. Sobre todo nos fijaremos en el sencillo siervo del Señor, quien puso todo cuanto era y tenía al servicio de su Maestro. Aun en vida recibió por recompensa la más clara visión del Mesías —Siervo de Jehová— que fue concedida a hombre alguno antes del Advenimiento. El secreto de su poder se halla, no en las magníficas dotes que poseía, sino en el gemido que brotó de su corazón quebrantado al rendirse ante la visión de la gloria del Señor: «¡Heme aquí. Envíame a mí!»

La unidad del libro de Isaías

Las tres secciones del libro.—Cualquier lector puede percibir tres secciones en el libro, tal como ha llegado a nosotros: 1) Denuncias de los pecados de Judá, juntamente con oráculos de esperanza, caps. 1 a 35. 2) Un paréntesis histórico, que ocupa los capítulos 36 a 39, cuyo texto coincide casi exactamente con 2 Reyes 18:13-37; 19:1-37; 20:1-11; 20:12-19, 3). Una serie de oráculos

que empiezan y terminan sobre una nota de triunfo, no faltando, sin embargo, algunos diagnósticos del pecado de Jerusalén. Se destaca mucho la persona y obra del Mesías, Siervo de Jehová.

Es válido pensar que el paréntesis histórico ilustra las tribulaciones últimas de Israel, con la intervención de Jehová a favor de la nación. En este caso, lejos de dividir el libro, sirve de enlace entre las dos partes.

Las supuestas diferencias.—No existe evidencia objetiva alguna que indique dualidad o pluralidad de autores en el libro de *Isaías.* Los judíos, muy interesados en cuestiones de la paternidad literaria y la canonicidad de los libros del Antiguo Testamento, siempre aceptaban —con alguna excepción insignificante— el libro como una unidad. En el libro apócrifo, Eclesiástico, 48:22-25 (circa 200 a. C.) se presupone la unidad de *Isaías*, y el rollo más antiguo, descubierto en Qumrán (Mar Muerto), fechado sobre el año 200 a. C. no da muestra alguna de pluralidad de autores. Sin embargo, durante el siglo XVIII, algunos escriturarios empezaban a pensar en la posibilidad de que la segunda parte fuese de otro autor llamado el «deutero-Isaías», fundándose la teoría sobre consideraciones que notaremos a continuación. Se trata de juicios puramente subjetivos, pues no existe ni un átomo de evidencia arqueológica o histórica que apoye la existencia de un gran autor del tiempo del exilio capaz de redactar un libro tan sublime como sería Isaías caps. 40 a 66. Como nota Derek Kidner en *The New Bible Commentary, Revised*, p. 589 (I. V. F., Londres), el mismo método de análisis crítico y subjetivo exigiría, no sólo un «deutero-Isaías» y un «trito-Isaías», sino una docena más, ya que el estilo y los temas varían bastante dentro de las secciones principales.

La base de la teoría.—1. S. H. Driver y muchos otros creían ver una diferencia significativa de estilo entre las secciones, capítulos 1 a 27 y 40 a 66. 2. Driver insistía que por lo que dio en llamar «la analogía de la profecía», los siervos de Dios siempre tenían que dirigirse a un auditorio contemporáneo. 3. En la primera sección el enemigo es (mayormente) Asiria, mientras «deutero-Isaías» describe a Babilonia como el enemigo. 4. La

mención por nombre de Ciro, fundador del Imperio Persa (44:28; 45:1), no es creíble 200 años antes de que decretase el retorno de los judíos a Judea.

Contestaciones a la teoría.—1. *Estilo.* Eminentes hebraístas, como el Dr. W. J. Martin, han demostrado la fragilidad de consideraciones basadas sobre el estilo, al analizar los breves escritos del Antiguo Testamento. El hebreo es un idioma que se vale de formas concretas y tangibles; éstas se prestan poco a abstracciones, bien que resulta ideal para ciertas formas poéticas, ya que hay tanto que puede expresarse por medio de metáforas. Es inevitable que el estilo varíe según el tema, ya que los mensajes de consuelo y de triunfo prestan alas a la pluma del escritor, mientras que las denuncias del pecado y el anuncio de los juicios apropiados la revisten de plomo. El análisis, pues, debiera basarse sobre el vocabulario y expresiones típicas. *R. Margalioth,* en *The Indivisible Isaiah,* ha llevado a cabo un estudio a fondo de esta cuestión, hallando típicos vocablos y características expresiones en las dos partes de Isaías y nunca —o casi nunca— en otros escritos del Antiguo Testamento. El título divino, «el Santo de Israel», se halla doce veces en la primera parte y trece veces en la segunda. «El Alto y el Excelso» (6:1; 57:15; 52:13) es otro título divino común a las dos secciones. Distintas descripciones del pueblo de Israel se hallan en las dos secciones, siendo desconocidas en otros escritos del Antiguo Testamento.

El ministerio de Isaías cubrió un período de cincuenta años, y es corrientísimo que los autores modifiquen su estilo a través de largos años de producción literaria. En la obra de Shakespeare, y tratándose de un período de sólo veinticinco años, los eruditos disciernen cuatro grandes etapas.

2. «*La analogía de la profecía*». Este término de S. H. Driver no parece muy apropiado, pero quiere indicar por él, como hemos visto, la idea de que el profeta ha de relacionarse necesariamente con su propia generación. Por esta suposición se quiere evitar el reconocimiento del elemento milagroso que se encierra en las predicciones. Esta cuestión —de «Predicación y predicción»— se ha tratado en la ILP, pág. 26, y sólo resta

decir que los profetas no siempre predecían acontecimientos en el tiempo gramático futuro, sino a menudo en el «presente histórico» como si fueran observadores personales de lo que había de acontecer en el futuro, sin excluir el tiempo pretérito. La mención de Ciro por nombre no es más que un caso destacado de esta «familiaridad» con el porvenir, y halla una analogía en la mención del nombre de Josías por «el varón de Dios» en su oráculo sobre Betel (1 Reyes 13:2) siglos antes de la destrucción predicha.

La prominencia de Babilonia en los capítulos 40 y 66.—Este hecho da lugar a la suposición de que el «deutero» o «trito-Isaías» ministrasen en el Exilio, ya que Babilonia se presenta como el enemigo del pueblo de Dios. Pero el hecho es que profecías sobre Babilonia no se limitan a los capítulos 40 en adelante, puesto que ya en los caps. 13 y 14 se habla no sólo del surgir de Babilonia, sino también de su ruina final. Si los críticos postulan un inserto aquí, para sostener su teoría, se convierte ésta en algo completamente subjetiva y caprichosa. Para nosotros las diferencias se basan en la mayor o menor reiteración de ciertos temas, abundando más los oráculos triunfales en la segunda parte, y los diagnósticos de pecado y anuncios de juicio en la primera. Sin embargo, los caps. 11 y 12 llegan a sublimes alturas de elocuencia al describir las glorias del Reino, mientras que los caps. 56 y 57 se dirigen en términos muy solemnes a los pecadores de Jerusalén. Que estos casos sirvan de ejemplos de la variación de la presentación de temas fundamentales tanto en la primera parte como en la segunda.

La teología de Isaías.—Las dos partes principales de *Isaías* contienen oráculos sobre los temas proféticos que hemos discernido en la ILP, pág. 21. Se abren perspectivas más amplias en los últimos capítulos del libro, pero aparte de eso los temas son conocidísimos. Es natural que la figura del Mesías se destaque más claramente al llegar a la culminación de la obra literaria, pero sólo lleva a su consumación muchos oráculos mesiánicos que hallamos ya en los caps. 1 a 35. Debemos a Isaías una visión más sublime del «Santo de Israel», con maravillosas facetas que iluminan la Persona y Obra del Mesías. No obstante, la teología de todos los libros proféticos se des-

arrolla dentro de la más perfecta unidad doctrinal, que coincide, además, con las profundas intuiciones espirituales de *Los Salmos.*

Mencionamos las teorías de un *Isaías* múltiple porque el lector dará con ellas en algún momento de sus estudios bíblicos, pero lo importante para nosotros es la enseñanza sobre el Mesías que señaló el Maestro mismo y los destacados temas que constituyen parte integrante de la teología bíblica (Lucas 24:27, 44-46). De igual forma que las demás Escrituras Sagradas del Antiguo Testamento, este libro lleva el sello de la autoridad del Verbo Encarnado.

Es digno de tomar en cuenta que el Maestro y los Apóstoles, al sacar citas de Isaías, no dan el menor indicio de que se trate de una obra dual o múltiple, sino que todo se refiere al «profeta Isaías», tratándose de los caps. 1 a 35 o de 40 a 66 (Juan 12:38-44; Mar. 7:6; Luc. 4:17; Juan 1:23, etcétera).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A) Discurra sobre el profeta Isaías desde los puntos de vista siguientes:

   a) como hombre,

   b) como profeta-estadista,

   c) como el profeta que recibió una visión notable de la Persona y obra del Mesías.

B) Describa con algún detalle la actuación de Isaías en relación con el rey Ezequías durante los acontecimientos históricos que ocupan Isa. caps. 36 a 39.

C) ¿Por qué han postulado ciertos escriturarios la existencia de un «deutero-Isaías» como autor de Isa. caps. 40 a 66? ¿Qué contestación daría a esta teoría?

CAPÍTULO II

EL ANALISIS DEL LIBRO

El oráculo

Un análisis de Isaías —o de cualquier otro libro profético, con pocas excepciones— ha de basarse sobre los oráculos, que son mensajes completos en sí. Con todo, y mayormente en Isaías, algunos oráculos se unen entre sí por el hilo de un tema común, que no impide la irrupción de conceptos diferentes, o hasta contrastados. Es imposible, pues, discernir un plan desarrollado ordenadamente en una colección de oráculos, pese a que ciertos temas predominan en algunas secuencias, y el análisis que sigue dará una idea del majestuoso conjunto de las profecías de Isaías.

I. LOS PECADOS DE JUDA, LOS JUICIOS Y LA ESPERANZA DEL REINO 1:1-12:6

1. La crisis moral y espiritual de Israel 1:1-31
2. Contrastes: la Jerusalén contemporánea y la Sión de Dios 2:1-4:6
3. La viña arruinada. Los hombres rebeldes de Jerusalén 5:1-30
4. La visión y llamamiento del profeta 6:1-13

II. EL LIBRO DE EMANUEL 7:1-12:6

1. La señal rechazada y «el libro de Emanuel» 7:1-9:7
2. Dos imperios contrastados 9:8-10:34
3. El Rey y el Reino 11:1-12:6

III. ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES 13:1-23:18

1. Babilonia y su juicio 13:1-14:23
2. Juicios contra Asiria y Filistea 14:24-32
3. Juicios contra Moab 15:1-16:14
4. Juicios contra Damasco y Samaria 17:1-14
5. Juicios contra Etiopía y Egipto 18:1-20:6
6. Juicios contra Babilonia, Duma, Arabia, Jerusalén 21:1-22:25
7. El tema de Tiro 23:1-18

IV. EL DÍA DE JEHOVÁ Y LA RESTAURACIÓN DE ISRAEL 24:1-27:13

1. Juicios universales 24:1-23
2. Alabanzas a Dios 25:1-12
3. Un cántico del Resto fiel 26:1-27:1
4. Juicios y restauración 27:2-13

V. DIAGNÓSTICOS DEL PECADO DE ISRAEL
LAS ALIANZAS QUE FALLAN Y DIOS QUE LIBERTA 28:1-35:10

VI. EL PARÉNTESIS HISTÓRICO
LA INTERVENCIÓN DE JEHOVÁ 36:1-39:8

1. Las amenazas de Senaquerib.
Ezequías se apoya en el Dios de Israel 36:1-37:38
2. La enfermedad y curación de Ezequías 38:1-22
3. La vanidad pecaminosa de Ezequías 39:1-8

VII. CONSUELO Y TRIUNFO POR MEDIO DEL MESÍAS, SIERVO DE JEHOVÁ 40:1-66:24

1. El Todopoderoso consuela a su pueblo 40:1-41:29
2. Dios reta a los ídolos. Los dos «siervos» 42:1-55:13
   a) Ciro, instrumento de Dios (cap. 45)
   b) La ruina de Babilonia (caps. 46 y 47)
   c) Diversas reprensiones y consolaciones
3. Pecado en Jerusalén
La intervención de Jehová 56:1-59:21
4. Plena restauración por medio del Mesías-Rey 60:1-66:24

COMENTARIO SOBRE EL TEXTO

Capítulo III

EL FRACASO DE JERUSALÉN, Isa. 1:1-31

La crisis moral y espiritual de Judá, Isa. 1:1-31

El siervo y su ministerio, Isa. 1:1.—En la I.I. pág. 3 hemos notado que es probable que los capítulos 1 a 5 han de fecharse después del llamamiento del profeta que se describe en el capítulo 6. Constituyen una Introducción al libro, con mención de muchos de los temas dominantes. Sobre Isaías y el período de su ministerio véase I.I. pág. 2.

Un llamamiento dramático, Isa. 1:2-4.—Recordemos que el tema fundamental de los profetas es el del testimonio de Israel, el siervo que Dios escogió para recibir, guardar y transmitir su Palabra en medio de las naciones. Para eso Dios había creado una familia de «hijos», pero éstos, lejos de cumplir la voluntad de su Padre, tenían menos conocimiento que los animales domésticos, los cuales, por lo menos, conocían el pesebre de su dueño (Isa. 1:3). La acusación es contundente, y se expone delante de cielos y tierra: «... ¡Hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás» (Isa. 1:4).

La devastación de la tierra de Judá, Isa. 1:5-9.—Muy a menudo estos versículos se aplican a la enfermedad moral del hombre en general. De hecho, si nos fijamos en ciertas frases

claves, veremos que describen la devastación de Judá después de alguna de las invasiones de los asirios. Se usa el «tiempo pasado profético» para un acontecimiento futuro, puesto que, en la primera etapa del ministerio de Isaías, aún persistían los restos de la prosperidad que la tierra había experimentado bajo el reinado de Uzías. Notemos la pregunta: «¿Por qué queréis ser castigados aún... vuestra tierra será destruida... comida por extranjeros... asolada... y que la hija de Sión como enramada en viña...» Las expresiones del v. 6 corresponden a heridas causadas por palos o látigos, y no a los síntomas de una grave enfermedad.

Sodoma y Gomorra tipifican no sólo extremos de maldad (comp. Isa. 1:10), sino también la destrucción total de ciudades corrompidas. No escapa más que «un resto pequeño» (véase el tema en ILP, pág. 44).

Dios odia la religión externa, Isa. 1:10-20.—Que Dios llame a los líderes de su pueblo «príncipes de Sodoma» y a la nación «pueblo de Gomorra» revela la extrema gravedad de la crisis moral de Israel. Los denigrantes epítetos introducen el tema de la vanidad del servicio externo del Templo cuando los oferentes desprecian las leyes del Pacto. Ya hemos visto en ILP, pág. 45, que es imposible entender este pasaje (y otros parecidos) en el sentido de que Dios estaba repudiando lo que él mismo había instituido. Volvemos a ver la lección que aflora tantas veces en la Biblia: que la ceremonia externa puede encerrar importantes lecciones «gráficas», pero que no beneficia al oferente, ni agrada a Dios, si no va acompañada por un espíritu de humildad y de verdadera adoración. En este pasaje se insiste en que los adoradores han de manifestar su deseo de cumplir la voluntad de Dios por medio de la práctica de la justicia (Isa. 1:16 y 17). Las expresiones son muy fuertes: «Hastiado estoy de holocaustos... no me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación... cuando extendáis vuestras manos yo esconderé de vosotros mis ojos.»

El remedio consiste en ordenar bien la vida. Por el conjunto de las Escrituras sabemos que el hombre es incapaz de «lavarse» intentando cumplir la Ley; sin embargo, la Obra de expiación que Cristo había de llevar a cabo se hallaba siempre delante de Dios, y los esfuerzos prácticos que se notan en los vs. 16 y 17 ponen de manifiesto la actitud sumisa que Dios puede bendecir (comp. Rom. 2:6-11).

«Venid luego —dice Jehová— y estemos a cuentas» (Isaías 1:18). Puede renovarse la comunicación entre Dios y el hombre «si quisiereis y oyereis». Se quitará el feo borrón del pecado, según las hermosas figuras del v. 18, puesto que Dios había proyectado la propiciación en Cristo (Rom. 5:25 y 26).

La purificación de Sión, Isa. 1:21-31.—Se destacan aquí tres fases de la historia de Sión, término que equivale a Jerusalén, pero con énfasis sobre su función como «ciudad de Dios». a) La ciudad fiel fundada por David y famosa por su justicia (Isa. 1:21). b) La ciudad degenerada bajo el poder de príncipes prevaricadores, notorios en los tiempos de Isaías por su injusticia (Isa. 1:22 y 23). c) La ciudad justa y fiel del porvenir, después de que Jehová haya quitado de en medio de ella a todos los rebeldes y malos consejeros (Isa. 1:24, 25 y 28:31). Esta obra divina se resume en el v. 27: «Sión será rescatada con juicio y los convertidos de ella con justicia.» Como siempre, la limpieza básica brota de la Obra de la Cruz, pero, en la práctica, en la época que sea, los juicios de Dios eliminan a los malos para que prosperen los «convertidos».

Los nombres del Señor.—En vista de la importancia de los títulos divinos que emplea Isaías, iremos señalándolos al final de cada sección.

En este capítulo hallamos los siguientes, que señalan diferentes aspectos de los atributos y operaciones de Dios: a) Jehová... el Santo de Israel (Isa. 1:4). b) Jehová de los ejércitos (Isa. 1:9). c) Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel (Isa. 1:24). «El Santo de Israel» es término predilecto de Isaías, hallándose sólo dos veces fuera de su libro.

Los temas del capítulo.—Este primer oráculo constituye una introducción admirable a todo el libro por cuanto presenta muchos de los grandes temas que se han de desarrollar a través

del conjunto de oráculos. a) *El análisis del pecado del pueblo,* con referencia especial a Jerusalén (Isa. 1:2-6, 21-23). b) *El anuncio* —como algo ya hecho— *de los juicios inmediatos* que habían de caer sobre Judá a causa de las invasiones asirias (Isa. 1:5-8; 24, 25, 28 y 31). c) *La vanidad y la abominación de una religión ceremonial* divorciada de la obediencia y de las obras de justicia (Isa. 1:10-15). d) *El llamamiento, el arrepentimiento y la promesa de limpieza* para quienes se sometan a Dios (Isa. 1:16-20). e) *El anuncio de una obra de restauración en Sión* que Dios mismo llevará a cabo por medio de juicios purificadores (Isa. 1:24-31). f) *La conservación de un Resto fiel,* núcleo de una nueva nación (Isa. 1:9).

El estilo del oráculo.—Debiéramos fijarnos en los muchos símiles y metáforas —tiernos, hirientes, irónicos, según el caso, pero siempre expresivos— en los vs. 3, 5, 8, 9 y 10, etcétera (Isa. cap. 1). Se ha de notar además la ternura del llamamiento del Señor por medio del profeta (Isa. 1:18) en contraste con la punzante ironía de las expresiones que se dirigen a los rebeldes (1:10, etcétera). Isaías se vale de todos los recursos del hebreo, que ya hemos visto como idioma que prefiere lo concreto de los sustantivos a lo abstracto de frases verbales y adjetivales; algo que se ilustra bien el cap. 1.

TEMA PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. Se considera que el cap. 1 constituye una introducción apta para todo el libro de Isaías. Mencione los temas más importantes, procurando dar el sentido claro de cada uno.

CAPÍTULO IV

EL REINO DE DIOS Y LOS PECADOS DE JERUSALÉN

2:1-4:6

El reino de Dios sobre la tierra, 2:1-4

La consumación que Dios ha determinado.—El profeta tendrá que volver a diagnosticar los males del pueblo de Dios, presentando muchos cuadros, pintados en colores sombríos, que ilustrarán los terribles males del «día del hombre». Según la ley inquebrantable de la «siembra y de la siega», la rebelión traerá sobre los endurecidos los juicios de Dios, cercanos y lejanos. Sin embargo, plugo a Dios revelar a su siervo el fin glorioso de su obra en la tierra. Es extraño que buenos expositores evangélicos piensen que asoma el testimonio de la Iglesia en este pasaje, concepto que desentona completamente con lo que hemos venido estudiando sobre la obra de Israel. La visión es la que vio Isaías, hijo de Amoz, «*acerca de Judá y de Jerusalén*» (Isa. 2:1), y la época del cumplimiento será «*en lo postrero de los tiempos*», o sea, en la consumación de los propósitos de Dios en la tierra. Todo se ve en contraste con el fracaso del reino de la dinastía de David.

El Monte y los montes, Isa. 2:2.—Un «monte» —cuando es evidente el sentido figurado del término— quiere decir una potencia humana, o sea, los «montes» son reinos de la tierra. Cuando Jehová, terminada su obra de juicio y de salvación, «será confirmado *el monte de la casa de Jehová* como cabeza de los montes». Se trata de Sión, pero notemos que la sublimi-

dad y potencia de este Monte se deriva de la presencia de la Casa de Jehová allí, y recordamos el fin de la profecía de Ezequiel: «El nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-Sama (Jehová allí) (Ez. 48:35).

Jerusalén, luz de los pueblos, Isa. 2:3.—Jerusalén será la fuente desde la cual fluirá la palabra de Jehová. Por largos siglos ha prevalecido el antisemitismo, siendo combatida la capital de los israelitas una y otra vez hasta nuestros días. Al manifestarse el Señor para la purificación de su pueblo, todo cambiará y Sión será el imán que atraiga los pueblos, no ya para codiciarla y conquistarla, sino para aprender en ella las sendas del Señor y andar en ellas.

Por fin, paz en la tierra, Isa. 2:4.—Todos los intentos de los hombres para establecer la paz en la tierra han fracasado y fracasarán. La «carne» que el diablo implantó en el hombre se manifiesta, sobre todo, en el egoísmo, el deseo de que domine el «yo», y de él brota la codicia que lleva al hombre caído a la violencia con tal de conseguir sus fines. Lo mismo pasa con las naciones que no pueden ver que otras las superen. Por eso todas se arman hasta los dientes, hasta el límite de sus recursos, siendo «grandes potencias» las que acumulan ingentes cantidades de armamentos. En el reino milenial el hombre no dejará de ser el que conocemos y somos, pero el gobierno mesiánico será justo y fuerte, prendiendo la Palabra en muchos corazones. Satanás será «atado», de modo que «lo bueno» tendrá todas las ventajas. Gracias a los justos juicios de Jehová entre las naciones, éstas podrán convertir las armas de guerra en instrumentos de paz, lo que se indica por la expresiva figura de cambiar las espadas en rejas y las lanzas en hoces. Se perderá el triste arte de la guerra, consiguiendo lo que ha sido imposible para la O.N.U. Se describe este hermoso reino con mayor detalle en los caps. 11 y 12.

La importancia de esta profecía.—Todo esfuerzo humano necesita un incentivo, y si los israelitas de la época de Isaías no hubiesen oído más que denuncias del pecado y anuncios de juicio, habrían caído en un estado de desesperación. Pero se coloca delante la meta de la consumación de la obra de Dios,

de modo que el Resto se anima y hay posibilidad de que, de la masa neutra del pueblo, algunos cobren ánimo para volver a Jehová, al Fuerte de Israel, con el fin de seguirle, aumentando así la fuerza del testimonio del «Israel espiritual». Los contumaces harían poco caso ni de las promesas ni de las amonestaciones de la palabra profética.

Nombres divinos.—En esta sección hallamos «el Dios de Jacob» (Isa. 2:3), que enfatiza el testimonio de Israel y el interés especial de Dios en su pueblo.

El día del hombre y el día del Señor, Isa. 2:5-4:6

La casa de Jacob, Isa. 2:5-11.—Si en un día futuro las naciones habían de andar a la luz de Jehová, que brillaría desde Sión, parecía natural que la Casa de Jacob diera el ejemplo de la obediencia aun en los tiempos del profeta, lo que le mueve a exclamar: «¡Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová!» Por desgracia, Isaías tuvo que contemplar todo lo contrario en su derredor, ya que la «casa de Jacob», lejos de ser foco luminoso para todo el mundo, recibía influencias satánicas del Oriente por una parte y de los filisteos por otra (Isa. 2:6 y 7). Aún abundaban las riquezas acumuladas antes de las invasiones de Asiria, pero lejos de reconocer que todo venía de la mano de Dios, los israelitas fabricaban ídolos y glorificaban al hombre, inclinándose ante las obras de sus manos (Isa. 2:7-9). He aquí *el día del hombre*, pero el profeta vislumbra el fin de todo ello cuando, en el Día de Jehová, el Señor había de manifestar públicamente «el resplandor de su majestad». Las elocuentes y poderosas frases de los vs. 10 y 11 llegan a ser un refrán (2:10b; 19b; 21b) que marca el fin de cada sección que describe las características del «día del hombre» y halla su eco cuando se rompe el sexto sello de la primera serie de juicios en el Apocalipsis (Apoc. 6:14-17). Los soberbios buscarán escondrijos en las cuevas de las montañas, pero no se salvarán por eso.

El Día de Jehová, Isa. 2:12-22.—No hay mudanza de tema aquí, puesto que estos versículos elaboran con más detalle los

conceptos de los precedentes. Se contesta la pregunta: «¿Qué pasará con los soberbios en el día cuando Jehová manifieste su poder y majestad?» La contestación viene a ser que las aparentes riquezas se convertirán en basura, sólo apta para ser tirada al muladar. Los «grandes», que tiranizaban sobre los débiles y pobres, se esconderán en cuevas. El Señor ha señalado tal «día» para dar al traste con toda soberbia.

Figura de la «grandeza» del hombre y su fin.—Hemos visto que los «montes» representan reinos humanos; los árboles y demás figuras de los vs. 12-16 vienen a significar lo mismo, con alguna indicación de cuál será la nación vecina en cuestión. Los «cedros del Líbano» representan la nación fenicia que ocupaba la sierra del Líbano y la costa. «Las encinas de Basán» señalan la potencia de los amonitas del este del Jordán, por ser la encina el árbol típico de la región. «Torres» y «muros fuertes» generalizan el imaginado poder de cualquier país, y la frase «las naves de Tarsis» vuelve a señalar la gran potencia marítima de Fenicia. Los escriturarios no acaban de ponerse de acuerdo sobre el sentido exacto de «las naves de Tarsis», pero sin duda indican naves que emprendían extensos viajes, y Tarsis podría ser Tartesos, puerto usado por los fenicios en el sur de España, cerca de Cádiz. «Pinturas preciadas» probablemente quiere decir «naves hermosas» (RSV).

El conjunto de las figuras destaca la «altivez del hombre». No se condenan las grandes obras, la civilización y el arte como tales, sino sólo como manifestaciones del orgullo humano, ya que el hombre quiere solucionar sus propios problemas, haciendo alarde de su habilidad y genio. El sombrío refrán señala *el día de Jehová,* cuando él se levante, haciendo visible «su presencia temible», que destruirá toda pretensión del hombre rebelde que se alza en contra de su Dios (Isa. 2:17-19). Entonces se verá la locura de la idolatría. El hombre, siendo tan débil, pese a obras que, por el momento, llaman la atención, y habiendo abandonado al Dios verdadero, quiere fabricar sus propias obras, lo que vienen a ser un medio para glorificarse a sí mismo. El profeta termina con un llamamiento a los sabios: «Dejaos del hombre —volved las espaldas al hombre— cuyo aliento está en su nariz. Porque, ¿de qué es él estimado?»

(Isa. 2:22; comp. Jer. 17:5-13). El soplo de Dios en las narices del hombre (Gén. 2:7) le dio su naturaleza espiritual, distinta de todos los animales, pero aquí se trata de la respiración necesaria para la vida biológica, y que, si falta al hombre, le deja hecho un cadáver. ¿Cómo es posible basar nuestras esperanzas en tal ser?

Títulos divinos.—En esta sección —y hasta el fin del cap. 3— el título que más se repite es «*Jehová de los ejércitos*», porque subraya los infinitos recursos del Señor frente a la imaginada potencia del hombre (Isa. 2:12; 3:1 y 15).

La falta de autoridad como juicio cercano, Isa. 3:1-8.—Las jactancias de los judíos de la época próspera de Uzías y sus sucesores inmediatos habían de callarse, dejando lugar a la debilidad más absoluta en la nación y la sociedad a causa de las invasiones de los asirios y, en perspectiva más lejana, por el efecto de las deportaciones de los mejores de los judíos por los babilonios, medida que redujo el país a una postración extrema (2 Crón. 16:1-21; Jer. cap. 35 y siguientes). Había de faltar el sustento normal hasta del pan y del agua, pero aun peor sería la desaparición de hombres eminentes en los distintos estamentos de la sociedad; la «aristocracia» en el buen sentido de la palabra (Isa. 3:2 y 3). La influencia del «adivino» podría ser negativa, pero una sociedad sin capitanes, jueces, profetas, buenos artífices y oradores llega a ser una mera masa amorfa que carece de todo liderazgo, de iniciativa y de valor constructivo.

Los vs. 3:3-8 describen un conglomerado de gentes, sin orden ni disciplina, en el que abunda la violencia por falta de una autoridad eficaz. Los jóvenes insultan a los ancianos venerables —algo repugnante en los medios orientales— y nadie quiere asumir la responsabilidad del gobierno de la ciudad arruinada. Es probable que Isaías preveía proféticamente la desolación del país después de la deportación a Babilonia del rey Joacim, juntamente con los mejores elementos del país.

El justo y el impío, Isa. 3:9-15.—Mucho se incluye dentro de la «perspectiva profética» de estos versículos. En primer tér-

mino el profeta hace una clara distinción entre los impíos y los justos, entre quienes vuelven las espaldas a Dios y los pocos que buscan su rostro. Las circunstancias externas habían de ser iguales para todos, pero Dios gobierna en las vidas particulares. «¡Ay del alma de ellos, porque amontonaron mal para sí!... ¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado» (Isa. 3:10). No quiere decir que el piadoso se libraría de todas las consecuencias de la desolación de Jerusalén, pero sí que la mano del Señor le sostendría al efecto de liberarle y bendecirle en el momento oportuno. Tampoco significan las advertencias a los impíos que siempre recibirían inmediatamente la paga de sus malas obras, pero por fin las cuentas de la justicia divina quedarían completamente saldadas. Son las lecciones que se destacan claramente en el *Libro de Job*.

Los rectos juicios de Dios, Isa. 3:13-15.—La frase «Jehová está en pie para litigar» parece indicar, a primera vista, el gran día de su manifestación, el «Día de Jehová», pero el contexto aclara que en este caso se trata del momento de cumplirse la profecía, pues aun en el proceso histórico Dios juzga a los pueblos, pagando cada uno según sus obras, sin dejar de escudriñar las maldades de quienes «majaban al pueblo y molían las caras de los pobres» (Isa. 3:14 y 15).

Las mujeres de Jerusalén, Isa. 3:16-4:1.—Bien que las virtudes femeninas pueden hacer mucho para la sanidad moral y espiritual en una sociedad, también es cierto que su influencia llega a ser nefasta en comunidades que caminan a la decadencia y a la ruina. Se olvidan de su alta misión como esposas y madres, dedicando toda su atención al adorno del cuerpo y a lo que hoy en día se llama «sex-appeal». La descripción de su atuendo en Isa. 3:16-23 tiene bastante interés arqueológico, pero aquí no podemos detallar lo que algún periódico español entitula «el tic-tac de la moda». El oráculo declara que tales mujeres serán castigadas precisamente en el terreno donde buscaban la manera de lucirse. Las guerras serían causas de mudar las elegancias de la moda en harapos, y habría de haber tal escasez de varones, que siete mujeres buscarían la protección matrimonial de un solo varón para librarse del baldón de la soltería, tan despreciado en las sociedades del Antiguo Oriente.

¡Cómo ha caído Sión, la hermosa ciudad de David, quedando sin autoridades para gobernar ni varones para formar hogares!

Jerusalén será levantada de nuevo, Isa. 4:2-6.—La promesa de la obra de la gracia de Dios alterna con la descripción de sus juicios sobre los apóstatas, y reiteramos el comentario sobre Isa. 2:1-4: Dios coloca una meta gloriosa delante de los fieles para animarles, queriendo también sacar almas sencillas de la corrupción contemporánea a la comunión del Resto. «En aquel tiempo» es la frase que señala el tiempo de la intervención de Jehová, especialmente en la consumación de su obra al inaugurarse el Reino en manifestación. Bien que «el renuevo de Jehová» suele ser título mesiánico, es probable que aquí representa el pueblo renovado, ya que el contexto habla del «fruto de la tierra». Con todo, la renovación nacional dependerá de la obra del Mesías.

La bendición no depende de una mera descendencia nacional, ya que Dios enfatiza la necesidad de «lavar las inmundicias de las hijas de Sión y limpiar la sangre de Jerusalén de en medio de ella con espíritu de juicio y de devastación» (Isaías 4:4). Los sobrevivientes, los convertidos al Señor, serán llamados «santos». Se trata del nuevo principio del testimonio de Israel, por medio del Resto fiel, después de los juicios purificadores que tantas veces se predicen.

Los versículos 4:5 y 6 prometen una renovada manifestación de la «Nube» que cubría el Tabernáculo en el Desierto: una clara indicación de la presencia del Señor, y también una protección contra el calor excesivo de Sinaí. No podemos saber exactamente de qué forma cumplirá las funciones mencionadas en 4:6, pero todo se relaciona con la protección y bendición de una ciudad restaurada, llamada «Jehová-sama», porque Dios manifiesta su presencia en medio de ella. El contraste con los juicios descritos anteriormente es absoluto, e ilustra la alternación de los oráculos de juicio y de bendición que hemos notado anteriormente.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. ¿Cuáles son las características del reino futuro mesiánico según 2:1-4 y 4:2-6?

2. ¿Cuáles son los rasgos del Día de Jehová que se destacan en 2:5-22?

CAPÍTULO V

LA «VIÑA» DE ISRAEL Y EL LLAMAMIENTO DE ISAÍAS

5:1-6:13

La viña infructífera y su juicio; los siete «ayes», Isa. 5:1-30

La canción de la viña, 5:1-7.—Perdemos algo de la impresión que produce esta «canción» en el original, ya que nuestras versiones, aparte de la Versión Moderna, no señalan los versos, y a estos efectos recomendamos la referida traducción. Empieza como un cántico de amor, al modo de ciertas secciones del *Cantar de Cantares*, pero no es fácil determinar quién canta, bien que el «Amado» tiene que ser Jehová, y quizá se anticipa la persona y obra del Mesías. Por fin es el Señor quien llama a juicio a los vecinos de Jerusalén y los varones de Judá, a fin de que emitan juicio contra sí mismos (5:3 y 4).

No hay duda en cuanto al significado de la «viña», ya que leemos en 5:7: «Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel y los hombres de Judá», lo que sin duda abarca el reino norteño y el del sur. La figura es apta y hermosa, empleándose también en el Salmo 80:8-19, y recogiéndose por el Señor mismo en la *Parábola de los labradores malvados* (Mar. 12:1-12). En una sociedad agrícola, como la de Israel en Palestina, la viña significa bastante más que un área de terreno cultivado con el fin de sacar ganancias materiales. Es la herencia de los padres, que, según la Ley, debiera volver siempre a los herederos de la misma familia en el año del jubileo. Por eso se establecía un lazo sentimental entre la viña

y sus poseedores, lo que inspira las expresiones no sólo poéticas, sino tiernas de 5:1-4.

La separación de la viña, 5:2.—La viña había sido creada por un proceso largo y cuidadoso de separación y preparación, que también se subraya en el Sal. 80 y en la referida parábola del Maestro. Este aspecto de la figura es muy importante, ya que señala el propósito de Dios al llamar a Abraham, iniciando la formación del pueblo de Israel, con el fin de que, en medio del desierto del mundo idólatra, hubiera una finca fructífera donde la Palabra de Dios prendiera y llevara el dulce fruto de la justicia y la santidad para la gloria de su dueño y la bendición universal de las naciones (Gén. 12:1-3). La valla fue levantada mediante el rito de la circuncisión y la proclamación de la Ley, lo que dio a Israel una constitución única, conforme a la voluntad de Dios. Tanto hizo el Señor por su pueblo que exclama en esta parábola: «¿Qué más se podía hacer a mi viña que yo no haya hecho en ella?» (5:4).

Las uvas silvestres, 5:2 y 4.—Al mirar Dios su viña, en la época que tratamos, en lugar de ver el recinto lleno del riquísimo fruto de justicia y de bondad, no vio sino «uvas silvestres», o sea, un espíritu de rebelión, obras de injusticia y corrupción moral. Como siempre, el juicio histórico que cayó sobre la «viña» corresponde al tipo de pecado en el que había incurrido el pueblo escogido. Ya que los israelitas no habían mantenido el vallado moral y espiritual que les separaba de los vicios y abominaciones de las gentes, Dios había de quitar el vallado protector: «Le quitaré su vallado y será consumida; aportillaré su cerco y será hollada» (5:3). El vallado había de caer ante invasiones como la que se describe en Isa. 5:26-30. En salmo 80:13 se habla de la devastación de la viña por medio del «puerco montés» y «las bestias del campo», figuras tajantes que corresponden a la violencia y crueldad de naciones paganas como Asiria y Babilonia.

La parábola de los *Labradores malvados* viene a ser la continuación y aplicación de la «canción de la viña», enfatizando más el rechazamiento persistente por los encargados de la viña de los siervos del Señor —los profetas— y, finalmente, del «Hijo», el Mesías prometido. Después de esta máxima rebelión fue preciso el traspaso del testimonio de Israel a «otros», que habían de dar el fruto hasta que llegara la época de la restauración del pueblo escogido. Sin duda los primeros versículos de Juan capítulo 15 se relacionan también con la «canción». Israel había fracasado, pero Cristo se presenta como «la Vid verdadera». Tanto la Iglesia como la nación de Israel restaurada podrán llevar fruto para Dios por hallarse «en» esta «Vid verdadera».

Los «ayes» que condenan los pecados de Judá, 5:8-23.—Pasamos, quizá, a otro oráculo en el versículo 8, pero los dos mensajes se entrelazan por el análisis de los pecados de Judá: las uvas silvestres que produjo la viña. Según la redacción del oráculo, hay siete lamentaciones que definen y condenan pecados típicos de los habitantes de Jerusalén, con referencia especial a la conducta de los ricos y poderosos. De hecho, hay poca diferencia entre el «ay» segundo (5:11 y 12) y el sexto (5:22), ya que los dos señalan la entrega de algunos a bebidas fuertes con el afán de olvidar toda palabra de Dios por medio del «placer».

a) *Los capitalistas codiciosos,* que aumentan sus hectáreas con olvido de las instrucciones de Lev. cap. 21. El juicio es apropiado al crimen, ya que sus hermosas casas habían de quedar sin habitantes, y los campos labrados sólo producirían una fracción de sus cosechas normales (5:8-10).

b) *La persistente borrachera y búsqueda del placer* aumentarán las plagas y la muerte, «ensanchando el Seol su boca», siendo Seol un término que señala la ultratumba. Es un hecho que la disolución y los vicios acaban con las comunidades decadentes (5:11-17).

c) *El cinismo que desafía a Dios* (5:18 y 19).—Los malvados que se destacan aquí no procuran siquiera disfrazar sus crímenes, sino que «traen la iniquidad con cuerdas de vanidad», retando a Dios a mostrar sus obras de justicia. ¡Amarguísimas uvas silvestres!

d) *La tergiversación de las normas morales,* 5:20.—«A lo malo dicen bueno, y a lo bueno, malo», lo que describe muy bien la moralidad relativista de nuestros días. ¿Hasta cuándo podrán estos pecadores trastocar las normas establecidas por el legislador divino?

e) Se lamenta *el orgullo y la autosuficiencia de los soberbios*, seguros de sí mismos, porque se olvidan de Dios (5:21).

f) Hay aquí una nota de ironía, ya que *el «valor» consiste en el arte de mezclar los «cócteles» de aquel tiempo* (5:22. Comp. 5:11 y 12).

g) El crimen aquí es el de *admitir el soborno*, torciendo los rectos juicios que debieran haber mantenido los jueces y guías de Israel.

Los «ayes» se abrevian hasta el fin de la lista, pero podemos estar seguros de que la condenación, aun cuando no se describe, corresponde exactamente a la naturaleza del crimen. Es el «día del hombre», pero Dios está sobre su trono asegurando el cumplimiento de la ley de la siembra y la siega.

Juicios por medio de una invasión, 5:24-30.—La raíz de todos los males descritos en la sección anterior se halla en el desprecio de la palabra de Jehová (5:24). Israel había sido llamado para conservar aquella palabra, y al desecharla, no le quedaba más que podredumbre moral y flaqueza política y militar, lo que apresuraba los juicios de Jehová de los ejércitos.

El primer instrumento que Dios había de escoger para el castigo de los criminales de aquella generación sería Asiria, cuyo ejército invasor se describe en 5:26-30. Sin embargo, según la «perspectiva profética», la invasión asiria prefiguraría otras que han asolado Palestina en el decurso de la historia, quedando la más terrible para los tiempos del Día de Jehová, descrito tan gráficamente en la profecía de Joel. La nefasta siembra de los israelitas, infieles a su alta vocación, traería temprana y lejanamente «tinieblas de tribulación» bajo un cielo oscurecido (Isaías 5:30).

Un refrán.—El fin del v. 25, «con todo eso no ha cesado su furor, sino todavía su mano está extendida», llega a ser el refrán que cierra varios oráculos de juicios (9:12, 17 y 21; 10:4).

Los títulos divinos.—Meditemos en el profundo significado de estos títulos: «Mi Amado» (5:1); «Jehová de los ejércitos» (5:7, 9 y 16; 6:5); «El Dios Santo» (5:16); «El Santo de Israel» (5:19 y 24).

Principios generales.—Un hombre pecador no puede llegar a ser embajador del Altísimo sin que se cumplan ciertas condiciones, explícitas o implícitas, en todas las narraciones de la vocación de los siervos de Dios en las Sagradas Escrituras. Ha de haber, necesariamente, un encuentro personal con Dios, quien dirigirá el ministerio del siervo. Este ha de darse cuenta de su propia insuficiencia y pecado, comprendiendo también que Dios puede limpiarle y hacerle apto para su servicio. El siervo ha de responder al llamamiento de Dios por medio de un acto de entrega, dejando el tipo de servicio a la dirección soberana de Dios. Todo esto se destaca en la majestuosa narración que tenemos delante.

El año en que murió el rey Uzías, 6:1.—Ya hemos notado la probabilidad de que los capítulos 1 a 5 constituyan una *introducción* a la colección total de oráculos, destacando los temas principales del libro. La mención de Uzías es interesante, porque señala el momento cronológico del llamamiento, pero recordemos, además, que su reino había sido el «veranillo de San Miguel» de Judá, sin que la prosperidad hiciera más que acrecentar los pecados señalados por los «ayes» del capítulo 5, fruto todos ellos del orgullo humano. Sin duda la enseñanza de la ley durante el reinado de Uzías fortaleció también al resto fiel. Existe otra coincidencia notable, ya que leemos en 2 Cron., capítulo 26, que el rey, ensoberbecido por su éxito, insistió en adentrarse en el templo con el fin de quemar incienso, como si hubiese sido también sacerdote. Dios castigó en el acto esta loca osadía, y salió leproso del recinto sagrado. Es notable el contraste absoluto entre este incidente y la visión de Isaías y sus consecuencias, destacando en la experiencia de Isaías la humildad y la limpieza.

La visión en el templo, 6:1 *y ss.*—Quizá, al leer esta porción, hemos imaginado el templo como si fuera una vasta y majestuosa catedral, llenándose la parte occidental del excelso trono y el acompañamiento celestial, al estilo de las basílicas de la Edad Media. Hemos de recordar, sin embargo, que el templo, en escala mayor en condiciones más permanentes, reproducía el Tabernáculo en el desierto. Isaías no podría entrar en el lu-

gar Santo, ni menos en el Santísimo. Sin duda, se hallaría en el patio de los israelitas que rodeaba al de los sacerdotes, no lejos del altar de holocaustos a la entrada del recinto interior. Sin embargo, pese a la imposibilidad de acercarse más al lugar Santísimo, sabría de memoria la descripción del Arca del Pacto, tapada por el propiciatorio y adornada por las figuras de los querubines (Ex. 25:10-22; 1 Reyes 6:19-28; 8:4-11). Era símbolo del Trono de Dios, y las manchas de la sangre salpicada en el propiciatorio hablaban también de la redención. Por eso Isaías suele describir a Dios no sólo en términos de su gloria y majestad, sino también como el Redentor y Salvador de Israel. Quizá hemos de pensar que Isaías, al adorar a Dios en el patio de los israelitas, cayera en un éxtasis, recibiendo así la visión que describe. El lugar —relativamente pequeño— que se llamaba el «lugar santísimo», se agrandó a la vista iluminada del vidente y la humilde Arca del Pacto fue sublimada hasta llegar a ser «un trono alto y sublime». Ya no había sólo dos figuras de querubines, sino muchos «serafines», cuyas alas cubrían rostro y pies, en señal de humildad, mientras que «con dos volaban». La gloria del Señor llenaba el lugar, y los serafines entonaban sus alabanzas diciendo: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria.»

El trono de Uzías había sido importante en el auge de su reinado, pero la suprema autoridad no se hallaba en el palacio, sino en el templo. Isaías, como profeta, había de reiterar sus profecías sobre la ruina de la dinastía davídica, vislumbrando el cautiverio babilónico, pero este triste fracaso no podía afectar la soberanía de Jehová de los ejércitos, cuya gloria había de llenar no sólo los cielos, sino también la tierra (Isa. 6:3). El hecho de que fuese una visión no mengua la realidad de la experiencia, e Isaías insiste: «*Yo vi al Señor.*»

Los serafines, 6:2, 3, 6 y 7.—Sólo aquí hallamos el término «serafín», pero parece natural asociarlos con los querubines y los seres vivientes de las visiones de Ezequiel y de Apocalipsis capítulos 4 y 5. Se hallan en íntima relación con el trono de Dios, no sólo para adorarle y alabarle, sino también para la ejecución de sus propósitos en la tierra. ¿Son personalidades de una creación especial, o más bien personificaciones de las fuer-

zas que se manifiestan en las operaciones divinas? A veces parece destacarse el elemento simbólico, pero aquí, por ejemplo, vislumbramos seres inteligentes, bien que «las alas» han de tomarse en sentido figurado. Hacemos bien en tratar la angelología con mucho respeto y reserva, pues la esfera de sus operaciones es tan distinta del mundo de «la naturaleza» que conocemos que nos falta vocabulario y definiciones que nos ayuden a comprenderla.

El estremecer de los quiciales y la manifestación de la nube de «humo» nos recuerdan otras señales que revelaban la presencia del Señor, pues aun la imponente mole del monte de Sinaí temblaba cuando Dios anunció su santa Ley y después la «nube» reposaba sobre el Tabernáculo en el desierto.

Isaías frente a la gloria del Señor, 6:5.—Los santos del Antiguo Testamento comprendían bien que el hombre pecador, habitando aun su cuerpo de polvo, no podía aguantar la potente luz de la gloria de Dios, aparte un acto especial de su gracia. Isaías, a la luz deslumbrante de la presencia del Señor, llega a una percepción exacta de su propia flaqueza y vileza, exclamando: «¡Ay de mí que soy muerto! (deshecho), porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.» El énfasis recae sobre «los labios» por la razón de que éstos dan a conocer la corrupción interna del hombre caído, tal como recalcó el Maestro en Mar. 7:18-23. Ya hemos visto que el reconocimiento humilde del estado del hombre caído es el paso inicial y obligado que conduce a una vida de servicio, pero no bastan los términos generales, sino que se precisa una confesión personal: «¡Ay de *mí*...!»

El carbón encendido del altar, 6:6 y 7.—Perderíamos el sentido esencial del acto simbólico de tocar un serafín los labios de Isaías con un carbón encendido del altar si no tuviésemos en cuenta las provisiones de la ley levítica. El altar, sin duda, es el del holocausto, donde se ofrecían los sacrificios animales, prefigurando éstos el del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El carbón simboliza la ardiente eficacia de la obra de expiación, de modo que el serafín pudo declarar: «He aquí, que esto tocó tus labios y es quitada tu culpa y limpio tu pecado»

(6:7). El lenguaje es el de «expiación», según el original que se traduce por «Quitado tu pecado», y nos recuerda que la base para que podamos andar en comunión con Dios, que es luz, es que «la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado» (Juan 1:7).

El llamamiento de Dios, 6:8.—El pecador purificado por el valor eficaz del sacrificio puede oír la Voz de Dios, quien busca en la tierra los instrumentos que han de llevar a cabo sus propósitos, requiriendo su servicio: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?» La visión del Señor reveló la incapacidad del siervo, aparte de la obra de gracia de la Cruz, pero la voz de Dios le llama para que se consagre a un nuevo servicio. La respuesta de Isaías es instantánea (a diferencia de las dudas de Moisés que ocupan los caps. 3 y 4 de *Exodo*): «¡Heme a mí; envíame a mí!» La visión de la gloria, con el acto simbólico de limpieza, han impresionado hondamente a este joven, quien se coloca inmediatamente a la disposición de su dueño celestial. Sin embargo, pese a las diferencias de las circunstancias del llamamiento de Moisés, de Pedro (Luc. 5:1-11) y de Saulo de Tarso (Hech. cap. 9), el resultado final es igual en todos ellos, llegando a ser completa la entrega en todos los casos.

La sustancia del mensaje profético, Isa. 6:9-13.—Los Apóstoles del Señor habían de ir por todo el mundo y predicar las buenas nuevas de salvación a toda criatura, pero la época del testimonio de Isaías fue distinta, correspondiéndole un mensaje amargo de juicio, en el que la persistente sordera de Israel recibiría por castigo mayores grados de endurecimiento. Este mensaje es muy citado en el Nuevo Testamento, frente al rechazamiento por los judíos de su Mesías (Mat. 13:14 y 15; Hechos 28:26 y 27, etc.). Nunca hemos de entender por tales pasajes que Dios toma la iniciativa para «agravar los oídos» de los oyentes. Son éstos los que persisten en no oír, y luego el mensaje les llega de tal forma que no perciben su sentido, ya que no «tienen oídos para oír». Esto está muy claro en el ministerio parabólico del Señor, según Mateo, capítulo 13 y paralelos.

«¿Hasta cuándo, Señor?»—Isaías comprende que la sordera judicial de Israel no durará para siempre, bien que ha de entender que el proceso llegará a terribles extremos en el caso del pueblo rebelde de Judá (6:11 y 12). Con todo, quedará el tronco del árbol antes tan floreciente, con posibilidades de «renuevo», permaneciendo «la simiente santa» del resto fiel (6:13). El mensaje del embajador es trágico, pero, con todo, la palabra de Dios no deja de ser sagrada, justificando el entusiasmo del mensajero al apresurarse a ponerse a la disposición de su dueño celestial. Una y otra vez resaltan las dos facetas principales del mensaje profético:

a) Los juicios de Dios sobre Israel, el siervo infiel.

b) La obra de la gracia de Dios que se manifestará al bendecir al resto fiel, convirtiéndolo en el medio para el cumplimiento de las promesas dadas a Abraham y sus sucesores.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

1. Discurra sobre la «viña» como figura de los propósitos de Dios para con Israel y su aparente fracaso. Haga referencia a la misma figura tal como se halla en Salmo 80. Mar. 12:1-9 y Juan 15:1-8.

2. Describa la visión y llamamiento de Isaías (cap. 6). ¿Cuáles son las lecciones que ha aprendido sobre la vocación de los siervos de Dios?

Capítulo VI

EL LIBRO DE EMANUEL, 7:1-9:7

Notas sobre la sección.—Hemos hecho constar anteriormente que la unidad integrante de los libros proféticos es el oráculo, o sea, el mensaje que el profeta diera en ciertas circunstancias bajo el impulso del Espíritu de Dios. Un mensaje sobre el triunfo final de Dios puede seguir a un oráculo que condena a los pecadores de Jerusalén, pudiendo mediar miles de años entre la fecha del cumplimiento del uno y del otro. Sin embargo, notamos en I.I., pág. 54, que a veces es posible percibir una labor de redacción que establece una secuencia de oráculos, enlazándose éstos entre sí por medio de algún concepto dominante, o tema muy repetido, sin que esto anule la independencia de cada oráculo. En la sección señalada, la maldad de Acaz, al rechazar la señal ofrecida por Jehová, da lugar al anuncio de otra señal de gran envergadura, que Dios anuncia a la casa de David, y a Israel en general. Se trata del nacimiento de un niño que se llamará «Emanuel», «con nosotros Dios». Advertimos al lector que no es fácil seguir los hilos de esta promesa, pero creemos que, al terminar la sección, a través de las varias fases de predicciones, cercanas y lejanas, verá el cumplimiento del propósito de Dios por medio de Emanuel. Si hemos entendido bien la naturaleza de los libros proféticos, y, sobre todo, el principio de la «perspectiva profética», no nos perderemos al procurar seguir las sendas entrecruzadas, si bien es prudente no dogmatizar sobre ciertos puntos, sino esperar mayor luz que el Señor podrá darnos por su Espíritu Santo.

La situación política e internacional, 7:1-9.—En I.I., página 56, hemos considerado el encuentro de Isaías con Acaz y sus consecuencias como uno de los puntos culminantes del ministerio del profeta, como consejero de reyes dentro de las circunstancias contemporáneas de Judá, tanto internas como internacionales. Recordamos al lector que se trata del período cuando Tiglat-Pileser había logrado solucionar los problemas internos de Asiria, sintiéndose libre para aumentar la presión militar en contra de Siria —capital Damasco— y los restantes países del litoral mediterráneo, hasta llegar a Egipto. Siria y Efraim eran enemigos tradicionales, pero frente a la amenaza de Asiria, imperio que se hacía cada vez más potente, decidieron formular una alianza defensiva, y para potenciarla más querían forzar a Judá a tomar parte en ella. Frente a la actitud negativa del rey Acaz, invadieron el país, sin poder conquistar Jerusalén, con ánimo de colocar en el trono un rey «madianita» de su elección. El peligro para Judá y para la dinastía de David era muy real, motivando una ola de terror que hacía temblar al pueblo y a sus líderes (7:2). Mientras tanto, Acaz, que se consideraba muy hábil, había concebido el plan de buscar ayuda del más fuerte, o sea, del mismo imperio de Asiria, sin caer en la cuenta de que él mismo se metía en la boca del león. La cuestión que se dirime en todas las crisis políticas que afloran en el libro de Isaías, es ésta: «¿Buscará el débil reino de Judá el apoyo de las naciones vecinas, o de uno de los grandes imperios —Asiria, Egipto y, posteriormente, Babilonia—, o ha de acordarse de su condición de pueblo escogido de Jehová, siendo él su único «aliado» legítimo?» La solución espiritual era también la más razonable, siempre que el pueblo se acordara de su vocación, y que tuviera fe en el Dios de los ejércitos, quien les había sacado de Egipto. Sin embargo, la falta de obediencia y de fe dieron lugar a maniobras políticas, que resultaron desastrosas para el pueblo que había perdido su visión.

El encuentro de Isaías con Acaz, 7:3-9.—Es posible que el lugar del encuentro se hallara en las riberas del arroyo de Siloé, cuyo significado veremos más adelante, pero posteriormente Ezequías cambió tanto el sistema de suministrar agua a la ciudad —al cavar su célebre túnel— que no es posible señalar lugares geográficos ahora con precisión. Dios envió a su mensajero con

instrucciones exactas, señalando el lugar y el acompañante, y con un mensaje de consuelo y de ánimo. Sear-Jasub, nombre profético, quería decir «Un resto volverá». Nadie dudaría de la autoridad de Isaías como embajador de Jehová de Israel, de modo que Acaz rehusó deliberadamente el plan de Dios, empeñado tercamente en mantener el suyo —la sumisión a Asiria—, lo que encarnaba la mayor locura política que es posible imaginar. El mensaje profético reconoció el peligro, pero, ante Dios, Rezín y Peka no pasaban de ser «dos cabos de tizón que humean» y que cuya fluctuante llama de actividad bélica había de apagarse del todo muy pronto. Por eso fue posible decir al rey: «Guarda y repósate; no temas...» (7:4). En cuanto a la conspiración de los reyes de Siria y de Efraim, declara Jehová: «No subsistirá ni será». Samaria fue asediada y tomada por Asiria en el año 722 y la fecha del encuentro con Acaz viene a ser el 735, de modo que el período de 65 años antes de que Efraim dejara de ser un pueblo parece ser demasiado largo. Notemos, sin embargo, que la predicción no señala la fecha de la derrota de Israel y de la deportación a Mesopotamia, sino la época en que dejaría de ser un pueblo. En efecto, llegó a efectuarse una serie de deportaciones con tal mezcla de gente que los restos de Israel tenían que unirse con el reino del Sur si querían mantenerse como israelitas, descendientes de Jacob.

Quizá una sonrisa irónica despunta ya en el orgulloso rostro de Acaz, lo que explicaría que Isaías, antes de prometer la señal de la segunda parte de su mensaje, subraye el principio primordial que ordenaba las relaciones entre la Casa de David y Jehová su Dios: «Si vosotros no creyereis, de cierto, no permaneceréis» (7:9b, comp. 2 Sam. 7:14).

Acaz rechaza la señal, 7:10-12.—Las promesas de 7:7-9 eran firmes y un espíritu de fe habría comprendido que Judá, protegida por Jehová, no podía ser conquistada por la alianza sirio-efraimita. Pero Acaz no acepta la promesa, empeñado en su propio plan de buscar la ayuda de Asiria, el enemigo principal. ¿Sería posible ganar la voluntad de este pobre descendiente de David? El profeta vuelve a tomar la palabra, ofreciendo cualquier señal que el rey quisiera pedir como comprobación de las promesas anteriores. Como muchos hipócritas, Acaz conocía las Es-

crituras y hace alusión al mandato de Deut. 6:16: «No tentarás al Señor tu Dios.» Pero ¿cómo podía tratarse de «tentar a Dios» cuando era Dios mismo quien ofrecía señal confirmatoria? Frente a esta indigna actitud, Isaías se indigna, replicando severamente: «Oid, ahora, casa de David: ¿os es poco el ser molestos a los hombres, sino también lo seáis a mi Dios?» Esta profesión de respeto a la palabra de Dios salió de la boca de un monarca que insistía en seguir un camino de desobediencia, que pronto le llevaría a establecer sistemas idolátricos en el mismo templo. Su triste historia puede leerse en 2 Reyes cap. 16, y 2 Crón. cap. 28, de modo que su hipocresía era repugnante, pues no sólo rechazó la señal, sino también al Dios que se la ofreció, cuya ley debiera haber mantenido como sucesor de David.

La señal de Emanuel, 7:13-16.—La señal para la crisis inmediata es ésta: «He aquí una virgen (o doncella) que concibe y da a luz un hijo, y le da el nombre de Emanuel. Requesones y miel comerá..., porque antes que sepa el niño desechar lo malo y escoger lo bueno, será abandonada la tierra a causa de cuyos dos reyes tú estás aterrado...» (7:14-16, Vers. Mod.). Acaz había rechazado la señal de la protección de Jehová, y Dios responde por dar su señal: el nacimiento de un niño que recibirá el nombre de Emanuel: «Con nosotros Dios». El nombre implica una fe de parte de los padres, tan diferente del desafío de Acaz, ya que la bendición viene gracias a la presencia de Dios entre su pueblo. Ha habido mucha discusión sobre el término «virgen» (heb. *halma*), que la LXX tradujo por *parthenos* (virgen), bien que no implica más que doncella sin casar. En Israel eso era casi la garantía de virginidad, pero el vocablo no lo expresa necesariamente. Mateo citó la LXX y empleó «virgen», que es absolutamente cierto y correcto en el caso de María, antitipo de la «doncella» de nuestra porción. Al examinar el texto aquí, hemos de preguntar por el sentido contemporáneo de la señal, comprendiendo que, según la perspectiva profética, hallará su cumplimiento final en el nacimiento del Cristo, Emanuel, «con nosotros Dios» (Mat. 1:23). Algunos han pensado en un nacimiento en la misma casa real, ya que se destaca tanto la «casa de David». Otros creen que el «niño-señal» es el hijo del profeta, según los detalles de 8:1-4, pero éste no se llama Emanuel, y la mujer de Isaías —la profetisa— había tenido un hijo anterior, de modo que no podía ser *halma*. Hay puntos de correspondencia, pero no llega a la identificación.

El sentido de la señal es que antes de que el niño pasara de la infancia hasta la edad del discernimiento, el peligro de la alianza sirio-efraimita habría pasado. No era señal espectacular, pero sería conocida y apreciada por el círculo piadoso que rodeaba al profeta y por el Resto fiel en general. El nombre recuerda el gran mensaje, tan necesitado entonces y siempre: que los hombres pasan, y sólo la presencia de Dios en medio de su pueblo puede ser garantía de salvación y de bendición. Por eso Mateo pudo recoger la señal del niño «Emanuel» aplicándola al cumplimiento máximo de la bondad de Dios, quien salva a los hombres por darnos a su Hijo, nacido de una virgen hebrea. Sin duda es este aspecto mesiánico el que se recoge en el resto del «Libro de Emanuel».

La contrapartida de los juicios, 7:17-24.—Dios mantuvo su promesa de proteger Judá de los ataques de Siria y de Efraim, dando su propia señal en lugar de la que rechazó Acaz, pero la política de Acaz —tan contraria al significado de Emanuel— había de producir sus tristes consecuencias. Por el momento pareció que había logrado algo, ya que sus presentes a Tiglatpileser —robados del Templo— indujo a éste a atacar a Damasco en seguida, pero era evidente que Acaz acabó por ser su vasallo (2 Reyes 16:5-10). Precisamente a causa de la derrota de Siria y de Efraim, Judá se hallaba expuesta a los ataques de los asirios, quienes pronto se convirtieron en el instrumento de Dios para el castigo de su pueblo infiel. El imperio, potente y cruel, sería «la navaja alquilada» para «afeitar» a lo que quedaba en Israel (7:20).

El rey que no quería aceptar la señal de bendición había de ver cómo Jehová llamaría la «mosca» de los ríos de Egipto, y la «abeja» de las tierras de Mesopotamia, o sea, ordenaría invasiones de gentes de la lejana Etiopía y del Oriente, que molestarían y despojarían al pueblo de la tierra (7:18-20). A veces esta porción, hasta el final del capítulo 7, no se entiende correctamente porque estamos acostumbrados a pensar en «leche y miel» como símbolos de bendición y de abundancia, pero aquí el significado

es diferente. Durante el reinado de Uzías la tierra de Judá había sido cultivada hasta el grado máximo, construyéndose bancales en tierra quebrada, que permitía el cultivo de la viña, olivos, etcétera, en todas las regiones. Pero esta labor agrícola sólo podía mantenerse en tiempos de paz. Después del paso devastador de tantos ejércitos extranjeros los judíos tenían que abandonar el cultivo, y las tierras, trabajosamente salvadas anteriormente, volvieron a producir espinos. Lo que no faltaba era hierba, donde los campesinos podían llevar un número limitado de vacas y ovejas (7:21 y 22), pero como la población había disminuido, había leche de sobra, además de la miel que las abejas producían en abundancia, ya que no eran molestadas por los labradores. Se volvía a la vida primitiva, y los pocos habitantes tenían que ir a la casa entre los espinos y cardos de los terrenos que antes habían sido sumamente fructíferos, convertidos ya en guaridas de fieras.

El resto en medio del pueblo infiel, 8:1-22

El hijo de Isaías, Maher-salal-hasbaz, 8:1-4.—Es extraordinario que nazca otro niño, con nombre simbólico, además de aquel que había de llamarse *Emanuel,* pero ya hemos visto que no parece posible identificar éste con el primero, ya que Maher-salal-hasbaz habla de los juicios que habían de caer repentinamente sobre Damasco, Samaria y el pueblo —«el despojo se apresura, la presa se precipita»—, que es muy diferente de Emanuel, «con nosotros Dios». Además, Isaías ya tenía un hijo, *Searjasub* —«un resto volverá»—, y a no ser que supongamos que su primera esposa se había muerto y que volvió a casarse con una doncella precisamente en esta época, no es posible que «la profetisa» de 8:2 sea la *halma* de 7:14. Isaías y sus hijos son «señales y presagios» en Israel (8:18), pero los nombres simbólicos recuerdan al pueblo dos hechos: que los juicios de Dios les alcanzarán por medio de los avatares de las guerras, y, sin embargo, que Dios conservará un resto fiel que «volverá».

El hecho de la concepción de Maher-salal-hasbaz se certifica por dos sesudos varones que sabían de la unión matrimonial y del nacimiento, a su debido tiempo, del hijo (8:2 y 3). No hay

nada milagroso aquí, pero el nacimiento del niño había de constituir un mensaje permanente para el pueblo. En primer lugar, los «despojos» serían aquellos que el rey de Asiria llevaría de las ciudades de Damasco y de Samaria (8:4), pero seguramente el nombre profético encierra también el anuncio de las desolaciones de Judá, ya descritas, pues se cumple antes de que el hijo de Isaías empiece a reconocer a su «Papá y Mamá» (8:4).

Siloé y los ríos de Mesopotamia, 8:5-10.—Las tranquilas aguas del arroyo Siloé no eran muy abundantes, pero nacían en Sión y vienen a simbolizar el refrigerio de la Palabra de Dios que se hacía oír en su santo monte. Los habitantes de Jerusalén —con las excepciones que se notarán luego— habían despreciado las aguas de Siloé y cuanto significaban. En la traducción (R. V. 60) tiene que haber un error en el v. 6 b, pues no podían los habitantes de Jerusalén «regocijarse» con Rezín y el hijo de Ramalías, que eran los temidos enemigos de los cuales hemos hablado. La vers. Mod. sugiere «y hay entre ellos regocijo con respecto de Rezín...», o sea, en la esperanza de su derrota. La versión inglesa RSV cree posible la traducción «y se derriten por miedo ante Rezín...», que está de acuerdo con el contexto, bien que hace fuerza al hebreo. De todas formas, el mensaje principal se destaca con toda claridad: quienes despreciaban las aguas de Siloé habían acudido —en la persona de Acaz— a Asiria, la potencia dominante de la cuenca Tigris-Eúfrates, y estas aguas tan abundantes habían de inundar las tierras vecinas llegando hasta Judá, como instrumento de los juicios de Dios. La sección siguiente tendrá mucho que decir sobre el enemigo máximo de entonces, Asiria, de modo que basta que notemos aquí que Canaán no cesa de ser «tierra de Emanuel» (8:8), ni por la infidelidad de la mayoría de sus habitantes, ni por el poderío pasajero de Asiria.

Los vs. 8:9 y 10 contemplan a Asiria con las naciones sujetas a su imperio: los enemigos que habían de participar en la invasión de Palestina. Las hordas adversas parecen invencibles, pero, con todo, su consejo contra el pueblo de Dios «será anulado», y la razón se halla en el significado de «Emanuel»: «Porque Dios está con nosotros» (8:10). Es posible que estos versículos vislumbren la victoria de Israel sobre todos sus ene-

migos en el tiempo del fin, ya que Dios ha dado la señal del Niño, Emanuel.

Jehová como «Santuario» y como «Piedra», 8:11-15.—Estos oráculos enfocan luz sobre la posición del resto fiel en medio de tanta confusión dentro de la ciudad de Jerusalén y en vista de las arrolladoras invasiones que han de castigar a los rebeldes. ¿Quiénes son los piadosos, y qué recursos tienen en tales días de subversión y juicios? La palabra divina llega al profeta de parte de Dios «con mano fuerte», o sea, con inspiración irresistible, llamándole, en primer término, a una separación completa de las tendencias del pueblo infiel de Jerusalén. Los rumores del día hablaban de «conspiraciones» que podrían ser movimientos secretos internos, o la alianza sirio-efraimita de los enemigos, que tanto temor inspiraba. Los fieles habían de ser diferentes, no temiendo lo que hacía temblar a sus conciudadanos, puesto que fijaban su vista en Jehová de los ejércitos. El título expresa su fuerza, tan por encima de la de las naciones vecinas, o aun la de Asiria, pero el énfasis en este pasaje recae sobre *Dios como «Santuario»*. Acaz se atrevía a profanar el templo de Salomón, pero los fieles habían de «santificar» a Jehová, quien les sería «por santuario», o sea, lugar sagrado y apartado, en medio de la iniquidad de la mayoría. Como en tantos lugares de *Los Salmos*, la fuerza brota del Santuario, puesto que, si Dios no es honrado, no puede socorrer a su pueblo. La fuerza divina halla su fuente en la santidad.

La *Piedra* es título divino y mesiánico, señalando a Dios como la fundación sobre la cual los suyos han de edificar. Con todo, la Piedra rechazada queda allí, en el camino de los rebeldes, convirtiéndose ya en «piedra para tropezar» para los reinos del norte y del sur en su frenética carrera de anárquica desobediencia. Es una figura que pasa al Nuevo Testamento, citando Pedro esta pasaje (con Sal. 118:22 e Isa. 28:16) en relación con Cristo, recibido como fundamento de la Iglesia por los sumisos, pero «piedra de tropiezo» para los rebeldes (1 Ped. 2:6-9 y comp. las palabras del mismo Señor en Lucas 20:16-18).

Los discípulos, los hijos y la palabra, 8:16-20.—Nacionalmente Israel —en sus dos Reinos— había abandonado su misión de

guardar y transmitir la palabra de Dios, pero la voz de Jehová se dirige a los fieles diciendo: «Ata (el rollo del) testimonio y sella la Ley entre mis discípulos» (8:16). Isaías, sin duda, tenía discípulos —aquellos que le seguían y aprendían la palabra de Dios por su boca—, pero aquí habla Jehová, y los discípulos han de ser todos los sumisos a su palabra que, despreciada por la mayoría, se guardarían tanto literal como espiritualmente en medio del resto fiel. Se trata, pues, de todo el resto fiel contemplado desde este importante punto de vista: aquellos que aman y guardan la palabra en días de apostasía.

Isaías responde al mandato con una hermosa expresión de confianza en el Señor (8:17). Las promesas de la palabra son firmes, y bien que se acerca ya una época de juicios, el profeta sabe que Dios ha de llevar su obra a su consumación. Mientras tanto, sabrá bendecir a los suyos, pese al triste período de confusión que es su suerte. El testimonio de los fieles no será vano. Testifican en días malos y guardan fielmente el «testimonio» para el tiempo de su renovada manifestación.

Ya hemos notado los nombres proféticos de *los hijos de Isaías*, y aquí se hallan íntimamente asociados con su padre, sirviendo «de señales y presagios en Israel», expresando así la voluntad de «Jehová de los ejércitos que mora en el monte de Sión». El autor de *Hebreos* recoge tanto la cita como la figura para ilustrar la nueva familia espiritual que el Señor reúne alrededor de sí (Heb. 2:13). El principio divino de un foco de luz que brilla en días de confusión religiosa y espiritual es algo que permanece por los siglos. La pequeña minoría de fieles no tiene que dejarse arrastrar por un espíritu de autodefensa o de derrotismo, sino debe comprender que, pese al aparente triunfo del mal, ellos son los mensajeros de Dios, llamados a conservar y proclamar la palabra de Dios por sus vidas y por sus dichos. Vale más una onza de oro que una tonelada de tamo.

Hombres que abandonan locamente la palabra de Dios sienten la necesidad de algún mensaje sobre el futuro, o alguna luz sobre lo desconocido. Este hondo impulso origina el ocultismo que procura siquiera «agujerear» la tupida cortina que esconde el porvenir, buscando la ayuda de poderes mágicos y de espíritus

malos. El v. 19 podría aplicarse bastante bien al espiritismo de hoy, ya que espíritus —enemigos de Dios— se hacen pasar por hombres y mujeres que han vivido en la tierra anteriormente, obrando por los «mediums», los «encantadores y adivinos» de hoy. No hay nada claro, sino sólo el «susurrar» de «mensajes» en piezas oscuras. La pretensión de consultar a los muertos —aun si fuera verdad— se rechaza como una locura, tratándose de hombres inteligentes: «¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?» Para el pueblo de Dios, llamado a custodiar la palabra, no había más que un camino de iluminación: «¡A la Ley y al testimonio!» (8:20). Dios se ha revelado, y todos los fieles pueden decir con el salmista: «En tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9). Hay diferentes traducciones del fin del versículo 20, pero el sentido viene a ser que no puede haber un verdadero «amanecer» para quienes no estén dispuestos a acudir «a la Ley y al testimonio». Dios se revela por su palabra, en el centro de la cual se halla Cristo, luz del mundo, y no puede haber solución alguna fuera de esta obra de Dios.

La suerte de los rebeldes, 8:12 y 22.—El simbolismo de «luz y tinieblas» persiste en estos versículos, que describen en dramáticas frases la suerte de la mayoría rebelde: la que no ha querido acudir a la Ley y al testimonio, despreciando al resto fiel, los discípulos del Señor. La tierra ha quedado devastada después de las invasiones, faltando tanto el fruto como la luz. A veces los juicios de Dios llevan a los hombres al arrepentimiento, pero aquí se trata de los rebeldes cuyo desafío de Dios ha causado el mal; se enojan por los resultados de su propia obra, echando la culpa al Dios que abandonaron. Según la Vers. Mod. leemos la predicción de su fin último: «Luego mirarán a la tierra; y he aquí apretura y tinieblas y lobreguez de angustia; y *serán expulsados a las densas tinieblas*» (8:22). Hallamos eco de las maldiciones que los rebeldes, sufriendo sus merecidos juicios, dirigen al Dios de justicia, en Apoc. 16:8. ¡Dios tiene la culpa! —dicen, en efecto—. ¡Nosotros no hemos de arrepentirnos! Es la última fase del espíritu satánico de rebelión.

La tierra despreciada y oscura, 9:1 y 2.—Comprenderemos estos versículos mejor si nos acordamos de la geografía y las

comunicaciones del territorio que había de llamarse Galilea, o sea, el que se extendía entre el mar de Galilea y el Mediterráneo. Las tribus de Zabulón y de Neftalí recibieron su herencia al oeste del lago (Zabulón) y al norte del mismo (Neftalí), tocando Aser al oeste e Isacar al sur. Las grandes rutas desde Mesopotamia, en dirección a Egipto, bajaron desde Damasco por el valle del Jordán, y, llegando al lago, pasaban hacia el poniente por la llanura de Jezreel, desde donde utilizaban un paso por la pequeña sierra del Carmelo hasta desembocar en el litoral del Mediterráneo. Por eso la región se llamaba «Galilea de los gentiles», a causa del paso continuo de gente extranjera; algo que el Señor podía contemplar de niño y joven desde Nazaret.

Es fácil comprender que esta parte sur de Galilea cayera primeramente en manos de los asirios, no mucho tiempo después del encuentro de Isaías con Acaz, y de ahí vino la «lobreguez». Siguiendo la Vers. Mod. leemos: «Como en los tiempos anteriores hizo Dios que fuese despreciada la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí», siendo estos «tiempos anteriores» de conquista y de angustia, en contraste con la gloria de los días venideros.

La luz brilla en las tinieblas, 9:1 y 2.—«El camino del mar», del v. 1, es la ruta que describimos en el párrafo anterior, tan importante como enlace entre Mesopotamia y Egipto. «De aquel lado del Jordán» podría ser «en el recinto del Jordán» (Vers. Mod), pero, de todas formas, el territorio galileo se halla al oeste del Jordán y no al este y así hemos de entender «de aquel lado del Jordán». Precisamente en la región tenebrosa, tanto por la raza mezclada como por caer en primer lugar bajo el poder de los asirios, había de brillar una gran luz que la convertiría en «tierra gloriosa». Los vs. 1 y 2 introducen una profecía típica de los triunfos finales del Mesías, que halla su culminación en la maravillosa descripción de «Emanuel», que llena los vs. 6 y 7. Sin embargo, dentro de la perspectiva profética, fue posible que Mateo interpretase la luz que resplandeció en medio de las tinieblas con referencia al principio del ministerio del Señor Jesucristo en Galilea, después de escoger el pueblo de Capernaum como base (Mat. 4:15 y 16). La tierra despreciada llegó a ser el lugar donde la luz de la manifestación de Dios en

Cristo resplandeciese con inusitado brillo. Sin embargo, el primer cumplimiento, con referencia al ministerio terrenal del Señor, no anula la profecía que describe las victorias del Rey y la inauguración del Reino: tema principal del pasaje.

Una gran victoria futura, 9:3-5.—La victoria se describe de este modo en el v. 4: «Porque tú quebraste su pesado yugo.» Concuerda con varios pasajes que señalan la llanura de Jezreel como el escenario de la victoria del Señor sobre las fuerzas del mal en su segundo Advenimiento. Hallamos un eco de la hazaña de Gedeón al vencer los multitudinarios invasores madianitas cerca del mismo sitio, «en el día de Madián» (Jue. cap. 7). Como resultado de la victoria, las vestimentas ensangrentadas de los enemigos serán quemadas (9:5) y será posible la multiplicación de la gente, con alegría acrecentada (9:1). La tierra despreciada y tenebrosa se volverá en una región de gloria resplandeciente.

La persona y el reino de Emanuel, 9:6 y 7.—Aquí llegamos a la culminación del «Libro de Emanuel». Las palabras proféticas expresan elocuentemente la deidad del Mesías, pero, pese a ello, los judíos de la época del ministerio terrenal de Cristo no parecían haber comprendido su significado al formar su idea del Mesías esperado (Mat. 22:41-45). No son frecuentes las referencias a «Emanuel» en los capítulos del «libro», y, sin embargo, el tema es el hilo que da su unidad a esta secuencia de oráculos. Acaz rechazó la señal que le había de prometer la victoria sobre sus enemigos, pero Dios dio su «señal» que garantizaba la victoria de Uno, que, sentado sobre el trono de David, había de establecer un reino universal de justicia y de paz (9:7). Pese al fracaso del indigno Acaz, descendiente de David, Dios había de cumplir el pacto davídico en la persona del «Hijo de David».

La señal del cap. 7 había de ser un niño, y aquí el Rey triunfante nace como Niño, dado como manifestación suprema de la gracia de Dios a su pueblo, del cual, en cierto sentido, es el Hijo. El profeta, después de palabras que sugieren la Encarnación, pasa rápidamente a las glorias de la persona del Rey futuro, anunciando el «principado» que había de descansar sobre su hombro. Los nombres son extraordinarios y deben ser meditados cuidadosamente.

a) *Admirable Consejero.*—No perdamos de vista la insensatez de Acaz, quien rechazó hipócritamente la guía del Señor por boca de Isaías. El futuro Hijo de David será el mismo Consejero de carácter sobrehumano, que es lo que indica «admirable» (comp. Jue. 13:18). Su reinado se caracterizará por la divina sabiduría del Soberano.

b) *Dios fuerte.*—No hemos de diluir el sentido claro de esta frase, que ha de aceptarse como una declaración profética de la deidad del Rey-Mesías.

c) *Padre eterno.*—Quizá, mejor, «el Padre del siglo eterno» (Vers. Mod). No se trata de una confusión en cuanto a las Personas de la Santísima Trinidad, sino de una declaración de la obra del Mesías como Creador «de todos las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles» (Col. 1:16).

d) *Príncipe de Paz.*—El vocablo hebreo traducido por «paz» indica también «prosperidad». No nos olvidemos de la comparación implícita con el triste estado del reino de Judá bajo el gobierno de Acaz. «Emanuel» remediará todos los males, y una y otra vez el profeta declara que el futuro Reino se caracterizará por la *paz* (Comp. Isa. 11:6-9).

El reino estable y universal, 9:7.—David y Salomón regían un imperio que se extendía desde el mar Grande hasta el Eufrates, y desde Egipto hasta Hamat. Su Hijo, que se sentará sobre su trono, regirá un imperio universal, sin límites dentro de la geografía de esta tierra. Las fluctuaciones debidas a los fracasos de los reyes habrán pasado para siempre, y en lugar de las iniquidades que motivaron los «ayes» del cap. 5, todo se confirmará en «juicio y justicia desde ahora —desde el momento del cumplimiento de la profecía— y para siempre». Esta gloriosa consumación no surgirá de juegos políticos o diplomáticos, sino del «celo de Jehová de los ejércitos», gobernador de Israel, que no necesitaba «aliados», ni cercanos ni lejanos.

Nombres divinos y mesiánicos.—El título que predomina en esta sección es el de «*Jehová de los ejércitos*», como es propio,

ya que el tema viene a ser el poderío del Dios de Israel frente a las miserables intrigas de Acaz. La riqueza de títulos mesiánicos es extraordinaria, pues, además de «Emanuel», hemos estudiado la galaxia que hallamos en 9:6.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

En trabajos escritos contéstese una pregunta escogida libremente de las siguientes:

1. Describa las relaciones internacionales entre Asiria, Siria, Efraim y Judá cuando Isaías tuvo su entrevista con el rey Acaz, Isa. 7:1-12.

2. Acaz rehusó la señal que Isaías le ofreció en el nombre de Jehová. ¿Por qué la rehusó? Discurra sobre la señal de Emanuel, pensando en tiempos cercanos y lejanos, Isa. 7:10-25; 9:6 y 7; comp. Mat. 1:23.

3. Discurra sobre Isaías, su familia y sus discípulos como representantes del Resto fiel, según se ven en Isa. cap. 8. Destáquense los términos siguientes: Aguas de Siloé; santuario; Piedra; «hijos por señales»; «¡A la ley y al testimonio!»

CAPÍTULO VII

LOS DOS IMPERIOS: EL ASIRIO Y EL DE MESÍAS

9:8-12:6

El castigo de Israel, 9:8-21

Otro ciclo se abre con el anuncio de la destrucción del reino norteño. La alianza entre Siria e Israel se había deshecho, recrudeciéndose la enemistad tradicional entre los dos países. A esto se añaden los ataques de los filisteos del litoral occidental, aumentándose la debilidad y la confusión por las disensiones internas de una nación que nunca había conseguido establecer una dinastía firme después de su separación de la casa de David. Presenciamos el triste anochecer de los destinos de Efraim, y aun así la copa de retribución continuaba sin agotarse: «Con todo eso no ha cesado su furor (el de Dios), sino que todavía su mano está extendida (en juicio).» El tema de Emanuel sigue siendo implícito hasta el fin del cap. 12, pero preferimos destacar el contraste entre los dos imperios.

El día de la visitación, 10:1-4.—Parece ser que aquí tenemos la terminación del oráculo de juicio contra Israel, al que se añade una denuncia de los injustos y de los exactores. Notemos el dramático llamamiento a considerar lo que sería el fin, en el día de visitación propuesto por Jehová: «¿Y qué haréis en el día de la visitación? ¿Y a quién os acogeréis que os ayude...?»

Assur (el asirio), vara y bastón de mi furor, 10:5-34

He aquí una preciosa lección de la soberanía de Dios en la historia, y de su justo gobierno entre las naciones *a pesar de las intenciones* de éstas. Jehová utilizó el poder tiránico del cruel y orgulloso asirio como «vara y bastón» para el castigo de los pecados de Israel; no obstante, su empleo providencial de esta nación no permitiría que el «hacha se gloriase contra quien con ella cortaba» y, por fin, Asiria también había de recibir la justa retribución de sus crímenes por medio del imperio de Babilonia. Es una ilustración del principio notado por el salmista: «Ciertamente la ira del hombre te acarreará alabanza, y tú reprimirás el resto de las iras» (Sal. 76:10).

Las reliquias, 10:20-23.—El tema general de esta sección es el de «Assur», pero, entre paréntesis, se nos dan enseñanzas clarísimas sobre «las reliquias», y son éstos los versículos que cita el Apóstol en su magnífico resumen de la posición de Israel en el desarrollo del plan divino (Rom. caps. 9 a 11; especialmente 9:27 y 28). Por largo que parezca el tiempo de espera a los fieles que sufren y oran, a la vista de Dios es cortísimo, y él promete que el furor se acabará «de aquí a muy poco tiempo». Al fin de este breve intervalo, ha de intervenir manifiestamente en la historia de los hombres, como tantas veces subraya el profeta (10:23-27). La referencia primaria es la destrucción de las huestes de Senaquerib en el reinado de Ezequías; sin embargo, el alcance de la profecía nos hace comprender que la visión profética abarca el «día de Jehová».

La invasión, 10:28-34.—El final del capítulo ofrece una gráfica descripción de una de las invasiones de Judá por los asirios, con una indicación simbólica de la liberación por parte de Jehová (10:33 y 34). Se señalan de una manera realista las etapas de la ruta del ejército invasor.

El reino justo del Mesías, 11:1-12:6

El Reino de justicia y de paz, 11:1-9.—Llegamos a la culminación de otro ciclo de oráculos, y de nuevo la visión profética

contempla, extasiada, la persona del Mesías y la gloria de su Reino.

La persona del Mesías, 11:1.—La «vara» saldrá del tronco de Isaí (padre de David), por ser el Señor Jesucristo descendiente de la casa real, pero el «vástago» *retoñará de sus raíces,* pues el Hijo de David es también el Dios de la eternidad, creador de los hombres.

El espíritu del Mesías, 11:2 y 3.—Toda la plenitud del Espíritu de Dios obrará por medio del Mesías, manifestándose en sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza y conocimiento. ¡He aquí el Rey ideal!

La justicia del Mesías, 11:4 y 5.—El gobierno del Mesías no será «blando», en el sentido de pasar por alto el pecado, sino que se fundará en la justicia más absoluta. Aquel que redime a los pobres y a los mansos de la tierra, matará al impío con el espíritu de su boca (comp. 2 Tes. 2:8).

La paz del Reino, 11:6-9.—La paz del Reino se manifestó en la bella descripción de 2:4, en la que las naciones convertían sus espadas en rejas y sus lanzas en hoces, pero aquí se extiende hasta la creación animal, dejándose llevar las fieras por la mano de un niño. El contexto es poético y figurado. Nada se gana por preguntar si se cambiará el aparato digestivo de los animales, por ejemplo.

El retorno de las reliquias, 11:10-16.—Mucho se ha hablado ya del residuo de Israel, pero los detalles van en aumento, y aquí se nos presenta un magnífico cuadro del retorno final de Israel a su hogar. Al hablar de la restauración de los israelitas a Palestina, hay que distinguir las fases siguientes: a) El retorno muy parcial de un resto a la tierra como consecuencia del edicto de Ciro, que se detalla en los libros de Esdras y Nehemías; b) la vuelta en incredulidad de los judíos a Palestina que estamos presenciando en nuestros días.

La restauración definitiva de todo Israel, convertido ya al Señor, que se efectuará por la iniciativa de Jehová mismo, después del exterminio de sus enemigos, y como parte de la inau-

guración del milenio. Aquí se trata de este retorno definitivo, como se comprende por su alcance universal y por la intención directa del Señor, quien impondrá hasta cambios geográficos para abrir camino al resto en su viaje a Jerusalén (11:15).

La canción de los redimidos, 12:1-6.—Esta hermosísima canción se pone en los labios de los redimidos de Israel, quienes se hallan, de nuevo, en la Tierra de Promisión, congregados alrededor del Señor, a quien deben todo su bien, y a quien dirigen sus cánticos de alabanza. ¡Qué acento más puro de adoración se discierne aquí! Dios ha llegado a ser todo en todo para su pueblo, que se goza, no tanto en los dones recibidos de su mano, sino en su misma persona: «Porque mi fortaleza y mi canción es Jehová, el cual ha sido salud para mí.» Así podrán sacar «aguas con gozo de las fuentes de la salvación».

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Para trabajos escritos el estudiante escogerá libremente una de las preguntas siguientes:

1. Discurra sobre la exclamación: «¡Oh Asiria! ¡Vara y báculo de mi furor! En su mano he puesto mi ira» (10:5). ¿Qué sabe del gran imperio de Asiria? ¿Qué nos enseña Isa. cap. 10 sobre el reino providencial de Dios?

2. Destáquense los rasgos del reino mesiánico según se presenta en Isa. cap. 11.

3. El cap. 12 es un cántico de alabanza. ¿Quiénes cantan? Destáquense lo que dicen de:

   a) Dios mismo.

   b) Sus obras.

   c) Las bendiciones recibidas.

CAPÍTULO VIII

LOS PECADOS Y JUICIOS DE LAS NACIONES GENTILES

(Caps. 13 a 23)

En el cap. 13 se inicia una serie de «cargas» o «mensajes» (RV. 60, «profecías») contra varias de las naciones circundantes, cuya historia se relacionaba, de diversas maneras, con la de Israel. Al estudiar esta sección, el estudiante debe tener delante las notas sobre estas naciones de los Apéndices I y II. Desde luego, estos oráculos no se pronunciaron todos juntos y seguidos, tal como se hallan en esta sección, sino a intervalos durante el largo ministerio de Isaías, a medida que las circunstancias lo exigían, y conforme a las visiones que el Señor le concedía, juntándose aquí, en una sección homogénea, por la comunidad de su tema: los juicios sobre los gentiles. Pero ni aun en esta sección el profeta pierde de vista el porvenir de Israel, hallándose en ella preciosas promesas de la restauración y de la bendición del pueblo escogido.

Babilonia, 13:1-14:23

(Véase también 21:1-10.) El peligro de parte de Babilonia era remoto en los días de Isaías, pero el oráculo contra aquel poderoso imperio encabeza la lista de «cargas de juicio», porque había de ser el peor de los enemigos y el terrible instrumento usado por el Señor para la destrucción de la ciudad santa. Acor-

démonos también del valor simbólico de «Babilonia» en las Escrituras, ya que su historia empieza en el conato de rebeldía universal en Babel, y llega a ser figura de los falsos sistemas religiosos y, por lo tanto, el remedo diabólico de la Iglesia de Dios. Nuestro pasaje tiene por tema principal la toma de Babilonia por los medos y persas en el año 538 a. de C., pero veremos que se incluyen en él elementos proféticos que no se limitan al hecho histórico señalado, y que se refieren al conflicto final del «día de Jehová». Dios moviliza sus «ejércitos», es decir, las naciones que han de ser el instrumento de su ira.

La caída de Babilonia, 13:6-22.—Se describen la toma y el saqueo de Babilonia por Ciro, pero la visión profética abarca el juicio final que caerá sobre el mundo todo, del cual la ciudad inicua es figura (véase 13:6, con 9-11). La devastación permanente de la ciudad babilónica (13:19-22) no tuvo lugar en el momento de la victoria de Ciro, pues se conservó por siglos como capital de provincia, pero, andando el tiempo, todo lo profetizado se ha cumplido al pie de la letra.

Bendición futura de Israel, 14:1-3.—He aquí una promesa, que es como una «joya» que se halla en la aridez de estos capítulos: la destrucción de los poderosos enemigos abrirá el camino para la renovación de la bendición de Israel.

La parábola contra el rey de Babilonia, 14:4-23.—Esta parábola, que ha de entenderse en su contexto, es una canción, escrita en verso en el original, de carácter altamente poético y dramático. El «rey» no es tanto Nabonido, quien, con su «hijo» Belsasar, regía el imperio en el momento de su caída, sino la encarnación de todo el orgullo carnal de Babilonia, que fue representado por la cabeza de oro de la imagen de Dan. cap. 2 y por el león con alas de águilas en la visión de las «bestias» de Dan. cap. 7. Tengamos en cuenta, al leer el pasaje, que los emperadores de la antigüedad, árbitros absolutos de la vida y del destino de millones de seres, solían pretender que sus súbditos les rindiesen honores divinos. Aquí el «rey», sombra de tanto poderío y orgulloso ensalzamiento, baja al «seol», la región de la ultratumba, donde las «sombras» de tantos otros «reyes» que le han precedido se levantan para recibirle, asombrados de que también Babilonia cayese como los demás imperios, y entonan la endecha de 14:12-15. «¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!» En su poético contexto, estas palabras se refieren al «rey de Babilonia», que quiso sentarse en el «monte de los dioses»; pero muchos expositores han visto aquí por lo menos una ilustración del orgullo y de la ambición de Satanás, quien, por soberbia y ambición, cayó de su sublime lugar angelical.

Varios juicios, 14:24-32

Asiria quebrantada en la Tierra Santa, 14:24-27.—En esta corta profecía, la visión profética se vuelve al peligro más inmediato de la invasión de Asiria, y promete la destrucción de su ejército en Palestina (comp. 37:36).

Filistea, 14:28.—Repásese lo descrito sobre esta nación en el Apéndice I. Por fin había de desaparecer totalmente, pero cuando los embajadores de las gentes subiesen a Jerusalén, se les podría contestar: «Que Jehová fundó Sión» y que «a ella se acogerán los afligidos de su pueblo» (14:32).

Moab, caps. 15 y 16

Estos dos capítulos forman una sola sección, en la que se anuncia la inminente destrucción de Moab por mano de los asirios, pronunciándose el oráculo tres años antes de la invasión en cuestión (16:14). Los nombres propios de 15:1-9 son ciudades de Moab que irían cayendo sucesivamente en el poder del enemigo. Subirían a los «altos» (es decir, a los templos de sus dioses), pero no hallarían socorro (15:2), y entonces se acordarían de que son vasallos de Judá, y enviarían el cordero de tributo a Sión, pidiendo, por lo menos, asilo para los fugitivos (16:1-4). Esto da lugar a una mención de la esperanza mesiánica (16:5). Moab cayó por causa de su arrogancia (16:6), pero el profeta muestra simpatía con el pueblo en su honda aflicción, y, a diferencia de Filistea, ofrece esperanza para el pueblo en

el final del tiempo (comp. Jer. 48:47). La unidad del pasaje se destaca mucho más en las versiones modernas.

Damasco y Jacob, cap. 17

El oráculo empieza con el anuncio de la destrucción de Siria y de su capital, Damasco, por la invasión de Asiria, pero se enlaza en seguida con otra contra «Jacob», que ha de entenderse aquí por el reino norteño, cuya alianza circunstancial con Siria ya se ha notado. La frase «en aquel tiempo», bien que señala en primer término la suma flaqueza de Israel bajo los ataques de Asiria, encierra siempre una referencia a la última crisis mundial. Tras la gráfica descripción del exiguo residuo de Israel (17:5 y 6), se anuncia la conversión de la nación, que dejará de mirar a sus ídolos para contemplar a su hacedor, el Santo de Israel. La invasión descrita en 17:12-14 es de una «multitud» de pueblos, y termina con la intervención directa de Dios (comp. Zacarías 14:1-7).

Los embajadores de Etiopía, cap. 18

Esta porción resulta incomprensible en la versión Reina Valera, pero varias versiones modernas aclaran el sentido del hebreo, que ha de entenderse en relación con el fondo histórico de la época. Etiopía —no era Abisinia, sino la parte norte de lo que es ahora Sudán— se hallaba entonces estrechamente enlazada con Egipto. Buscaba alianzas para hacer frente al empuje asirio, y mandó embajadores por el Nilo en ligeras embarcaciones de juncos y de tallos de papiro. Isaías se enfrenta con los embajadores y, según su constante política de rechazar alianzas mundanas, les manda cortésmente que vuelvan otra vez a su país: aquel país que surcan los ríos (Nilo blanco y Nilo azul), habitado por gente de elevada talla y bruñida piel (18:2, etc.), y les anuncia, en nombre de Dios, que Jehová estará tranquilamente en su lugar hasta que llegue el momento de intervenir para la destrucción de los asirios (18:4-6). En los últimos días se recibiría una embajada de Etiopía con presentes, lo que es una

de las indicaciones de la bendición final de esta nación (comp. Sal. 68:31, etc.).

Egipto, caps. 19 y 20

Hemos notado anteriormente que hubo un partido en Judea que volvía la vista constantemente a Egipto, con la esperanza de hallar en ella un apoyo para conjurar el peligro asirio. Esta profecía, con el acto simbólico de Isaías (20:2), tuvo por objeto enseñar al pueblo la locura de su esperanza carnal. Egipto, a pesar del prestigio que le prestaba su gloriosa historia, había de caer en un estado de suma postración, caracterizado por luchas internas (19:2), el agotamiento del río Nilo, con la ruina consecuente de la sementera y de la pesca (19:5-10), y el fracaso completo del consejo de los sabios del linaje real y sacerdotal (19:11-13). La conocida frase «en aquel día» (o tiempo), que tantas veces se repite aquí, señala el «tiempo del fin», en relación con el cual se vislumbra un rayo de esperanza para Egipto, juntamente con Asiria y Judá, en el reino del Mesías. La porción es notable por la simpatía que el profeta demuestra hacia estos enemigos seculares de Israel. La historia nos habla de importantes colonias judaicas en Egipto durante los períodos del dominio de Persia y de Grecia. Se sabe de la existencia de un templo dedicado a Jehová y de un culto cismático en la isla Elefantina, que se situaba en el Nilo, muy al sur, a la frontera de Etiopía, país que ahora se llama el Sudán; pero todo eso no puede agotar el sentido de las interesantes referencias de 19:18 y 19, que, sin duda, se reserva para los últimos tiempos.

Nota aclaratoria.—«Tartán» (20:1) es un título militar asirio que corresponde a «generalísimo». Este oficial era el segundo personaje del imperio, ocupándose en todo lo concerniente al ejército, al cual mandaba personalmente en la ausencia del rey.

Asdod era la ciudad filistea que encabezaba la rebelión de las naciones palestinas contra Asiria, y fue tomada y arrasada por el «Tartán» del emperador Sargón en el año 711 a. de C., fecha que corresponde a la segunda parte de esta profecía.

Tres cortos oráculos, cap. 21

Este capítulo contiene tres cortos oráculos contra: 1) «El desierto del mar», o sea, Babilonia, cuyos territorios lindaban con el golfo Pérsico y con el desierto de Arabia; 2) Duma, un oasis al noroeste de Arabia, que se identifica con Seir o Edom, en esta profecía; 3) Arabia misma, país de «caminantes» o nómadas, siendo Cedar uno de sus oasis más importantes. El profeta actúa de *atalaya* y contempla, con asombro y dolor, los terribles sucesos asociados con el surgir del imperio medopersa y la caída de Babilonia. Su grito: «¡Cayó, cayó Babilonia!» (21:9), halla eco en relación con la Babilonia espiritual en el Apocalipsis (14:8 y 18:2). Seir (Edom), en vista de las grandes y destructoras invasiones que presentía, pregunta ansiosa: «Guarda, ¿qué de la noche?» y el atalaya (Isaías) vislumbra un amanecer lejano, precedido por una noche de dolor. Léase en la versión moderna: «¡La mañana viene, y también la noche!»

El valle de la visión, 22:1-14

El significado del título de esta «carga» es oscuro; no obstante, es obvio que se dirige contra Jerusalén, a pesar de hallarse en la sección de las cargas contra las naciones. Se hace referencia a alguna derrota del ejército nacional en el curso de una de las invasiones asirias (22:3-7), pero los habitantes de la capital, lejos de lamentar el hecho y buscar el rostro de Jehová, renovaban sus fortificaciones y procuraban asegurar el suministro del agua de la ciudad (22:9-11), al par que se entregaban a banquetes y manifestaciones de alegría inoportuna debida a su confianza en alguna alianza con los gentiles, en desafío de la palabra de Dios por boca de Isaías, y eso motivó el solemne aviso del v. 14.

Sebna y Eliacim, 22:15-25

Sebna era «mayordomo», o sea, canciller del rey, y es muy probable que fuese el jefe del partido que propugnaba por «la gran alianza» contra Asiria. De una forma muy oriental, manifestó su orgullo preparando un magnífico mausoleo en «lugar alto», como quien tuviese asegurada la estima de la posteridad. Isaías fue en busca suya, en el curso de las obras emprendidas a este fin, para lanzar contra él la fatídica predicción de los versículos 17-19. Eliacim había de tomar su puesto como consejero de la casa de David, que serviría con fidelidad (22:20-23), pero parece ser que los versículos 24 y 25, algo oscuros por cierto, indican que su parentela buscaría de tal forma apoyarse en el distinguido jefe de la familia que traería la ruina sobre todos.

Oráculo contra Tiro, cap. 23

(Véase nota sobre Fenicia en el apéndice I y también la nota anterior sobre «Tarsis».)

Los fenicios, que siempre habían sido grandes viajeros y colonizadores, se desplazarían aún más hacia el occidente (Cartago, España, etc.), después de las invasiones de Asiria y de Babilonia. Se les prometió un renacimiento atenuado de prosperidad comercial después de un período de setenta años. La obra de Dios en su justo gobierno del mundo se ilustra bien en la pregunta y respuesta de los versículos 8 y 9: «¿Quién decretó esto sobre Tiro la coronada...? ¡Jehová de los ejércitos lo decretó, para envilecer la soberbia de toda gloria!»

Nota aclaratoria.—Propiamente Kittim es la isla de Chipre, pero a veces se extiende el significado de la palabra para incluir Macedonia y hasta Roma en profecías posteriores.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A los efectos de trabajos escritos, el estudiante debiera escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. Discurra sobre el imperio de Babilonia. ¿Tiene la ciudad e imperio algún sentido simbólico en la Biblia, además del literal? Comente sobre el poema de escarnio en el capítulo 14 y la visión de Apoc. caps. 17 y 18.

2. Haga una lista de los pueblos mencionados en los oráculos de los capítulos 13-23. Con la ayuda de un mapa sencillo, indique su situación geográfica y su relación con Judá.

CAPÍTULO IX

EL DÍA DE JEHOVÁ Y LA SALVACIÓN DEL PUEBLO

(Caps. 24 a 27)

Nota general.—Esta sección se ha llamado el «Apocalipsis de Isaías» por tratarse tan evidentemente de los grandes acontecimientos relacionados con el fin de los siglos, y los eruditos se han afanado mucho por hallar explicaciones que justifiquen los abruptos cambios de tema y de tono que se notan en estos capítulos. No hay por qué afanarse, pues la clave para entender el pasaje se halla en la identificación del profeta con el resto fiel de Israel, tanto en sus momentos de dolor como en la alegría de su triunfo, de modo que los juicios de Dios sobre la tierra se describen desde este punto de vista. Las dificultades empiezan cuando los expositores persisten en querer relacionar la totalidad de las profecías con acontecimientos históricos ya conocidos, o cuando, por el contrario, se afanan por «espiritualizarlo» todo, como si se tratase solamente de un simbolismo que representase las dificultades y los triunfos de la Iglesia (véanse los principios de interpretación I. I., págs. 53 y 54). Hacemos el comentario por capítulos con el fin de evitar tiradas largas, pero el estudiante se dará cuenta de que se trata de una larga sección, más o menos homogénea en cuanto al tema general, en la que se disciernen muchos oráculos cortos.

La desolación de la tierra, 24:1-6.—Se nos presenta un cuadro de absoluta desolación que afecta no sólo a la tierra de Palestina, sino a todo el mundo, a todos los pueblos y a todos los sectores de la sociedad. La honda raíz de tanta desgracia se señala en las palabras: «La tierra se enfermó bajo sus moradores, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno; *por esta causa* la maldición consumió la tierra...»

La ciudad de la vanidad (*o «del caos»*), 24:7-13.—En algún lugar es un poco dudoso si se trata de Jerusalén rebelde, o de la ciudad enemiga (de la que Babilonia es el tipo) que vuelve a mencionarse varias veces en esta sección. Generalmente hemos de entender Babilonia, quizá la ciudad más perfecta que jamás haya levantado el hombre, y figura constante de la enemistad del orgullo del hombre en su oposición a Jerusalén como ciudad de Dios.

Un breve cántico de triunfo del resto fiel, 24:14-16.—La mención del «resto» (24:13) despierta el oído del profeta, y, por un momento, en medio de la algarabía del mundo en caos, oye el canto que elevarán los justos de Israel, cuando, ya redimidos y seguros en su tierra, contemplen la gloria de Jehová.

El día de Jehová, 24:16b-23.—La descripción es parecida a la que ya hemos notado en 2:10-22, donde quedaron señaladas las grandes características de este tremendo día. Aquí vemos que, además del terror de los hombres que contemplan el fracaso de todas sus esperanzas, habrá hondas perturbaciones en el globo mismo y en los astros, lo que se subraya también en el «Sermón profético» del Señor. El v. 21 añade una nota de gran interés: «En aquel día Jehová castigará al *ejército sublime en lo alto*», distinguiéndose esta potencia de los «reyes de la tierra». Se trata, pues, de potencias espirituales que siguieron a Satanás en su rebeldía, y cuyas jerarquías, situadas en «lugares celestiales», se nombran por el apóstol Pablo en Efe. 6:12. Su derrota se describe en Apoc. 12:7-9.

Un cántico de alabanza, 25:1-5.—Se trata de un cántico que el resto eleva en vista de la destrucción de la ciudad enemiga, agradeciendo la protección que Jehová ha prestado a los suyos. Todos los fieles podemos saborear las hermosas metáforas del versículo 4.

El triunfo final, 25:6-8.—Podemos discernir tres elementos con este triunfo: a) el festín del Señor «en este monte», o sea, en Sión; b) Dios deshace la cobertura o velo que impedía que los pueblos se diesen cuenta de la realidad de la esfera espiritual detrás de la engañosa sombra de lo material y lo temporal. Ahora él mismo se revela en gloria y «todo ojo le verá»; c) el dolor humano y la muerte serán vencidos. Esta sublime promesa se recoge y se elabora en Apoc. 21:4 como característica del Estado eterno. A veces la visión profética pasa más allá aún del milenio, para alcanzar la nueva tierra y los nuevos cielos.

Alabanzas del residuo redimido, 25:9-12.—El resto contempla la victoria ya consumada, especialmente en relación con Moab, enemigo milenario de Israel, y que representa, sin duda, los estados árabes, enemigos de Israel de hoy en día.

El tercer cántico del resto, 26:1-6.—Celebra la seguridad de Sión y la paz del pueblo que confía solamente en «la roca de los siglos» (así lit. 26:-4b).

Los redimidos recuerdan el duro camino andado, 26:7-18.—Agradecen las lecciones de paciencia y de fe que han aprendido, al par que lamentan la ineficacia del testimonio nacional de Israel en el mundo.

La contestación de Jehová, 26:19-21.—Jehová contesta la meditación y el gemido de su pueblo. Los «muertos», lamentados por el resto en el v. 14, «vivirán» de nuevo (26:19). En primer término se trata de la resurrección nacional de Israel, como en el pasaje análogo de Ezequiel, cap. 37, pero se vislumbra también la resurrección del cuerpo de los redimidos. Jehová invita al

resto a que se esconda «un poquito» durante el día de la ira, ya que él ha de intervenir muy pronto en los asuntos del mundo como Juez justo, para «visitar la maldad del morador de la tierra».

La destrucción del Leviatán, 27:1.—Este versículo se relaciona con el pasaje precedente, y anuncia el juicio sobre «Leviatán, serpiente veloz, y el Leviatán serpiente tortuosa... y el dragón que está en el mar». Puede haber una referencia a las grandes potencias, enemigas seculares de Israel, con referencia especial a Egipto, pero detrás de ellas está el diablo, de quien son símbolos constantes la serpiente y el dragón (Apoc. 20:1, etcétera). El tiempo es el del fin, ya que la destrucción del Leviatán se presenta como completa.

La canción de la viña, 27:2-11.—La canción de la viña en 5:1-7 era de admonición, pero ésta es de consuelo y se dirige al pueblo redimido. En aquélla se anunció la violación de la viña por no haber llevado más que uvas silvestres, pero ahora la viña es de «vino rojo», gracias al cuidado de Jehová, quien castigó a su pueblo, pero con medida y con miras a su restauración final. La idolatría desaparecerá de Jacob, pero la «ciudad fortalecida», o sea, la ciudad enemiga de Babilonia, será enteramente destruida (27:9-11).

El recogimiento final de Israel, 27:12 y 13.—Notemos la forma clarísima de esta promesa, que debemos comparar con la explícita declaración del v. 6. Es imposible ver en «recogimientos» anteriores este triunfo público y universal: «Se tocará con gran trompeta y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria... Egipto... Y adorarán a Jehová en el monte santo, en Jerusalén.»

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Como base para trabajos escritos, el estudiante contestará una de las preguntas siguientes:

1. Señálense cuatro rasgos del día del Señor, según se destacan en los caps. 24 a 27. Tome nota especial del cap. 24.

2. El resto fiel habla en la mayor parte de esta sección. Cite pasajes:

   a) Que hacen referencia a sus experiencias en el pasado.

   b) Al triunfo del momento presente, o sea, al momento de cantar ellos.

   c) Alabanzas que glorifican el nombre de Jehová su Salvador.

3. Cite versículos que podrían ser expresiones de la fe del creyente en toda época.

CAPÍTULO X

CASTIGO Y RESTAURACIÓN DE ISRAEL

(Caps. 28 a 35)

La agresión de Asiria, caps. 28 a 33

La desobediencia y la destrucción de Efraim, 28:1-6.—El reino norteño había de caer ante el asirio de la manera en que la breva es tragada golosamente por quien le encuentra tempranamente. Pero la corta sección termina con un rayo de esperanza, pues en «aquel día» Jehová le será «por corona de gloria». Compárese con «la corona de soberbia de Efraim», 28:1 y 5.

Los sacerdotes y profetas apóstatas de Jerusalén, 28:7-13.—La frase: «Mas también *éstos*...» indica que el profeta vuelve la mirada a Jerusalén, donde percibe la misma disolución entre los sacerdotes y profetas de su propia ciudad. La sección ofrece grandes dificultades lingüísticas, pero podemos deducir que Isaías sorprende a estos malos consejeros del rey de Judá en medio de una orgía; los reprende, y ellos contestan, con irónicos balbuceos de borrachos: «¿A quién (dicen ellos) quiere éste enseñar la ciencia...?» Imitan la insistencia y la repetición de las enseñanzas de Isaías en las cortas frases del v. 10, las cuales, en el original, tienen una forma peculiar, como si fueran balbuceos de borrachos. El profeta recoge su mofa, y anuncia a aquellos que no quisieron oír la palabra del Señor por su boca, que serían enseñados por los bárbaros balbuceos de los invasores extranjeros (28:11), como también por un largo proceso de juicios,

y entonces la palabra de Jehová sería «mandamiento sobre mandamiento, mandato sobre mandato, etc.» (comp. 28:9 y 10 con 28:13).

El concierto con la muerte y el acuerdo con el Seol, 28:14-22. Parece ser que el partido de los burladores estaba en el poder, por el momento, en Jerusalén y que buscaban seguridad por medio de un «pacto con la muerte y un convenio con el Seol» (28:14 y 15). En su aplicación inmediata e histórica, éste podría significar la alianza con Egipto y sus falsos dioses que presidían las regiones de la ultratumba; contra esta política carnal el profeta anuncia el establecimiento de Ezequías, cuya reforma barrería el refugio de mentiras de ellos. Pero el significado de la profecía no se agota por la referencia inmediata, y hemos de ver en el «pacto con la muerte» una alusión al pacto del pueblo incrédulo con el anticristo durante la «última semana de Daniel» (Dan. 9:27). La «piedra de fortaleza» es el Señor Jesús, siendo un título mesiánico bien conocido en el Antiguo Testamento y recogido repetidas veces por el Señor mismo y por los Apóstoles en el Nuevo Testamento. El reino podría levantarse tan sólo sobre esta «piedra del ángulo» (Dan. 2:34 y 35; Sal. 118:22; Mar. 12:10; 1 Ped. 2:6).

La parábola del labrador, 28:23-29.—De la manera en que el labrador emplea diversos medios en la preparación de la tierra para la siembra de la semilla, y adapta los métodos de trillar a la clase del grano, así también Dios varía los juicios de su pueblo según las épocas con el propósito de recoger el trigo puro en el día de bendición. En segundo término, se puede ver en la parábola una lección de sabiduría en cuanto a las actividades del siervo de Dios en todo tiempo.

Sitio y liberación de Jerusalén, 29:1-8.—El nombre de «Ariel» se interpreta por los eruditos o bien como «león de Dios», con referencia a su gloria bajo el reinado de David, o bien como «horno» o «piedra del altar», que concuerda con este anuncio de juicio sobre un pueblo que rendía culto externo al Señor, por medio de innumerables víctimas sacrificadas sobre el altar, mientras que su corazón estaba lejos de él (29:13 con Mar. 7:6 y 7). La milagrosa e inesperada liberación de Jerusalén de las

manos de una multitud de enemigos tiene referencia, en primer término, a la destrucción del ejército de Senaquerib, sin excluir la intervención directa de Jehová en la última gran crisis de la nación, que aún no se ha cumplido (29:5-8 con Zac. 14:2 y 3).

La ceguera de la incredulidad, 29:9-17.—Cuando los hombres se privan voluntariamente de la luz de Dios por su incredulidad y su rebeldía, El aumenta judicialmente las tinieblas espirituales que han escogido, hasta el punto de hacer cesar toda visión y todo conocimiento. Esto es compatible con una forma externa de religión, que no es sino la cortina detrás de la cual los hombres «*se esconden de Jehová*» (29:15) y niegan su soberanía (29:16).

Dios en su gracia alumbrará a los ciegos, 29:18-24.—Estos versículos se entienden en contraste con los que hemos considerado, especialmente con 29:11 y 18. Los habitantes de Jerusalén quedaron ciegos por su incredulidad, pero Dios ha de intervenir en gracia «en aquel tiempo» para dar plena luz y abundante alegría a los humildes de su pueblo.

Contra la pretendida alianza egipcia, caps. 30 y 31

El tema de estos capítulos es idéntico: a pesar de las exhortaciones de Isaías, una embajada de nobles de Judea, cargados de tesoros para granjear la buena volunta del faraón, atraviesa el desierto del Neguev, camino de Egipto, con el propósito de rematar su equivocada política de aliarse con este país en su oposición a los asirios. A oídos de los moradores de Jerusalén, Isaías lanza tras ellos este oráculo que, al par que denuncia la locura de los hombres, promete grandes bendiciones de parte del Señor en «aquel día».

La embajada trabajosa e inútil a Egipto, 30:1-7.—Probablemente, el v. 6 ha de leerse: «¡Cuán cargadas van las bestias del sur!» (Vers. Moderna), en cuyo caso percibimos la unidad del pasaje que describe el trabajoso viaje de los embajadores por el desierto del Neguev, al par que denuncia la incredulidad y la desconfianza del pueblo.

El juicio caerá sobre el pueblo, 30:8-17.—El pueblo que ha cerrado los oídos a la voz de los profetas del Señor, en su afán de escuchar mensajes de fácil optimismo, sufrirá las amargas consecuencias. Aquellos que corrían en demanda de auxilio carnal habían de correr despavoridos ante cualquier amenaza del enemigo y perderían el consuelo de la hermosa promesa del v. 15, que queda firme para el pueblo fiel de Dios en todas las dispensaciones: «Así dijo el Señor Jehová, el Santo de Israel: En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza.»

Dios es fiel, 30:18-33.—A pesar de la incredulidad de Israel, Dios ha de librar y bendecir a su pueblo. Se reitera la promesa de su intervención redentora, justamente con la cual se ha de efectuar una obra de limpieza interna, por la que el pueblo echará de sí, de una vez, sus ídolos. La característica del reino que aquí se subraya es la de la *abundancia,* así para los hombres como para las bestias (30:23-26). De nuevo vemos un cumplimiento cercano en la liberación del pueblo bajo Ezequías, pero hay muchísimo que no cabe dentro del estrecho marco de este momento histórico, y que habrá de cumplirse en el día de Jehová y en la inauguración del reino.

La caída del asirio, 31:1-9.—Se vuelve a presentar la caída del asirio por la intervención directa de Jehová, señalándose la locura de la alianza egipcia.

El reinado de justicia, cap. 32

El reinado de justicia, 32:1-8.—Según el acostumbrado «ciclo profético», la intervención de Jehová en juicio sobre la nación incrédula y sobre las naciones enemigas, se sigue por otro cuadro del milenio, destacándose los conceptos siguientes: el justo gobierno del Rey (32:1); la perfecta protección que ofrece al pueblo (30:2); la diáfana visión y la perfecta expresión que concede al pueblo (32:3 y 4); la sinceridad, que reemplazará a la hipocresía, y los embustes de los habitantes de Jerusalén de los tiempos de Isaías (32:5-8).

Las mujeres descuidadas, 32:9-14.—Estas encarnan el espíritu de despreocupación y de ostentoso lujo de las clases pudientes de Jerusalén, y se les da un solemne aviso sobre el catastrófico cambio de vida que se avecina (comp. 3:16-24).

El espíritu de lo alto, 32:15-20.—El gran cambio del período de la desolación a una época de rectitud y de seguridad se señalará por el derramamiento sobre Israel del Espíritu de lo alto. Esto, que Joel profetizó con más detalle, se cumplió en parte en el día de Pentecostés (Joel 2:28-32, con Hech. 2:16-21), pero su pleno cumplimiento se verá cuando Israel se convierta al Señor (Hech. 3:19; Eze. 36:25-27).

El resto fiel, cap. 33

La ruina de Jerusalén y la oración de los fieles, 33:1-9.—El saqueador, Asiria, será destruido por fin, pero entretanto, Israel pasa por períodos de grande aflicción, durante los cuales el resto fiel expresa su fe en el Señor y suplica sus misericordias.

La intervención de Jehová, 33:10-24.—El día de Jehová se anuncia en palabras dramáticas (33:10) y determina la derrota de las naciones y el terror de los pecadores en Sión. La presencia de Jehová es como fuego devorador, ¿quién podrá habitar en las llamas eternas? Las condiciones se cumplen en el resto fiel, y se detallan en 33:15. Esta rectitud moral depende de la obra de Cristo, y a quienes andan en sus caminos se les promete que sus ojos «verán al rey en su hermosura; verán la tierra de dilatadas dimensiones». Perderán de vista por fin el espantoso destructor para fijar su mirada en la Nueva Jerusalén (33:19 y 20).

Juicios contra las naciones; el anuncio del Reino de Cristo, 34:1-17-35:10

El día de venganza de Jehová, 34:1-17.—Estamos de nuevo en el «día de Jehová», con referencia especial a la destrucción de Edom, enemigo milenario de Israel, cuya tierra se reducirá a

la más completa desolación. Según confirma el Señor en el sermón profético, los grandes cambios afectarán aun a los astros (34:4 y 5 con Mat. 24:29).

El camino a Sión, 35:1-10.—Este capítulo cierra otro ciclo profético con el anuncio de las glorias del reino de Cristo. Será época de un gran reflorecimiento de la naturaleza, de visión espiritual, de salud y de cánticos. Se insiste, una vez más, en que todo esto sucederá por la intervención personal del Señor y no por un largo proceso: «El mismo Dios vendrá y os salvará.» Los esparcidos de Israel volverán a Sión por el hermoso camino de santidad, que no sólo expresa un hecho histórico, sino también una gran verdad espiritual, ya que sin la santidad nadie verá al Señor.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Para trabajos escritos el estudiante escogerá libremente una de las preguntas siguientes:

1. Comente sobre los deseos de los líderes en Jerusalén de formular una alianza con Egipto, según se perciben en esta sección. ¿Qué se esperaba de tal alianza? ¿Cuál fue la palabra de Dios por boca de Isaías?

2. Estudie 33:14-24, comentando sobre su sentido general y sobre frases que le han llamado la atención.

CAPÍTULO XI

EL PARÉNTESIS HISTÓRICO

(Caps. 36 a 39)

Nos choca un poco este cambio brusco de los oráculos de juicio y de promesa al relato histórico de la invasión de Senaquerib, al que se añaden detalles sobre una enfermedad de Isaías y una embajada del rey de Babilonia. Nos sorprende aún más al comprobar que este paréntesis histórico es casi idéntico con 2 Reyes 18:17-20:19, y hemos de preguntar la razón de su inserción aquí. Notemos, en primer término, la estrecha relación que existe entre la obra de los profetas y los libros históricos, que fueron llamados los «profetas anteriores» por los judíos. No creemos que la inclusión de la materia histórica sea meramente un accidente de una redacción posterior, sino que obedece al designio de ilustrar las profecías, manifestando el cumplimiento parcial de las de la primera parte, al par que prepara el terreno para las de la segunda parte. Dios cumplió su promesa de librar a Jerusalén de la mano del «assur», y esto garantiza la realización de su propósito de salvar a su pueblo de una forma mucho más maravillosa y permanente en «la consumación de los siglos». La embajada de Merodacbaladán, iniciador del nuevo imperio babilónico, introduce la potencia mundial que había de ser, un siglo más tarde, el gran enemigo del pueblo terrenal de Dios.

La invasión de Senaquerib, caps. 36 y 37.—«Rabsaces» no es el nombre de un individuo, sino el título de un oficial que combinaba los cargos de general y embajador, al servicio de Sena-

querib, monarca que sucedió a Sargón en el trono asirio. Era subordinado al «Tartán» o «generalísimo». Mientras que el emperador asediaba Laquis, la gran fortaleza al sur de Palestina y «puerta» de Egipto, el Rabsaces acudió a Jerusalén con la pretensión de conseguir la rendición de la ciudad por una hábil mezcla de amenazas y de promesas (36:2-10). Eliacim, Sebna y Joa le escucharon de parte de Ezequías, pero el Rabsaces, en los intereses de su «propaganda», dejó de hablar en arameo, que era la lengua diplomática de la época, para lanzar sus insultos y amenazas a gritos en hebreo, esperando amedrantar así a la gente en la muralla (36:11-22). La «propaganda» del Rabsaces es típica de la manera de pensar del hombre natural. Decía la verdad en cuanto a Egipto (36:3), pero nada entendía de la cuestión espiritual en el interior de Judea y llegó hasta la desfachatez de pretender que había recibido autoridad divina para efectuar la destrucción de Jerusalén (36:7-10).

En esta ocasión, la reacción del pueblo fue digna, y la de Ezequías admirable (37:1 y 2), pues subió éste con humildad al templo para orar, al par que envió a sus siervos a Isaías para saber la voluntad de Jehová. De esta forma la batalla ya no era del rey, sino de Dios (37:6 y 7), y la victoria era segura. El primer alivio vino por la noticia que Tirhaca, rey de Etiopía, o sea: el Faraón egipcio de la dinastía etíope, avanzaba contra el ejército asirio (37:8 y 9). Para atemorizar a Jerusalén, las amenazas asirias de antes se repitieron en forma de carta, y en este momento angustioso Ezequías tuvo el admirable gesto de extender el insultante escrito delante de Jehová en el templo (36:9-13 con 16-20). ¡Que el Señor nos dé la gracia de hacer igual con todas las palabras de los hombres que pudieran ofendernos o perjudicarnos! ¡Es mucho mejor dejar que nuestro Padre arregle las cosas que empeorarlas nosotros con nuestros enfados y luchas carnales!

La «señal» de 37:30 indica que los destrozos de la invasión, que impedían las operaciones agrícolas hasta el punto de que el pueblo solamente podía cosechar lo que se había sembrado de suyo, pasarían con tanta rapidez que al tercer año la labor del campo había de desarrollarse normalmente.

Es probable que el ejército de Senaquerib estuviese ya en camino hacia Jerusalén cuando Jehová intervino, según las repetidas promesas, con tal efecto que 185.000 hombres murieron en una sola noche por la acción del ángel destructor, quizá obrando por medio de una plaga. Los restantes se retiraron a Nínive, en donde, algunos años después, Senaquerib fue asesinado. Desde luego, nada se dice de este tremendo desastre en la jactanciosa crónica de la campaña que redactaron los escribas del rey asirio, y que ha sido hallado por los arqueólogos, pero es muy notable que Jerusalén no figure en la lista de las muchas ciudades palestinianas que los asirios declaran haber arrasado. Acordémonos de las muchas profecías ya estudiadas que anunciaron que Jerusalén había de ser librada de sus enemigos en el momento en que todo parecía perdido, por la intervención directa de Jehová, pero de nuevo insistimos en que el sentido de tantas profecías no se agota por esta liberación que, después de todo, no significó más que una prolongación temporal de la existencia del reino de Judá.

La enfermedad y la curación de Ezequías, 38:1-22.—Cronológicamente, este incidente precede a la destrucción del ejército asirio, que se anuncia como aún futura en 38:6. Los ruegos de Ezequías para que el Señor prolongara un poco más su vida, como también el salmo que escribió en esta ocasión, nos hacen ver muy claramente que aun los hombres más piadosos del Antiguo Testamento no tenían sino vislumbres intermitentes y parciales de la vida espiritual después de la muerte del cuerpo (38:18 y 19, etc.) y que cifraban sus esperanzas en lo que Dios hiciera a su favor durante la vida presente. ¡Cuánta luz y bendición nos han venido por la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo, quien «quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio»! (2 Tim. 1:10).

La embajada de Merodac-baladán, 39:1-8.—Este potentado fue príncipe de los caldeos, y logró reavivar el poder de Babilonia frente a Asiria. En la época que señala nuestro capítulo, estaba procurando forjar una alianza de los países de Palestina y sus alrededores, induciéndolos a rebelarse contra Nínive, y se aprovechó de la enfermedad y la restauración de Ezequías para enviarle una embajada cuyo verdadero propósito fue el de persua-

dirle a secundar sus designios. El pecado de Ezequías consiste en el ostentoso orgullo con el cual desplegó sus tesoros ante la vista de los visitantes, y, en segundo término, la grave falta de prestarse a una alianza contra Asiria sin consultar con el Señor ni buscar los consejos del estadista-profeta Isaías. Ya hemos visto repetidamente que la política del profeta, bajo la guía del Señor, se oponía tajantemente a tales alianzas mundanas. El pecado motivó el anuncio del cautiverio babilónico (39:5-7) y esta predicción sirve de introducción a la segunda parte de la profecía de Isasías, donde las hermosas perspectivas de la obra de Dios se describen contra el negro fondo del poderío y de la destrucción del imperio de Babilonia. Jerusalén fue arrasada por Nabucodonosor 114 años después de su liberación del poder de Senaquerib (700 a 586 a. C.).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A los efectos de trabajos escritos, el estudiante escogerá libremente una de las preguntas siguientes:

1. Hágase un resumen del contenido del «Paréntesis histórico», capítulos 36 a 38. ¿Por qué se incluye en este libro profético?

2. Primero se produjo un alivio de la presión asiria sobre Jerusalén, y, más tarde, una liberación completa. ¿De qué medio se valió Jehová para ambos?

3. Aprendemos bastante acerca del rey Ezequías en este paréntesis. En una ocasión su actitud fue magnífica, en otra dudosa y en otra francamente equivocada. Detalle estas ocasiones.

CAPÍTULO XII

LOS «DOS SIERVOS» Y SU OBRA

(Caps. 40 a 66)

PARTE I (caps. 40 a 45)

La nota predominante de la segunda parte de Isaías es la del cumplimiento de las promesas de Dios referentes a Israel en su restauración a su tierra, al par que se contempla la destrucción del gran enemigo Babilonia. Como hemos visto en el transcurso de nuestro estudio de la primera parte, el «ciclo profético» siempre desemboca a lo mismo, así que la diferencia entre los capítulos 1 a 35 y 40 a 66 es más bien de *énfasis*, ya que se reitera más el tema de la restauración en la segunda parte. No falta, sin embargo, el diagnóstico del pecado de Israel, como tampoco faltaba en la primera parte extáticas visiones de la gloria de Israel en un día futuro. Hay clarísimas referencias a la restauración de Israel a su tierra tras el cautiverio babilónico gracias al edicto del emperador de Persia, Ciro, quien se menciona por nombre, pero es imposible que el sentido de las profecías se agote por aquella restauración parcial, llevada a cabo en condiciones de flaqueza extrema. Se reiteran las profecías de una gloriosa intervención de Dios a favor de su pueblo, con el establecimiento de un reino de poder que influirá en todas las naciones de la tierra. El cumplimiento pleno espera la restauración de Israel a su tierra, que precederá el reino mesiánico.

Muchísimas lecciones espirituales se pueden sacar del «profeta evangélico», pero, como hemos considerado en notas anteriores, es un error «espiritualizar» estos mensajes a Israel con ánimo de aplicarlo todo a la presente dispensación de la gracia. Tengamos en cuenta, sin embargo, que, igual que en el caso de la Iglesia, toda la bendición de Israel en un día futuro, con su servicio y testimonio especiales, dependen de la obra del *Siervo de Jehová* al hacer la expiación de los pecados en la Cruz. Por eso el hermosísimo cuadro del *Siervo que sufre* ocupa el lugar central de esta sección. Los temas más destacados de los capítulos que estudiaremos son los siguientes: 1) la locura de la idolatría; 2) las glorias de Dios en la creación y en la providencia; 3) la prueba de la profecía, ya que Jehová es el único que predice el futuro; 4) *El Siervo de Jehová.* En primer término, el «Siervo» es la nación de Israel, llamada a un servicio especial de testimonio en el mundo (especialmente el resto fiel), pero las profecías pasan del «Siervo-nación» para enfocarse en el «Siervo-Mesías», en cuyas manos todos los propósitos de Dios prosperarán.

La sublimidad y gracia de Jehová, 40:1-44:28

El mensaje de consolación, 40:1-11.—Con elevada nota de triunfo, el profeta anuncia a Jerusalén (símbolo de toda la nación) la terminación tanto de su cautiverio como de sus muchos trabajos, y proclama la pronta manifestación de la gloria del Señor. Como hemos visto, el lenguaje sobrepasa por mucho el tema de la parcial y mezquina restauración bajo Zorobabel y Esdras, y nos lleva a la consumación final. Hay, además, una referencia limitada a la primera venida del Señor al mundo, pues la encarnación inició todo el proceso de bendición en la que Israel tendrá su parte, pero las profecías pasan rápidamente a la consumación de la obra en el día de la venida de Cristo en gloria. La descripción del «precursor» se aplica a Juan el Bautista en todos los Evangelios, pero eso no excluye la probabilidad de otro «anunciador» que proclame la proximidad de la seguna venida.

La frase «ha recibido... el doble de todos sus pecados» (40:2) no quiere decir que los sufrimientos de Israel habían bastado

para expiar doblemente sus pecados, sino que el Señor le dio en gracia el desquite, ya que era costumbre oriental devolver la factura *doblada* al satisfacer una deuda. La deuda se pactó en la Cruz del Calvario.

La figura del precursor, que había de enderezar los caminos torcidos antes de la venida del Señor, tiene su origen en el mal estado de los caminos orientales en la antigüedad. Cuando un potentado quería visitar los pueblos de sus dominios solía mandar a un oficial que fuese delante de él con autoridad para poner en movimiento a los consejos de los pueblos con el fin de que hicieran llenar los baches y quitar los obstáculos acumulados, y así preparar el camino al rey. Juan el Bautista, precursor del Mesías, cumplió su misión por medio de su mensaje del arrepentimiento.

Además de la «voz que clamaba en el desierto», el profeta oyó otra celestial que le exhortaba a proclamar la flaqueza de todo lo humano, comparándola a la gloria pasajera de la hierba y de las flores, que se marchitaba tan pronto bajo el soplo de los cálidos aires del desierto: lección de eterno significado que nos enseña que hemos de elevar la mirada tan sólo al Eterno (40:6-8).

Finalmente, Sión misma tenía que levantar la voz para anunciar la llegada de su Señor: «¡He aquí a vuestro Dios! ¡He aquí que Jehová el Señor viene con poder!» (40:9; comp. con 40:5 y con Mat. 24:30, Apoc. 1:7, etcétera).

Es hermosa la manera en que Isaías, por el Espíritu, armoniza la *fuerza* y la *ternura* del Señor, anticipando de esta forma las enseñanzas del Maestro acerca de sí mismo como el Buen Pastor (40:10 y 11).

La grandeza, la sabiduría y el socorro de Jehová, 40:12-21.—Aquí el profeta presenta un sublime cuadro de las glorias del Creador que se revelan a través de sus obras, y que se contrastan con la locura de la idolatría. Una y otra vez los israelitas se sentían atraídos por las «vanidades» de las gentes, e Isaías les hace ver la superioridad infinita del Dios de los Cielos sobre

toda imaginación del hombre. No hubo nadie antes de Jehová quien pudiera haberle enseñado la sabiduría, de la que todo universo es una manifestación. Ante el Dios único las naciones, pese a su vanidad y orgullo, no son sino «una gota de agua que cae del cubo y como el menudo polvo en las balanzas» (40:12-18; 22-28. Ver. Mod.).

Sobre este magnífico fondo se destaca la vanidad de los ídolos (40:19-21), pues la obra del artesano ha de ser necesariamente de menos valor que el artífice que la realiza, y éste es un pobre ser humano con las mismas necesidades que los adoradores de la imagen.

Pero la trascendencia y la sublimidad de Jehová no le aleja de las necesidades de su pueblo, pues él tiene cuidado de los suyos, y está presto para desplegar todos los recursos de su omnipotencia a favor de los humildes (40:29-31). La condición es clara y sencilla: «*Los que esperan a Jehová* tendrán nuevas fuerzas.» Todo el capítulo ha enseñado la locura de confiar en la «carne» o en los ídolos, haciendo ver al pueblo que su sabiduría consiste en volver a Jehová de todo corazón. A primera vista podríamos pensar que las promesas del hermoso v. 31 van de más a menos, empezando con «remontar con alas como águilas» y terminando con un mero «caminar». Bien entendido, sin embargo, el orden de las frases es muy significativo. Primeramente el creyente, sea judío o gentil, remonta por las alas de la fe al Señor en oración, lo que permite que luego corra con su mensaje a las gentes. Finalmente, como el cometido más arduo, recibe fortaleza para caminar con paciencia y longanimidad por los ásperos caminos de la vida.

El llamamiento a los gentiles, 41:1-5.—El «justo» o «guerrero» que Dios levanta del Oriente (41:2) es Ciro, cuya rápida carrera de conquistas y victorias se anuncia aquí dos siglos antes de realizarse. Es obra de Dios, que sólo El pudo preparar y anunciar.

La flaqueza de los ídolos, 41:6 y 7.—Ante los estupendos acontecimientos de la historia, los paganos no sabían hacer más

que tallar imágenes; se repite el frecuente tema de la locura de que el hombre confíe en la obra de sus propias manos.

Dios y su siervo Israel, 41:8-20.—En hermoso contraste con la ineficacia de los ídolos, vemos al Señor en relación con Israel. Jehová se dirige directamente a su pueblo, y les recuerda la elección de Abraham, quien, por su fe y su obediencia, llegó a ser el «amigo de Dios». El propósito de Dios no se muda y su fidelidad consuela al pueblo a pesar de las tribulaciones por las cuales pasa. El «siervo» del v. 9 es claramente Israel, con referencia especial al Resto fiel de la nación. La promesa de la presencia y del socorro del Señor es hermosa, y puede recogerse con fe por todos los «elegidos».

Ninguno que persiga a Israel prosperará: una verdad que se ha demostrado claramente a través de la historia (41:11 y 12). Los descendientes de Jacob, el suplantador, se llaman colectivamente «gusano de Jacob» a causa de su flaqueza y de sus muchas prevaricaciones; sin embargo, la misma flaqueza llega a ser garantía de socorro de parte de Jehová, con tal que le miren a él. El mismo «gusano» se ha de convertir en «trillo cortante nuevo» (41:15) que trillará hasta las montañas: figura de las naciones; así se anuncia simbólicamente una época cuando Israel triunfará plenamente sobre todos sus enemigos. Evidentemente esto no se ha cumplido aún, pero se verá cuando se acaben los «tiempos de los gentiles» (41:15 y 16).

La anunciada victoria de Israel introduce otro cuadro del reino de bendición y de abundancia, de los que hemos visto ya tantos en la primera parte. Por mucho tiempo Israel ha sido como los «afligidos y menesterosos que buscan las aguas y no las hay», pero su necesidad no pasa desapercibida delante del Señor, quien se propone tornar el desierto en estanques de agua y llenar las soledades de abundante arboleda. Se ha de entender tanto en sentido literal como espiritual.

La prueba de la profecía, 41:21-29.—En tono irónico, el profeta, en nombre de Dios, vuelve a desafiar los ídolos, preguntando cuál de los «dioses» había sido capaz de anunciar el levantamiento de Ciro como instrumento de la destrucción de

Babilonia y la liberación de los judíos. Dios sólo, por boca de sus profetas, sabía predecir los acontecimientos que aún se escondían en el seno del porvenir. Constituye una demostración de su omnisciencia, mientras que el silencio de los ídolos manifestaba su nulidad: «viento y vanidad son sus vaciadizos» (imágenes fundidas).

La primera «Canción del Siervo», 42:1-4.—He aquí el primero de los poemas, de forma y métrica especiales en el original, que ensalzan las glorias del «*Siervo de Jehová*». Obviamente se pasa aquí al concepto del Siervo como Persona, bien que se enlaza con el «siervo-pueblo», Israel, por ser su representante quien cumple en su Persona lo que fue imposible a la nación. Notemos: a) *Su relación con Dios (42:1).* Es el Escogido de Dios quien halla su deleite en él. La Voz del Cielo en la ocasión del bautismo de Jesús hizo eco de estas palabras (Luc. 3:22, etcétera). De Dios recibe su sustento y el poder del Espíritu para el cumplimiento de su Obra (Juan 5:19, etcétera). b) *La finalidad de su Obra (42:1 y 4).* «Dará juicio a las gentes», o mejor: «Sacará justicia a las naciones»... «No desfallecerá ni se desalentará hasta que establezca justicia en la tierra» (42:4. Vers. Mod.). Todo cuanto Dios hace en el mundo se encamina al restablecimiento de las normas de *justicia*, pero sabemos por la revelación del Nuevo Pacto que este propósito sólo pudo realizarse por medio de la Obra de la Cruz. c) *El método de realizar la Obra (42:2 y 3).* Los judíos comprendían bien el ideal de restablecer la justicia y la paz en la tierra, pero nunca habían pensado en un Salvador «manso y humilde de corazón», quien «no clamaría ni haría oír su voz en las plazas», quien había de interesarse en salvar la «caña cascada» y «el pábilo que aún humea». Si los fariseos hubiesen comprendido estas «canciones del Siervo» no se habrían extrañado tanto cuando Jesús recibió a los pecadores comiendo con ellos.

Aliento para el Siervo, 42:5-7.—En estos versículos Jehová se dirige a su Siervo y Compañero, animándole a seguir adelante hasta la consumación de la Obra y recordándole su poderío como Creador al par que le promete ayuda eficaz y continua (42:5 y 6). De paso aprendemos más de la misión del Siervo: «Le pondré por alianza (pacto) del pueblo y por luz de las

gentes.» Es decir: él había de ser, no sólo el medio del cumplimiento de las promesas y los pactos dados a Israel, sino también «luz» para todos los pueblos, según la promesa original que se dio a Abraham (Gén. 12:1-3, con Luc. 2:32). La Obra del Siervo había de resultar en *luz y libertad (42:7).*

Jehová y los ídolos, 42:8 y 9.—Entre paréntesis se recalca de nuevo el carácter *único* de Jehová «celoso» frente a la locura de los hombres que inventaban «dioses» a la semejanza de las bestias y de hombres pecadores. La *omnisciencia* del Señor, manifestada en la profecía, es una prueba de su deidad.

Un cántico universal a Jehová, 42:10-17.—Es un pasaje parecido a muchos que hemos meditado ya en la primera parte del libro, en los cuales se celebra el triunfo final de Jehová, pero aquí cantan no sólo el Resto fiel redimido, sino también los representantes de diferentes naciones, siendo algunas de ellas antiguas enemigas de Israel. Es interesante notar el contraste entre los vs. 2 y 3 por una parte, y 13 y 14 por otra. Aquéllos hablan del ministerio terrenal del Siervo de Jehová, que se lleva a cabo sin voces por el que era «manso y humilde de corazón», pero su obra en la Segunda Venida será muy diferente. Dios guarda silencio ahora, aparte del mensaje de las Buenas Nuevas en la boca de sus siervos, pero más tarde ha de «invadir» el mundo que habrá rechazado el Evangelio, y entonces, cual «guerrero», «dará voces», interviniendo públicamente en los asuntos de la tierra, cumpliendo su obra de juicio y restableciendo su Reino de una forma visible.

El siervo sordo, 42:18-20.—No es fácil la interpretación de los vs. 19 y 20, pues hemos de preguntar: «¿Quién es el "Siervo sordo"? ¿Será Israel como nación en el sentido de 41:8 y 9 o el "Siervo de Jehová", el Mesías, según el sentido de 42:1-4?» Algunos han pensado en el Mesías como ciego y sordo a sus propios intereses con tal de cumplir la Obra para la que fue enviado. Es una opinión respetable, especialmente en vista de que se le llama «perfecto» en el v. 19, pero, por otra parte, parece ser que toda esta sección es homogénea, y por eso es más probable que el «siervo sordo» sea Israel, que en el v. 22 se ve como «saqueado y hollado» en el proceso de su castigo. El

sentido se confirma por la referencia de 43:8. Israel había sido escogido para ser el «siervo» de Dios en medio de las naciones, pero había sido increiblemente ciego a la luz divina, y sordo a los repetidos mensajes de los profetas. En vista del fracaso de Israel, Jehová mismo se encarga de magnificar la Ley y engrandecerla, al par que da a su pueblo infiel el castigo que corresponde a sus obras (42:22-25) hasta la hora de la redención por pura gracia.

Gloriosas promesas, 43:1-7.—La frase «y ahora» (mejor, «más ahora»), señala la transición del fracaso de Israel en su testimonio al cumplimiento segurísimo de las promesas de Dios según su inquebrantable propósito. Israel había sido creado como obra especial por medio del llamamiento de Abraham y el nacimiento de Isaac; había sido *formado* a través de su historia de la manera en que el alfarero modela el barro; había sido *redimido* por sangre y por poder de la esclavitud de Egipto. Por todos estos conceptos llevaba el nombre de Jehová y era para él una posesión peculiar (43:1). Por la gracia de Dios, pues, y a causa de su propio buen Nombre, había de ser guardado a través de los mayores peligros y quebrantos que se simbolizan por olas de aguas y «el fuego», reiterándose luego la promesa de la restauración a la Tierra (43:2-7). De nuevo las promesas abarcan toda la obra de Dios hasta el tiempo del fin.

Habiendo notado la interpretación del pasaje, podemos recrearnos en las promesas de Dios a favor de todos los suyos y en todo tiempo. La garantía de nuestra bendición y protección no depende del éxito de nuestro testimonio, sino de la fidelidad del Dios nuestro.

La prueba de la profecía, 43:8-45:25

Dios, ante las naciones, 43:8-15.—He aquí un pasaje de gran poder retórico: Jehová congrega a los pueblos y presenta ante ellos las pruebas de su omnisciencia y omnipotencia. Otra vez se apela a las profecías cumplidas, de las que pueden hablar los hijos de Israel, y también el Siervo (43:10), sacándose la gran conclusión: «Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay Salvador... yo haré y ¿quién lo estorbará?» (43:11 y 13).

El Éxodo y la Restauración, 43:14-20.—En las versiones modernas se destaca mejor la lección de este pasaje, en el que Dios hace una comparación entre el Exodo y la Restauración a su tierra de su pueblo esparcido. En el Exodo de Egipto «proveyó camino en el mar, y sendero en las aguas impetuosas» (43:16), pero se avecinan días cuando ha de efectuarse el milagro inverso. «Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad» (43:19). Se habla de la protección y de la ayuda que Israel había de recibir en el trabajoso camino de Babilonia a Judea, vislumbrando también el mayor recogimiento del «fin».

Salvación por la gracia, 43:21-28.—A pesar de que Dios había formado al pueblo para su propia gloria, éste había escatimado aun la parte externa del culto de Jehová (43:21-24). Dios sigue obrando a su favor, sin embargo, en pura gracia: «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (43:25). Los pecados se condenan, pero sigue adelante la obra de gracia, haciéndose posible la reiteración de las promesas en los versículos siguientes. Aquí no vemos *cómo* Dios pudo obrar en gracia a favor de un pueblo rebelde, pero el misterio había de aclararse en la Cruz (Rom. 3:25 y 26).

La promesa del Espíritu, 44:1-5.—Esta porción, análoga a la de 43:1-4, empieza con la misma frase: «*mas ahora*», que señala la transición del diagnóstico del pecado del pueblo a la confirmación de las promesas de Dios que dependen de lo que él es, y de la inmutabilidad de su consejo. En la porción anterior la promesa fue de protección nacional a través de las tribulaciones, pero aquí se predice una época de rica bendición que resultará del derramamiento del Espíritu Santo sobre el pueblo, empleándose la figura de las lluvias que llenan las acequias y originan un hermoso florecer de abundante vegetación (44:3 y 4, comp. Joel 2:28-32).

Jehová y los ídolos, 44:6-20.—Hasta el v. 9 Jehová da realce a su carácter como «Rey de Israel», el «Primero y el último» y el «Fuerte» (lit. «Roca»), quien declara los acontecimientos venideros. Luego se destaca la locura de los hacedores de imágenes, en dramático contraste con el poder del Omnipotente. El pasaje es notable a causa de la ironía mordaz con la cual el

profeta desarrolla su tema y por el arte magistral con que describe la necedad del artífice que hace un «dios» de la leña que le sobra, después de haber hecho una lumbre para calentarse: «De ceniza se alimenta; su corazón engañado le desvía, para que no libre su alma ni diga: "¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?"» (44:20).

Los inmutables consejos de Dios, 44:21-28.—Librándose de la necedad de la idolatría, Israel puede recordar que pertenece a Dios, quien obra en gracia soberana a su favor, borrando sus pecados de la manera en que un viento recio despeja las nubes (44:21 y 22). Versículos como éstos forman una especie de refrán que se repite a través de esta sección de la profecía, siendo, en efecto, el «corazón» del mensaje. Luego se exhorta a toda la creación que prorrumpa en alabanzas al Señor en vista de la redención de Jacob, pues frustra las señales de los adivinos, mas «confirma la palabra de su Siervo y cumple el consejo de sus mensajeros» (44:26, Vers. Mod.). Al final de la sección suena ya el nombre de Ciro, el futuro monarca persa, instrumento para la liberación del pueblo de la cautividad de Babilonia; sin embargo, es evidente que las glorias descritas tan elocuentemente rebasan los estrechos límites del momento histórico de la restauración muy parcial que siguió al edicto de Ciro.

Ciro, el «ungido», 45:1-8.—Otra vez se menciona a Ciro por nombre, llamándole no sólo «mi pastor» (gobernador), sino también «el ungido de Jehová»: caso único del empleo de este término en relación con un monarca gentil. El sentido es que fue separado por Dios para ser el instrumento inconsciente de la liberación de Israel. Los vs. 1-3 describen (en lenguaje simbólico) la carrera vertiginosa y victoriosa de Ciro. Empezó siendo un príncipe de Persia, subordinado a Babilonia, pero en el año 550 a. C. pudo hacerse rey independiente de Medo-Persia. Pronto después cruzó el Eufrates y llevó sus victoriosos ejércitos hasta Asia Menor, apoderándose de las fabulosas riquezas del rey de Lidia (547). Creció tanto su poder que en 539 pudo atacar a Babilonia y ocupar la ciudad sin resistencia. La importancia de Ciro, proféticamente, estriba en dos hechos: a) fue instrumento en las manos de Dios para el castigo de Babilonia;

b) promulgó el célebre decreto que permitió que Israel volviese a su tierra (Esd. 1:1-4). Todo se relaciona con los propósitos de Dios en orden a su pueblo y fue «por amor a mi siervo Jacob» que Dios había llamado y escogido a Ciro, aun cuando él no conociera a Dios (45:4). Parece ser que Ciro mismo llegó a comprender algo de la Persona y las obras de Dios, pues le confiesa como el Dios único en el decreto ya citado.

Algunas versiones llevan la frase «creó el mal» en el v. 7, lo que ha causado muchas dificultades. Tengamos en cuenta que las Escrituras enseñan siempre que el mal moral en el mundo, o sea, el pecado, fue introducido por Satanás, pero que Dios ordena las *consecuencias* del mal de tal forma que el que lo siembra segará calamidades (véase Gál. 6:7). He aquí el sentido en que la frase ha de entenderse, que cuadra perfectamente con el contexto, ya que se presentan aquí las obras de Dios en su Providencia (La Vers. R. V., 60, opta por «creó la adversidad»).

Obra *propia* de Dios es la de crear la salvación y la justicia, que en su día brotarán como las ricas cosechas de una vega fértil después de las lluvias de primavera (45:8).

Jehová y los «tiestos», 45:9-13.—Los infieles de Israel se atrevían una y otra vez a murmurar contra Dios y a criticar sus obras, y aquí reciben una reprensión que se asemeja a la de 28:16, citada por Pablo en Rom. 9:20. ¿Podría el tiesto quejarse al alfarero de la forma que éste le había dado? Claro que no. ¿Cómo, pues, puede la criatura lanzar sus quejas al rostro del Creador, siendo éste infinitamente superior a su obra en sabiduría y en poder? No es posible que nosotros *entendamos* siempre los caminos de Dios, pero podemos *confiar* en que la sabiduría infinita de Dios no ha de errar, estando seguros de que el Amor infinito no nos ha de dañar (45:9 y 10). Los fieles reciben la luz de la profecía cumplida (45:11-13).

El gran fin de la Obra, 45:14-25.—Hay mucho material para nuestra meditación en este pasaje, pero los límites del espacio no nos permiten hacer más que señalar el fracaso de los ídolos (45:16) y la consumación de la Obra en el fin de los tiempos:

obra que interesa no sólo al Resto reunido (45:20), sino también a todas las naciones de la tierra, quienes pueden mirar al Señor para ser salvos (45:22). Toda rebeldía será suprimida y la obra de la salvación dará lugar a que toda rodilla se doble ante el Señor (45:23). Se pueden aplicar estos textos evangélicos a la predicación de las Buenas Nuevas en nuestro tiempo, y Pablo relaciona el v. 23 a la glorificación de Jesucristo después de la victoria de la Cruz (Fil. 2:6-11), pero la interpretación primaria ha de buscarse en el salvamento final de Israel (45:25).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A los efectos de trabajos escritos, el estudiante escogerá libremente una de las preguntas siguientes:

1. ¿Cuáles son las «voces» que se mencionan en 40:1-11? ¿Cómo se relacionan con la Obra de Dios para la redención y futura bendición de Israel?

2. Explique la frase «gusano de Jacob» (41:14) notando, en vivo contraste, las promesas que Dios da a su siervo Israel en el pasaje 41:1-20.

3. Varios pasajes en caps. 40 a 45 denuncian la locura de la idolatría. Cite ampliamente *cuatro* de éstos, subrayando sus rasgos distintivos.

4. Cite todas las referencias al «siervo» (caps. 40 a 45).
   a) ¿Cuáles se refieren a Israel?
   b) ¿Cuáles se refieren a Ciro?
   c) ¿Cuáles se refieren al Mesías?

5. ¿Cuántos títulos divinos hallamos en esta sección? Comente sobre su significado.

Capítulo XIII

EL JUICIO SOBRE BABILONIA

(Caps. 45 a 48)

El Dios que lleva a su pueblo, 46:1-13.—Este capítulo se compone de un solo oráculo que predice la humillación de los ídolos de Babilonia (46:1 y 2); sigue una bella descripción del amoroso cuidado que derrocha Jehová sobre su pueblo escogido (46:3 y 4), una reiteración de la vanidad de los dioses paganos (46:5-8) y la declaración renovada de los inmutables consejos divinos que se han de realizar por medio de Ciro, el «varón de mi consejo» (46:9-13).

Muy hermoso es el contraste entre los ídolos, por una parte, que, lejos de poder auxiliar a sus adoradores, han de ser ellos mismos cargados sobre carros para ser llevados a cautiverio, y por otra parte, Jehová, Dios de Israel, quien lleva a su pueblo con amorosa solicitud desde su nacimiento hasta las canas.

La destrucción y la humillación de Babilonia, 47:1-15.—Sigue la profecía sobre la ruina de Babilonia. Primeramente la opulenta ciudad y reino se representa como una delicada virgen que, tras una vida regalada y delicada, se halla de pronto desprovista de todo y reducida a la categoría de una esclava que muele harina, y que sale en cautiverio sin protección contra los ultrajes de sus enemigos (47:1-3). Tras una invocación al Señor (47:4) se renueva el mismo tema, pero ya Babilonia se presenta bajo la figura de una rica y poderosa señora casada,

quien, en su orgullosa seguridad, declara que nunca conocerá ni viudez ni pérdida de sus hijos (47:5-10). Lo restante del capítulo se ocupa de la inutilidad de la ciencia de los caldeos, cuyos astrólogos echaron los cimientos de la moderna astronomía. Al mismo tiempo creían que podían predecir los acontecimientos por la contemplación de las estrellas. Sin embargo, «serán como tamo; fuego les quemará; no podrán librarse a sí mismos del poder de la llama» (47:14).

Los dichos de la «señora» delatan la satánica soberbia de Babilonia: «¡Para siempre seré señora!» (47:7)... «Yo soy, y fuera de mí no hay otra» (47:8)... «¡Nadie me ve!» (47:10). Se creía única como diosa, libre de la acción del tiempo y a salvo de la mano de Jehová, pero su saña contra el pueblo se había notado en el Cielo y Dios dispuso que su juicio fuese repentino y fulminante.

Hallamos muchos ecos de este capítulo en la descripción de la destrucción de la «Babilonia religiosa» en el Apocalipsis (véase Apoc. 18:7, etcétera).

La sabiduría y la misericordia de Jehová, 48:1-22.—Los temas que vuelven a presentarse aquí son conocidos ya, pero hay que tener en cuenta que la enseñanza de verdades de tan primordial importancia tenían que llevarse a cabo mediante la repetición en distintas formas, y a esta labor didáctica se debe el hecho de que Israel, después del Cautiverio, dejara por completo la idolatría que antes le había seducido tanto, si bien cayó en otros pecados nacionales, menos escandalosos, pero no menos graves, tales como el formalismo y la hipocresía.

Los vs. 1-11 renuevan la apelación a las profecías cumplidas, y se dirigen a un pueblo que confesaba el Nombre del Señor sin haberse sometido a su voluntad (48:1 y 2). Los propósitos de Dios no dejarán de cumplirse por eso, pues Dios obrará en gracia, por amor a su propio Nombre (48:9-11).

En los vs. 12-16 hallamos otra magnífica lección sobre la potencia de Dios manifestada en la creación de los astros, que hace eco de las enseñanzas semejantes del cap. 40, pasando

luego a otra mención de Ciro (48:13 y 14). El lamento de Jehová sobre su pueblo infiel es conmovedor, y anticipa el lloro del Señor Jesucristo sobre Jerusalén (48:17-19 con Luc. 19:41-44). Anticipadamente se exhorta al pueblo que no deje de aprovechar el decreto de Ciro permitiéndoles salir de Babilonia, y se le promete el mismo sostén en el camino que sus padres habían disfrutado en el desierto al salir de Egipto (48:22 y 23). El mandato «Salid de Babilonia» adquiere sentido espiritual en Apoc. 18:4 y 5 como exhortación a huir de los sistemas religiosos apóstatas.

Las promesas de Dios son para los obedientes; en cambio, a los israelitas rebeldes se les da el solemne aviso: «No hay paz para los malos, dijo Jehová.»

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A los efectos de trabajos escritos, el estudiante contestará *una* pregunta escogida libremente de las siguientes:

1. Describa el orgullo de Babilonia según expresiones que se hallan en el cap. 47.

2. ¿Qué aprendemos de la caída de Babilonia en los caps. 46 a 48?

3. En medio de esta profecía de la ruina de Babilonia se hallan muchas promesas para Israel. ¿Cuáles se cumplieron en el retorno bajo Zorobabel y cuáles —en su opinión— quedan por cumplir?

CAPÍTULO XIV

EL SIERVO DE JEHOVA

(Cap. 49 a 57)

El siervo bueno y fiel, caps. 49 y 50

La doble misión del Señor, 49:1-6.—He aquí la segunda «canción del Siervo», que consiste esencialmente en una elocuente proclamación de la naturaleza de su misión. Otra vez hallamos el doble sentido que se da al nombre de «Siervo» que se llama «Israel» en el v. 3. Pero, obviamente, la profecía pasa mucho más allá de la nación de Israel, aun considerándola como «idealizada», pues en el v. 5 el Siervo se distingue muy claramente de «Jacob» y de «Israel», a los cuales ha de restaurar a su Dios. Notemos: a) *El llamamiento del Siervo* para ser un instrumento eficaz en toda la Obra de Dios (49:1-3). b) *El cansancio del Siervo.* Hubo momento en la Misión del Siervo cuando, frente a la flaqueza y la incomprensión de los suyos, y la fiera oposición de los enemigos, parecía que todo era fracaso, pero vuelve a animarse y remite la causa con fe a su Dios (49:4). c) El Siervo está llamado a restaurar a Israel (49:5). d) No sólo redime al pueblo escogido, sino que extiende la luz de la salvación hasta los fines de la tierra (49:6) (comp. Luc. 2:32).

La humillación se troca en gloria, 49:7-13.—El énfasis aquí recae sobre el «Siervo-pueblo», y se reitera la promesa de que la humillación se ha de trocar en gloria en el momento cuando

su esparcimiento terminará y los hijos de Israel se restaurarán a la tierra. Las promesas de protección y de guía que Jehová da a su pueblo son hermosísimas, y se halla un reflejo del v. 10 en el bello cuadro de Apoc. 7:16 y 17. Al mismo tiempo descubrimos indicios de la Misión del *Siervo* único y escogido, quien, después de ser «despreciado de los hombres» y «abominación de la nación» (49:7, Vrs. Mod.), llega a elevarse por encima de los reyes de la tierra, siendo medio de salvación y «pacto» para el pueblo.

El triunfo de Sión, 49:14-26.—Ninguna profecía señala más claramente que ésta el alcance de las promesas que Dios da a su pueblo Israel (49:17-23), que se basan en su tierna compasión e inquebrantable fidelidad, sobrepujando éstas al amor de la mujer por el hijo de sus entrañas (49:15 y 16). Jehová es, además, el defensor de su pueblo, y hará que sus opresores beban de la misma copa de amargura que ellos presentaron al pueblo (49:24-26).

Los pecados separan de Dios, 50:1-3.—Durante los últimos años de la monarquía en Judá se vio claramente que se había producido una separación entre Dios y su pueblo, lamentándose éste de que Jehová les había «divorciado» o «vendido»; el mensaje profético hacer ver que fue el *pecado* del pueblo lo que había motivado esta triste separación, con la flaqueza consiguiente. La mano de Dios no había perdido su fuerza y había de extenderse para la salvación de su pueblo, pero antes tenía que solucionarse el problema de la rebelión de Israel.

La tercera «Canción», el Siervo aprende y sufre, 50:4-9.—Esta «canción» presenta el servicio y los sufrimientos del Siervo de una forma maravillosa. Siendo «sabio» e «instruido», aun presta su oído cada mañana, cual un discípulo, para recibir el mensaje divino, con el fin de poder dar una palabra en sazón al cansado. Acordémonos de los períodos que el bendito Salvador pasó en las soledades, en oración al Padre. Pero este ministerio, tan lleno de gracia y de poder, suscita la oposición de

los soberbios, quienes le martirizan y le afrentan. Sin embargo, él pone su rostro «como un pedernal» (comp. Luc. 9:51) y no se avergüenza, ya que está cumpliendo la voluntad divina. Tras el sufrimiento y la vergüenza externa vendrá la gloria suya y la destrucción de sus enemigos, como si fueran una prenda apolillada. En todo esto el Siervo nos ha dejado ejemplo, para que nosotros andemos en sus pisadas (1 Ped. 2:20-25).

El camino de la fe, 50:10 y 11.—Entre los israelitas piadosos que vivían en los tiempos calamitosos que vinieron sobre el pueblo por causa de su pecado, había muchos que escuchaban la voz profética (anticipando la del Siervo), y que deseaban de todo corazón seguir al Señor. A pesar de ello, tenían delante un camino tenebroso y difícil, envueltos en los juicios generales. No tenían que desmayar, sin embargo, sino apoyarse en el brazo de su Dios. Los hombres carnales procuraban vencer las tinieblas por medio de «fuegos fatuos» —centellas de las hogueras de los esfuerzos humanos—, pero esta «sabiduría» es locura delante de Dios, y en dolor serían sepultados. Mientras tanto, la fe del creyente, aparentemente una locura, resulta ser la verdadera sabiduría que le enlaza con los planes eternos de Dios.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Al redactar trabajos escritos, el estudiante podrá escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. Analice la segunda canción del Siervo (49:1-6), señalando la parte que corresponde
   a) a Israel.
   b) al Mesías.
   c) a las naciones.
2. Estudie el cap. 49, discurriendo sobre frases que señalan:
   a) la ternura de Jehová frente a su pueblo.

b) la maravillosa multiplicación del pueblo en el tiempo del fin.

c) la colaboración de las naciones en el retorno de Israel a Palestina.

3. Analice la tercera canción del Siervo (50:4-7), notando el cumplimiento de varias de sus frases durante el ministerio terrenal del Señor. Cítense los versículos apropiados de los Evangelios.

CAPÍTULO XV

EL PREGÓN DE LA LIBERACIÓN

51:1-52:12

Lo pasajero y lo eterno, 51:1-8.—Jehová exhorta al Resto fiel de Israel («los que seguís justicia») a contemplar lo que él ha hecho a través de la historia del pueblo, convirtiendo un solo hombre en una nación populosa (51:1-3). Esto ilusta los caminos del Eterno, cuya salvación y justicia, manifestaciones de sus altos consejos, permanecerán después de desaparecer el universo en su forma actual (51:6) y cuando los hombres perversos se habrán perdido cual un vestido apolillado (51:7 y 8).

Dios cumplirá todos sus propósitos, 51:9-16.—El llamamiento «¡Despiértate!» se repite tres veces en estas secciones, y este refrán da unidad al pasaje. En el primero, el Resto se dirige a Jehová, pidiéndole que repita las grandes hazañas de Egipto a favor de su pueblo cautivo (51:9). En los otros dos, es el Señor quien ordena al pueblo que sacuda el sueño y que se ponga en pie para revestirse de «fortaleza» y de los hermosos vestidos de salvación que él mismo ha provisto. Volviendo a nuestra sección, vemos que la voz profética asegura que Dios no dejará de despertarse para efectuar la amplia salvación de Israel (31:11). Luego Dios mismo habla, renovando la exhortación: que pierdan todo temor al hombre, cuyas actividades son tan insignificantes comparadas con la gran obra del Siervo. Esta tendrá su consumación en los cielos nuevos y tierra nueva (51:16, Vers. Mod.). Israel volverá a cumplir su misión esencial que se expresa en el v. 16: «En tu boca he puesto mis palabras» (com. 51:2-4).

La aflicción presente, 51:17-23.—Las promesas se cumplirán, pero la terrible copa de dolor habrá de beberse antes, a causa de la continua rebeldía de la mayoría. Nótense las figuras que expresan la humillación de Israel en los vs. 17, 20 y 23, comparándolas con lo que hemos leído en nuestros días de los horrores de los campos de concentración de los nazis, en los que millones de judíos perdieron sus vidas después de sufrimientos indescriptibles.

La esposa se viste, 52:1 y 2.—En el cap. 47 notamos la descripción de la caída de Babilonia bajo la figura de una señora aristocrática y orgullosa que pierde toda su categoría y es humillada hasta el polvo. Aquí hallamos la metáfora a la inversa, pues Sión, tanto tiempo cautiva, afligida y humillada, ha de levantarse del polvo para vestirse de novia, sentándose luego cual reina sobre el trono que Dios le prepara.

Un nuevo Éxodo, 52:3-12.—Se renuevan las promesas, y las buenas nuevas se anunciarán a Jerusalén por el Mensajero (52:7) y por los atalayas (52:8), motivando gran regocijo (52:9). La obra de salvación se lleva a cabo por el mismo Señor a la vista de todas las naciones (52:10). Los sacerdotes que habían de llevar los vasos del Templo de Babilonia a Jerusalén tenían que santificarse, huyendo de las inmundicias del paganismo, pero la exhortación se dirige también a todo aquel que es llamado a ministrar por medio de las cosas santas, pues «Babilonia» es figura de todo falso sistema religioso. Pablo aplica el hermoso v. 7 a aquellos que predican el Evangelio en nuestra dispensación; en su aplicación de la cita, el Mensajero único se ha convertido en multitud de anunciadores de la Buena Nueva (Rom. 10:15).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

En la redacción de trabajos escritos, el estudiante podrá escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. Discurra sobre la historia pasada, presente y futura de Israel empleando frases sacadas del cap. 51. ¿Quiénes son «los que seguís la justicia»?

2. Comente sobre 52:7 y 8, notando su contexto y también el uso que el apóstol Pablo hace del v. 7 en Rom. 10:15.

Capítulo XVI

EL PRECIO DEL PERDÓN

52:13-53:12

Los sufrimientos y la exaltación del Siervo, 52:13-15.—Aquí empieza la *cuarta canción del Siervo*, que es la más importante y sublime de todas ellas, pues incluye no sólo los versículos de esta sección, sino todo el capítulo 53. Hasta aquí se han presentado varias características del Siervo y de su ministerio, pero ahora hemos de aprender el misterio más hondo: su misión sólo pudo cumplirse por medio de los sufrimientos, y por el sacrificio vicario de sí mismo. Parece increíble que muchos eruditos modernistas procuren limitar esta porción a las experiencias del «Siervo-Pueblo» de Israel, o a las de algún profeta, pues se destaca tan claramente una Persona única, cuya gloria excelsa no sufre mengua, aun cuando pasa por experiencias de hondo dolor y de vergüenza frente a los hombres ciegos e incrédulos. Los vs. 13-15 presentan el dramático y paradójico *contraste* entre el Siervo cuyo aspecto queda más desfigurado que el de cualquier hombre (52:14, Vers. Mod.), y el momento de su glorioso ensalzamiento, cuando los reyes de la tierra han de enmudecer delante de él. Pero por medio de los sufrimientos podrá «rociar muchas gentes» en el poder del Espíritu Santo.

La humillación y el rechazamiento del Siervo, 53:1-3.—El mensaje de la Cruz es un ejemplo del «brazo de Jehová», o sea, de

su poderosa operación a favor del hombre, pese a que, para la mente carnal, constituye un gran misterio: ¿quién lo cree, o quién puede recibir la revelación? No se debe aplicar el v. 2 a la apariencia física de nuestro Señor, pues en todo era el perfecto Hijo del Hombre, sino a la ausencia de los atractivos de la fuerza y la gloria humanas que los hebreos consideraban imprescindibles para la obra del Mesías.

Téngase en cuenta que la voz profética aquí se halla en la boca del resto fiel, que se identifica con la nación toda al confesar el crimen del rechazamiento del Mesías: «Como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos.»

Los sufrimientos vicarios, 53:4-6.—La palabra «vicario» significa «en luchar de otro», o sea, «sustitucionario». Aquí el resto piadoso llega a la comprensión de que aquel que sufre indeciblemente, en circunstancias vergonzosas, y en aparente debilidad, lo hace *por amor a ellos* y en su lugar. *Ellos* se habían extraviado cual ovejas; *ellos* habían transgredido la santa ley de Dios y se habían cargado de iniquidades, mientras que él se hallaba bajo el peso abrumador de todo el mal. Téngase en cuenta que el israelita consideraba el sufrimiento como el castigo que Dios daba al pecado, del modo en que sus reyes fueron castigados en la medida de su apartamiento de Jehová y bendecidos al acercarse a Dios. Por eso el concepto del *sufrimiento vicario* les fue muy extraño y difícil de comprender. Cada frase merece reverente consideración, y en este pasaje se funda toda la doctrina de la muerte sustitucionaria y expiatoria del Cristo tal como fue desarrollado por los Apóstoles (2 Cor. 5:14 y 21; 1 Ped. 2:22-25; Hebreos 2:9 y 9:26. 1 Juan 4:10, etc.).

La historia profética de la pasión, 53:7-9.—He aquí los acontecimientos del día de la Pasión vistos a la luz profética, que se enfoca en ciertos rasgos significativos. El lenguaje es difícil aquí, y las traducciones varían en cuanto al detalle (léase en la Vers. Mod.), pero el cuadro es claro en lo esencial. El Cordero se presenta humilde y callado, sin querer justificarse ante sus jueces; sufre opresión y juicio hasta ser «cortado de la tierra de los vivientes», los hombres dispusieron que su precioso Cuerpo fuese echado a la fosa común de los ajusticiados, pero Dios ordenó que fuese con «los ricos en su muerte».

La cosecha de la Cruz, 53:10-12.—La resurrección de nuestro Señor se halla implícita en el v. 10, pues aquel que fue «cortado de la tierra de los vivientes», y quien había «puesto su vida en expiación por el pecado», «verá linaje, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada». No sólo vive, sino que «ve el fruto del trabajo de su alma», o sea: de los «dolores de parto» de la Cruz resulta una descendencia espiritual. La porción termina con una nota de triunfo, enlazándose la victoria con los padecimientos (53:12).

Salta a la vista la enorme importancia de esta porción tan conocida y amada. Ella enlaza el Evangelio con la revelación del Antiguo Testamento de la forma más clara posible, y la clarísima expresión del carácter sustitucionario del sacrificio del Mesías pasa íntegramente a las enseñanzas inspiradas de los Apóstoles del Señor cuando tratan del tema. Fue la gran prueba ante Israel de que Jesús crucificado era el Mesías esperado. Una minoría en Israel lo ha comprendido ya, junto con los convertidos de entre los gentiles que forman la Iglesia, pero un día todos los israelitas «verán a aquel que traspasaron» (comp. Lucas 24:26 y 27; 45-47; 2 Cor. 5:21; 1 Ped. 2:21-25; 3:18).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Al redactar trabajos escritos, el estudiante podrá elegir libremente una de las preguntas siguientes:

1. Discurra sobre el contraste entre la humillación y el ensalzamiento del siervo en 52:13-15.
2. ¿Quiénes hablan en el pasaje 53:2-6, usando el pronombre «nosotros»? Discurra sobre lo que, en un momento, no comprendieron, y sobre lo que, después, llegaron a entender.
3. Trace analogías entre 53:7-9 y detalles de la Pasión en los Evangelios.
4. En los vs. 10-12 se habla por tres veces del «alma» o «vida» del Siervo (el vocablo hebreo es idéntico). ¿Qué se dice de ella en los tres casos? ¿Cuál es su importancia doctrinal?

CAPÍTULO XVII

LA ANTICIPACIÓN DEL EVANGELIO

(Caps. 54 y 55)

La ternura del «Marido» de Israel, 54:1-17.—Los sufrimientos del Siervo de Jehová han pasado, y, como resultado de ellos, el profeta puede prorrumpir en este gozoso canto, que se basa principalmente en la figura de Israel como «esposa» de Jehová, dejada por algún tiempo a causa de su pecado, pero ahora recogida, bendecida y fructífera, hasta tal punto que tiene que ensanchar sus tiendas para dar cabida a su familia. Como en los capítulos 1 a 3 de Oseas, esta figura da lugar a conmovedoras expresiones de ternura y de cariño, al contemplar Jehová a la amada esposa restaurada y hermoseada (54:7, 8, 10 y 11).

Sin embargo, el amor de Jehová no está nunca divorciado de su justicia, y es interesante comparar los vs. 14 y 17 con 53:11: «Por medio de la justicia serás hecho estable» (54:4, Vers. Mod), declara el Señor. Pero Israel no poseía justicia alguna propia, sino, al contrario, el baldón del pecado. Así añade el Señor: «Su justicia viene de mí» (54:17). ¿Por cuál medio? La contestación se halla en los sufrimientos del Siervo de Jehová descritos en el capítulo 53: «Con su conocimiento (que se basa en la obra de la Cruz) justificará mi Siervo justo a muchos» (53:11).

Los perseguidores de Israel deberían temblar ante las declaraciones de los vs. 15-17: «El que contra ti conspirare, delante de ti caerá.» Dios juzga y bendice a su pueblo, pero los gentiles harían bien en respetarlo, aun en las épocas de su decadencia espiritual.

El llamamiento de la gracia, 55:1-13.—El sabor evangelístico de este hermoso y conocido capítulo no ha de cegarnos al hecho de que se dirige a *Israel,* y llama al pueblo a acudir para disfrutar de la abundante provisión de gracia que surge de la redención del pueblo por la obra del Siervo de Jehová; de nuevo el tema principal es la restauración de Israel a su tierra. Con todo, los principios de la obra de Dios son eternos, y en nuestra dispensación también los sedientos pueden venir a las aguas para satisfacer su sed y en todo momento la fuente es la que se abrió en el Calvario (comp. Juan 4:14; 7:17; Apoc. 21:6). En todas las épocas se exhorta a los hombres a que busquen al Señor mientras pueda ser hallado, ya que las oportunidades pasan, y el juicio para los rebeldes es seguro. ¡Cuán elevados son los pensamientos y los caminos de Dios y cuán poderosa y eficaz es su Palabra! (55:10 y 11). En primer lugar, aquí la «palabra» equivale al decreto divino en cuanto a la bendición de Israel, pero todos los términos pueden aplicarse igualmente al mensaje del Evangelio, que resulta en la gloria y la bendición de la Iglesia. Los hermosos vs. 12 y 13 tienen su sentido literal en relación con las bendiciones del milenio, pero la obra de Dios siempre tiende a convertir el árido desierto en florido vergel, sea en el sentido material o espiritual.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Al redactar trabajos escritos, el estudiante podrá escoger una pregunta libremente de las siguientes:

1. Discurra sobre la figura de Jehová como «Marido» de Israel. ¿Donde se anunció la unión? ¿Cuál ha sido la infidelidad de la esposa? ¿Cuándo y cómo se renuevan las relaciones?

2. Explique los versículos y referencias siguientes:
   a) «Venid a las aguas».
   b) Pacto eterno, «las misericordias de David».
   c) «Yo lo di por testigo a los pueblos».
   d) Los vs. 8 y 9.
   e) El v. 12.

CAPÍTULO XVIII

AMONESTACIONES Y PROMESAS

(Caps. 56 y 57)

La justicia práctica, 56:1-8.—El hombre no se salva por sus obras, ni bajo el antiguo pacto, ni bajo el nuevo, pero es posible que indiquen un estado de corazón que permita que Dios bendiga a quien obre, siempre en vista de la obra de expiación que se realizó en la cruz. Por eso dice el profeta: «Guardad derecho y haced justicia, *porque cercana está mi salvación* (56:1). El guardar el sábado, bajo el antiguo régimen, siempre que se hacía con el deseo de servir y honrar al Señor, indicaba que los israelitas respetaban la «señal del pacto», y que estaban dispuestos a sacrificar sus intereses materiales al apartar un día cada siete para el Señor. La obligación se terminó en la cruz, pero el principio de honrar al Señor con nuestro tiempo en el «primer día de la semana» ha pasado a la nueva dispensación. Notemos que los extranjeros (prosélitos) tenían plena parte en las promesas, pues no es el linaje lo que permite que fluya la bendición de Dios, sino la actitud del corazón. De igual modo el eunuco piadoso recibe consuelo por su pérdida de familia (56:3-8). Esta nota de *universalidad* anticipa el mensaje del Evangelio, y podemos notar que el Maestro citó el v. 7 cuando limpió el templo (Mat. 21:15).

Los falsos pastores, 56:9-12.—He aquí una fuerte denuncia de los falsos guías de Israel, que debieran haberse entregado a

los arduos trabajos como «pastores» del rebaño de Israel, vigilando también sobre el pueblo cual atalayas. Lejos de eso, despojaban al rebaño, pasando su tiempo en banqueteos y borracheras. ¡Por eso todas las bestias del campo (las naciones paganas en derredor) podían acudir para devorar el rebaño, ya que los pastores se habían olvidado de su deber! (56:9-12). ¡Falta hacía que viniera el «Buen Pastor»! Por contraste podemos deducir lo que *debieran* ser los pastores en todas las épocas.

El lastimoso estado del pueblo, 57:1-13.—En un espíritu y sentir exactamente análogos a los de la primera parte de la profecía (caps. 1 a 37), el profeta analiza los pecados del pueblo *en la tierra,* con referencia especial a su idolatría, pues servía descaradamente al «Rey» (57:9), o sea, «Melkart» (Moloc) el fiero «dios» de los amonitas, a quien sacrificaban sus niños. Desde luego, estas condiciones precedieron al cautiverio, y no podían describirse en estos términos por un profeta del exilio. ¡Dichoso el justo que fuese recogido antes de caer sobre Israel el terrible castigo que se avecinaba! (57:1).

La renovación de la promesa, 57:14-21.—La promesa se renueva en gracia: «Visto he sus caminos, *y le sanaré...*» (57:18). Después de la denuncia del pecado, habríamos esperado más bien la amenaza del juicio, pero Dios siempre tenía delante de sí la ofrenda expiatoria del siervo, y por eso la puerta del perdón y de la bendición queda abierta ante los arrepentidos.

Los sublimes vs. 15 y 16 consuelan al «justo» durante la larga espera, antes de cumplirse la promesa de bendición final, pues el «Alto y Sublime», cuya morada es la eternidad, habita *también* con aquel que es de espíritu contrito y humilde. Se anticipa a las enseñanzas del Nuevo Testamento, que nos hacen ver cómo Dios el Espíritu mora en los creyentes, obrando en sus corazones (Juan 14:17; Fil. 2:13).

«Pero los inicuos son como la mar en tempestad... no hay paz, dijo mi Dios, para los impíos.» La gracia de Dios está a la disposición de todo aquel que la quiere, pero no se puede chancear con Dios (57:4, Vers. Mod.) y el que rechaza la gracia se hallará envuelto en la agitación y la suciedad (como de un mar

turbado) que él mismo escoge. Así esta sección termina con el mismo refrán que hemos anotado en 48:22.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Al redactar trabajos escritos, el estudiante podrá escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. ¿A quiénes se dirigen los oráculos de los capítulos 56 y 57? ¿Se hallan aún en Jerusalén o en el destierro?

2. ¿Enseña 56:1-7 que los hombres se salvan por sus propias obras de justicia y por guardar el sábado? Comp. con 56:12 y 57:15, deduciendo el verdadero sentido de «justicia» en estos capítulos y pasajes análogos.

3. ¿Había esperanza para el extranjero en el Antiguo Testamento? Conteste por referencias a caps. 56 y 57, con Números 15:14-30.

Capítulo XIX

OBSTACULOS QUE IMPIDEN LA MANIFESTACIÓN DEL PODER DE DIOS (Caps. 58 y 59)

La vanidad de la religión externa, 58:1-7.—Los caps. 58 y 59 forman una transición entre la última sección y el anuncio más completo de la gloriosa restauración del pueblo, y tratan de los obstáculos que impiden la intervención de Jehová para salvar a su pueblo. En primer término se señala el ritualismo. Los profetas no denuncian el ritual como cosa mala en sí, pues Dios mismo dio una serie de complicadas ordenanzas rituales a Israel por medio de Moisés, sino que recalcan constantemente la necesidad de dar sentido espiritual al rito externo. Aquí se trata especialmente del ayuno, o sea, la abstinencia de viandas, acompañada de señales externas de dolor, que parecía ser una prueba de humildad y de la determinación del pueblo de buscar al Señor (58:2). De hecho, tal como se practicaba en Jerusalén, no significaba sumisión del corazón, y los pudientes no dejaban que sus criados descansasen: «Halláis *vuestro propio gusto,* y exigís todos vuestros trabajos» (58:3; Vers. Mod.). La parte meramente externa se destaca en el v. 5, pero «obras son amores y no buenas razones», y Jehová deseaba ver fruto práctico en la liberación de los esclavos y en el auxilio a los hambrientos (58:6 y 7).

Las condiciones de la bendición, 58:8-14.—Por boca del profeta, Dios da preciosas promesas a su pueblo. Les ha de dar luz y gloria en lugar de tinieblas (58:8); les ofrece auxilio, pues Dios

mismo se pondrá a la disposición de su pueblo (58:9); recibirán guía y satisfacción perpetuas (58:11); reedificarán las ruinas antiguas, recibiendo la plenitud de la herencia (58:12-14). Pero el cumplimiento de las promesas depende de ciertas condiciones, como se indica por la reiteración de las palabras «entonces» y «si». Israel había de manifestar verdadero amor al prójimo, honrando al Señor de corazón en su día santo, y solamente *entonces* recibirían las bendiciones con las cuales Dios deseaba colmarles. Toda bendición dimana de la *gracia de Dios*, pero estas obras indicaban que había en el israelita la debida disposición para poderla recibir.

Como reglamento externo y legalista, el sábado no significaba nada, pero si el israelita se deleitaba en dejar sus propias cosas un día cada siete para buscar al Señor y adorarle, llegaba a ser una de las manifestaciones más claras de la actitud del hombre fiel que agradaba a Dios.

Más obstáculos a la bendición, 59:1-8.—Estos dos capítulos adelantan la contestación a la pregunta de Israel: «¿Por qué no nos salva Jehová, a pesar de nuestro celo religioso?» El cap. 58 señaló la vanidad de la religión externa, mientras que éste analiza en detalle el estado moral de la nación. Desde luego, el «brazo de Jehová» no se había acortado; en otras palabras, el poder salvador del omnipotente no sufre mengua en ningún momento (59:1), pero la manifestación de su fuerza se limitaba por el obstáculo del pecado del pueblo: «*Vuestras iniquidades* han hecho división entre vosotros y vuestro Dios» (59:2). Notemos las gráficas metáforas de los vs. 5 y 6, y veamos cómo Pablo recoge este análisis del pecado de Israel en aquel tiempo para señalar la depravación moral de todos los hombres en todo tiempo (Rom. 3:15).

Una confesión detallada, 59:9-15.—Hay cambio de persona en el v. 9, pues antes «ellos» eran los pecadores, mientras «nosotros» corresponden a los arrepentidos de entre Israel que confiesan personalmente sus pecados: «Por esto se alejó de *nosotros* el juicio..., porque *nuestras iniquidades* se han multiplicado contra tí.» Notemos el *detalle* de la confesión de los vs. 12 y 13, y aprendamos que la verdadera confesión no consiste en

frases vagas, tras las cuales se pone a salvo el amor propio, sino en el claro reconocimiento de los pecados concretos que hemos cometido; sin esta sinceridad carece de eficacia. Tal es la confesión de 1 Juan 1:9.

El triste cuadro termina con la completa bancarrota moral de los hombres y la falta absoluta de quien pudiese salvarles (15b y 16a): «Jehová vio que no había justicia. Vio también que no había hombre, y quedó asombrado.»

La intervención de Jehová, 59:15b-21.—Llegamos a la culminación de siempre: la intervención directa de Jehová, cuyo «brazo», no acortado, sólo puede salvar. Desde luego, Dios intervino maravillosamente en los asuntos de Israel y de los hombres por medio de la Encarnación del Hijo, que juntamente con la Cruz y la Resurrección construye la base firme que sustenta toda otra intervención. Aquí se trata de la segunda venida, con la manifestación del poder del Señor. Notemos los tres resultados: la destrucción de los enemigos (59:18), la manifestación universal de la gloria de Dios (59:19) y la redención de Israel (59:20).

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

Al redactar trabajos escritos, el estudiante podrá escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. ¿Cómo contesta el profeta la pregunta de los «religiosos» de Israel? ¿Por qué no nos salva Jehová de nuestras aflicciones?

2. ¿Cómo se describen las obras meramente humanas en el capítulo 59? ¿Qué significa el cambio de pronombre («ellos», «nosotros») en 59:9? Considere lo que precede y lo que sigue a este versículo.

3. Hay dos referencias al Espíritu Santo en 59:16-21. Comente sobre estas referencias en su contexto.

CAPÍTULO XX

EL FIN GLORIOSO DE LA OBRA DE DIOS

(Caps. 60 a 66)

La luz de la aurora, 60:1-3.—«¡Levántate, resplandece, oh Sión, que ha venido tu lumbre y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!» Así se describe la bendición de Israel después de la intervención de Jehová con poder para salvar a su pueblo. La similitud es la de la aurora, cuya luz aumenta rápidamente hasta inundar toda la tierra de gloria. Esta luz, cuyo potente foco será Sión, atraerá todas las gentes a su resplandor.

El himno de la ciudad santa, 60:4-22.—El profeta hace un llamamiento a Sión redimida, exhortándola a alzar sus ojos y contemplar maravillada y extasiada las glorias de su nuevo estado, que se describen luego en elocuentes y poéticas estrofas. Los hijos desparramados se reúnen, cual numerosa familia alrededor de una madre gozosa (60:4 y 5a). El comercio mundial hallará su centro en Jerusalén, acudiendo las caravanas con las riquezas del oriente. Desde el occidente vienen las naves de Tarsis, trayendo, además de ricos tesoros, a los hijos dispersos (60:5b-9). Los extranjeros cooperarán en la reconstrucción de Jerusalén, que permanecerá tan segura que las puertas estarán continuamente abiertas. La nación que no se someta, perecerá (60:10-16). Las metáforas del v. 17 señalan las grandes riquezas de Sión, pero la mayor gloria será la presencia manifestada del Señor (60:19 y 20).

La bendición moral y espiritual es la base de todo lo demás, pues «tu pueblo, todos ellos serán juntos», siendo toda esta hermosa plenitud la obra de Jehová (60:21; comp. 61:6). A nosotros nos parece que la bendición tarda, pero vistas las cosas dentro de la perspectiva de la eternidad, Dios declara: «Yo, Jehová, *me apresuraré* a hacer esto *a su tiempo*» (60:22, Vers. Mod). Parece ser que, a través del Milenio, se vislumbran las glorias de la nueva creación (60:19 y 20; comp. Apoc. 21:23-25). Esta extensión de la visión es normal dentro de la perspectiva profética.

El Mensajero, 61:1-3.—La salvación que Dios trae a su pueblo se anuncia en términos elocuentes por un heraldo. En primer lugar, éste pudo ser Isaías, ungido por Dios como profeta para dar a conocer los propósitos divinos, pero la perfección de la obra y la gloria de la persona, nos hacen pensar en otro Mensajero, el Verbo eterno encarnado, quien sólo pudo realizar la misión de «vendar a los quebrantados de corazón» y libertar a los cautivos de Satanás. En efecto, el Señor Jesucristo aplicó a sí mismo esta profecía en la sinagoga de Nazaret (Luc. 4:17-21), diciendo: «Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos.» Esto no quiere decir que toda la profecía se cumplió durante la primera manifestación del Señor, pues, juntamente con el «año de la buena voluntad de Jehová», se proclama también «el día de la venganza de nuestro Dios», de modo que la profecía abarca toda la obra de Dios para con Israel hasta la restauración total. Como hemos visto en las «canciones del siervo», la obra de expiación y redención, que corresponde a la primera venida de Cristo, es la base de toda otra obra divina, sea en relación con Israel, sea en la Iglesia o frente al mundo.

Meditemos en la gracia y el amor que caracterizan la misión del Mensajero, ungido por el Espíritu de Dios para la realización de la obra de redención: a) La proclamación de las buenas nuevas a los «mansos», es decir, a los humildes de corazón que sólo pueden recibirlas; b) vendar a los quebrantados de corazón; c) proclamar libertad a los cautivos, al par que anuncia venganza sobre los enemigos de Israel; d) consolar a los afligidos; e) transformar y hermosear a su pueblo.

El pueblo redimido, 61:4-9.—Otra vez se presenta el glorioso cuadro de Israel restaurado y grandemente bendecido, ayudado por los extranjeros que ya se han sometido a él. Frente al mundo será como nación de «sacerdotes» y de «ministros de Dios», lo que recoge el propósito original de Dios en orden a su pueblo (Ex. 19:6). En esta dispensación, y en sentido espiritual, los creyentes ocupan la misma posición (1 Ped. 2:5 y 9).

El canto de la novia, 61:10 y 11.—Jerusalén, revestida de salvación y de justicia, de la forma en que se engalana una novia de sus joyas, canta con alegría al comprender lo que Dios ha hecho a su favor.

Fe, trabajo y oración, 62:1-9.—Se desarrolla el mismo tema, pero con una lección adicional y notable. El hecho de que la restauración de Israel a su tierra como esposa, antes dejada y ahora amada, había de ser obra de la gracia y del poder de Jehová (62:8 y 9), no mengua la responsabilidad del profeta, ni del resto fiel que representaba, de trabajar e interceder constantemente hasta ver cumplidos los propósitos de Dios (62:1, 6 y 7). Normalmente, Dios no realiza sus maravillas en un vacío, sino a través de sus hijos y siervos que se compenetran de sus designios, coadyuvando en su consecución por medio de sus constantes trabajos y oraciones.

Un llamamiento elocuente, 62:10-12.—El momento de la redención ha llegado, y el mensaje de Jehová se da a conocer por todo el mundo; se exhorta al pueblo disperso que prepare su camino, apresurándose a pasar por las puertas de Jerusalén. El profeta vuelve a proclamar en términos análogos a los del capítulo 40:1-10, que se prepare el camino para el retorno, y la unidad del estilo contradice la hipótesis del «tercer Isaías». El simbolismo del cambio de nombre se recoge en otro contexto en el Apocalipsis (comp. 62:2-4 con Apoc. 2:17 y 3:12), y hemos de recordar que en la Biblia el «nombre» siempre señala la esencia de la persona dentro del plan de Dios.

La contrición de la nación, caps. 63 y 64

«El que viene de Edom», 63:1-6.—He aquí un impresionante oráculo que representa al Siervo de Jehová al volver de aquella victoria sobre sus enemigos, que asegura la paz y la bendición para el pueblo de Israel. Considerado a la luz del contexto, y en relación con las muchísimas profecías ya estudiadas, no puede significar otra cosa que la intervención de Dios en juicio sobre las naciones rebeldes, entre las cuales se destaca Edom. Parece increíble que tanto los «Padres de la Iglesia», como los teólogos de la reforma, amén de muchos expositores modernos, hayan podido ver aquí el anuncio de la obra de Cristo, pues no coinciden más que frases aisladas. Basta notar que la sangre que tiñe los vestidos del vencedor no es la suya propia aquí, sino la de sus enemigos (63:3).

Habla el resto fiel, 63:7-19.—Desde el v. 7 hasta 64:12 habla el resto fiel, en acentos contritos de confesión, pidiendo que Jehová vuelva a manifestarse a su favor conforme a su misericordia pasada. La redención de Israel del poder de Egipto, juntamente con el tierno cuidado que Jehová mostró a favor de su pueblo en el desierto, se describen en términos conmovedores, destacándose el hermoso v. 9: «En toda angustia de ellos, él fue angustiado, y el ángel de su faz les salvó...» Cual Pastor divino, Dios había conducido a los suyos a través del mar, buscándoles los pastos y las aguas tranquilas de valles protegidos (63:11-14. Vers. Mod.). Pero, ¿dónde se hallaba tan amante Salvador en los días del lamento del resto? ¿Por qué no acudió en su auxilio? El resto se da cuenta de que el obstáculo consiste en el pecado del pueblo (63:16). Dios se llama «Padre» de Israel como nación, porque él, de forma señalada y especial, dio principio a la raza por medio del llamamiento de Abraham y de los patriarcas. Sin embargo, el Señor Jesucristo tuvo que enseñar a los rebeldes de su día que no podían invocar este parentesco al par que lo destrozaban por su orgullo y rebelión. La verdadera relación paterna existe tan sólo entre Dios y los «nacidos de nuevo» por el Espíritu (Juan 1:12 y 13; 3:3-8; 8:33-34; Gálatas 3:26).

Contrición y petición, 64:1-12.—Oimos la voz del resto fiel en todo este pasaje. Las circunstancias son tan adversas y la prueba tan prolongada, que los fieles exclaman: «¡Oh si rompieses los cielos y descendieres...!» No sólo quieren ver la salvación que Dios ha de traer, sino que anhelan que dé a conocer su Santo Nombre a los enemigos, para su mayor gloria (64:2). La *esperanza* alterna con el *gemido*, pero saben que de la manera en que Jehová obró con poder en el éxodo, así también ha de revelar maravillas hasta entonces desconocidas a favor de aquellos que le esperan (64:4). Pablo aplica el versículo a las glorias de la nueva dispensación en 1 Cor. 2:9. La *confesión* halla profunda y sentida expresión en los vs. 5 y 6, comprendiendo los fieles que aun sus *justicias* (la parte externa de su religión) eran como trapos de inmundicia delante de Dios... ¡Cuánto más abominables serían los crímenes de los apóstatas!

Históricamente, Daniel es un ejemplo del hombre pío, miembro del resto fiel, que hace suyos los desaciertos del pueblo infiel confesándolos delante de Dios (Dan. 9:1-19).

Tras la confesión se renueva el clamor para que Dios manifieste su gracia, en vista de la desolación de la tierra, pues aquí la visión profética de Isaías anticipa la destrucción del templo por Nabucodonosor (64:11). Siendo Dios el hacedor de su pueblo, el gran alfarero que da forma al barro y, siendo, además, el «Padre» de Israel, el resto suplica su intervención en gracia a pesar de los pecados de la mayoría (64:8-12).

Tinieblas y gloria, caps. 65 y 66

Los fieles y los apóstatas, 65:1-12.—En su infinita bondad, Dios se pone a la disposición aun de las naciones que no le conocen, diciendo: «¡Heme aquí! ¡Heme aquí!» Sin embargo, cuando se trata de Israel, nación sumamente privilegiada, extiende sus manos en vano a unos rebeldes que le vuelven las espaldas, al par que se entregan a toda suerte de abominación idolátrica (65:1-3). Parecía necesario condenar la nación a la destrucción total, pero en medio de ella se hallaban las «reliquias» como racimo bueno que se halla en medio de una vendimia de-

sastrosa, y su presencia hace posible que siga manifestándose la misericordia de Dios, confirmándose las promesas de bendición: «Así haré yo *por mis siervos*, que no lo destruiré todo» (65:8-10). Pero el juicio ha de caer irremisiblemente sobre los apóstatas «por cuanto llamé y no respondisteis; hablé y no oísteis» (65:12).

El final de los dos caminos, 65:13-16.—Los vs. 13-16 hacen clarísima distinción entre la suerte de los fieles y la de los rebeldes, dirigiéndose el mensaje a estos últimos: «vosotros». El nombre de éstos será para maldición, pero Dios dará un nombre nuevo a sus escogidos en consonancia con su nuevo estado de gloria y de bendición, de la manera en que se mudó el nombre de «Jacob» en «Israel» cuando el patriarca ganó su victoria espiritual y llegó a ser «Príncipe con Dios» (65:15, comp. 62:2-4).

El reino glorioso del milenio se describe de nuevo en los versículos 17-25, y en términos que recuerdan la gran profecía del capítulo 11. En parte se vislumbra un reino terrenal, donde se edifican casas y se plantan viñas, y donde, a pesar de una longevidad desconocida desde el diluvio acá, la muerte puede caer sobre el pecador (65:20 y 21). Pero el oráculo rebasa los límites de un reino terrenal, pasando a abarcar la nueva creación de los cielos y de la tierra, o sea, la renovación de todo el universo. El orden de los acontecimientos puede verse en Apoc. 20:1-21-1.

El culto verdadero, 66:1-4.—Estos versículos señalan la naturaleza del culto espiritual, que no depende de lugares especiales en la tierra, sino de la actitud del corazón humilde delante de Dios. Se anticipan las profundas enseñanzas que el Maestro dio a la mujer samaritana (Juan 4:21-24), y es conocido el uso que Esteban hizo de este pasaje al querer demostrar a los dirigentes de Israel que su apego al templo estaba divorciado de un verdadero culto espiritual (Hech. 7:49 y 50). No quiere decir que Moisés hizo mal en erigir el Tabernáculo, o Salomón en edificar el templo, pues los dos obraron por mandato divino, pero señala la vanidad de creer que lo material puede servir de algo si se ha perdido el contenido espiritual.

El porvenir del resto y el de los apóstatas, 66:5-24.—Este hermoso libro termina con la reiteración de sus grandes temas: el castigo de la parte apóstata del pueblo de Israel en el «día de Jehová» (66:15-18); la restauración del resto, del cual saldrá una nación entera con pasmosa rapidez (66:8-10); la manifestación repentina y gloriosa de Dios (66:5b, 14b y 15); la gloria del reino que se ha de establecer alrededor del nuevo Israel como centro (66:12-14; 20-24). Un detalle nuevo es la misión de los «escapados» (miembros del resto); predicarán a las naciones y recibirán el encargo de recoger a sus hermanos de la dispersión de todo el mundo. Suponemos que estos israelitas de la dispersión se habrán convertido durante el período de juicio, o por la manifestación de la gloria del Señor después del testimonio de que hemos hablado (66:19 y 20). Como hemos visto anteriormente, el Reino, en sus características esenciales, rebasa los límites del Milenio, haciéndose eterno en la nueva creación. La obra de Dios llega a su gran consumación.

TEMAS PARA RECAPACITAR Y MEDITAR

A los efectos de trabajos escritos, el estudiante podrá escoger libremente una de las preguntas siguientes:

1. Nómbrense seis de los temas típicos de Isaías que se hallan en caps. 60 a 66, con breves comentarios.

2. ¿Cómo se desarrolla en esta sección el tema mesiánico?

3. Pese a las descripciones de las glorias del reino futuro, se insertan oráculos que analizan los pecados de los moradores de Jerusalén. Señale estos pasajes, notando sus características más destacadas.

4. Hay varias referencias a «las naciones» en el tiempo del fin. Señálense, con referencia a su suerte final y función, distinguiendo entre los rebeldes y los sumisos.

APÉNDICE I

EL FONDO GEOGRAFICO E HISTÓRICO

Es imposible apreciar todo el sentido de los mensajes proféticos sin algún conocimiento de la posición geográfica de Palestina en relación con las tierras adyacentes, y sin adquirir alguna noción sobre la historia del período profético y las relaciones políticas de Israel y Judá con los pueblos vecinos. Si el estudiante se fija detenidamente en el mapa (pág. 193), verá que Israel ocupaba una posición eje entre las grandes potencias de Mesopotamia (cuenca de los ríos Eufrates y Tigris), por una parte, y Egipto, fertilizado por el Nilo, por otra parte. Palestina es de escasa extensión territorial y necesitaba ser muy fuerte para poder mantener su independencia frente a sus poderosos vecinos, que ocupaban vastos terrenos de gran fertilidad al Noreste y al Suroeste. Si se hubiese hecho fuerte en su Dios, su posición eje le habría dado una influencia predominante en todo el Medio Oriente; pero, fuera del auxilio divino, caía presa de la rapacidad de las grandes potencias que se disputaban la hegemonía del mundo antiguo. De hecho, no se realizaron las grandes posibilidades de la posición estratégica, excepto en los reinados de David y Salomón, que también correspondieron a épocas de flaqueza, tanto en Egipto como en Asiria. La debilidad se aumentó con la ocupación por los filisteos de la parte más fértil del país: el litoral mediterráneo, y, desde luego, se acentuó aún más después de la división de Israel en los reinos del Norte y del Sur en el reinado de Roboam. Judá resistió la presión de los enemigos más tiempo que Samaria, por estar más

alejada de las rutas de los grandes ejércitos invasores, y por su fuerte posición defensiva entre los altos de Judea; pero esto le habría valido de poco sin la piedad de algunos de sus reyes que sabían buscar auxilio en el «fuerte de Israel».

Al Oeste de Palestina se hallaba el Mediterráneo (el mar Grande), y al Este se extendían los desiertos del Norte de Arabia. Rodeando estos desiertos había un gran arco de tierras fértiles, el «creciente fértil», que empezaba en el Golfo Pérsico y seguía la cuenca de los ríos Eufrates y Tigris en dirección noroeste. Luego pasaba a Siria hacia el Occidente, doblando entonces en sentido Suroeste para pasar por Palestina (especialmente el litoral mediterráneo) y desembocar en Egipto, que, a causa de las inundaciones periódicas del Nilo, era una de las regiones más fértiles del mundo antiguo. Toda la historia del A. T., desde el capítulo 12 del Génesis en adelante, tiene que ver con el equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias de esta región con el movimiento de pueblos y de ejércitos por la ruta marcada por los ríos y el litoral de Palestina. Es fácil comprender la delicada posición de Israel, que actuaba de «estado-puente» entre tan poderosos y peligrosos vecinos: Egipto por el Sur, y Asiria o Babilonia al Noreste y al Este. Tal como se comprende por la historia secular, Israel guardó su independencia tan sólo en el momento en que tanto Asiria como Egipto pasaban por un período de flaqueza: es decir, durante los reinados de David y Salomón. Pero ya hemos notado que su debilidad no consistía en la escasez de tierra, ni en la proximidad de poderosos vecinos, sino en su olvido de Jehová de los Ejércitos.

LOS PUEBLOS CIRCUNDANTES

Siria

Siria, o Aram, era un territorio al Norte de Israel, de fronteras fluctuantes, cuya capital era la antigua y famosa ciudad de Damasco. Adquirió un sentido pleno de nacionalidad en la época de los primeros reyes de Israel, y hubo una marcada y prolongada rivalidad entre los dos pueblos. Fue dominado por David y Salomón, pero llegó a ser el gran enemigo del reino norteño después de la división, especialmente durante el período del ministerio de los profetas Elías y Eliseo. Perdió su poderío ante el creciente empuje de Asiria, pero aún pudo amenazar a Judá, en alianza con Israel, en los días de Acaz (Isa. 7:1-2).

Asiria

(Distíngase bien de Siria.) Este poderoso Estado ocupaba la cuenca de las altas aguas del río Tigris, y era el rival constante de la otra gran potencia de Mesopotamia: Babilonia. Las fortunas de las dos naciones (cuyas capitales respectivas eran Nínive y Babilonia) fluctuaban durante largos siglos, ganando la ascendencia primero una y luego otra, pero en el período que nos ocupa, Asiria era dueña del Oriente hasta la caída de Nínive en 612 (reinado de Josías). Los reyes de Asiria que más se destacan en la Historia Sagrada son los siguientes: *Tiglath-pileser* III (o Pul), con quien Acaz, en su loca incredulidad, hizo alianza, para poder hacer frente a Israel y Siria, aliados por el momento; de esta forma se puso bajo el poder de un enemigo mucho más temible que sus vecinos inmediatos. *Salmaneser*, seguido por *Sargón*, completaron la ruina del reino norteño, destruyendo la ciudad de Samaria, y llevando cautivos a los habitantes del país. Senaquerib era el enemigo de Ezequías, y perdió su ejército por la intervención directa del Señor.

Babilonia

Los babilonios se sublevaron contra los asirios en 625, y bajo la dirección de una sucesión de reyes enérgicos, lograron imponerse a sus antiguos amos, arrasando la ciudad de Nínive en 612. Lejos de aliviar la situación de Judá (Samaria ya no existía como nación), este cambio en el equilibrio de fuerzas políticas en Mesopotamia no hizo sino agravar el mal, ya que los reyes de Babilonia tenían la determinación de extender sus dominios hasta Egipto, y no podían sufrir la oposición del minúsculo Estado de Judá. Esta época corresponde al ministerio de Jeremías, quien, enseñado por el Señor sobre la inevitabilidad del castigo

de los judíos rebeldes e idólatras, aconsejaba la sumisión a Nabucodonosor. Los últimos reyes de la dinastía de David, débiles y obstinados a la vez, rechazaban sus consejos, y Jerusalén fue tomada y asolada en 587. La historia posterior de Babilonia se halla en el libro de Daniel, y es digno de notar que su enemistad constante contra la Jerusalén material determina el uso simbólico de «Babilonia» para representar el falso sistema religioso que Satanás crea como rival a la Jerusalén celestial (Apoc., capítulos 17 a 19).

Egipto

En esta época Egipto no era más que la sombra de la gran potencia antigua; pero, con todo, no se resignaba a desempeñar un papel secundario en la política internacional. La debilidad de Judá, después de la división del reino, permitió a Sisac que subiera a Jerusalén con visos de conquistador, y, por algún tiempo, el reino del Sur quedó bajo la influencia de este faraón. Egipto no pudo resistir el empuje de Asiria, sin embargo, y fue invadido por Sargón. Los últimos reyes de Judá insistían en buscar apoyo en Egipto para poder resistir la presión de Asiria y de Babilonia: política siempre denunciada por los profetas como una locura en sí, y que, además, deshonraba a Jehová. Las derrota del ejército del faraón Neco por Nabucodonosor en Carchemis (véase mapa) en 605, señaló el fin de Egipto como potencia mundial de primer orden. Para comprender las referencias a Etiopía (Isa. 18, etc.) hemos de tener en cuenta que durante una parte de este período una dinastía etíope se había apoderado del trono de Egipto, sin que cesaran en ningún momento las luchas intestinas.

Persia y Media

El Señor utilizaba las grandes potencias ya mencionadas como «varas de su ira», para castigar el pecado de su pueblo, pero ellas mismas tuvieron que segar la amarga cosecha de su orgullo, su violencia y su crueldad. Los juicios profetizados contra Babilonia (Isa. 13, 14, etc.) empezaron a cumplirse cuando

Persia, en unión con el pueblo vecino de Media (véase mapa), conquistó el país y tomó la gran ciudad (Dan. 5). El período pérsico corresponde a la segunda mitad del libro de Daniel, e incluye la restauración parcial de Israel a Palestina según los detalles de los libros de Esdras, Nehemías, con las profecías de Zacarías, Hageo y Malaquías. El libro de Ester pertenece al mismo período.

Grecia

El dominio de Grecia, bajo su gran rey, Alejandro Magno, no corresponde a ningún libro canónico, pero sus rápidas conquistas se presentan proféticamente en el libro de Daniel.

Edom

La raza descendió de Esaú, y se estableció en la región montañosa al Sur del Mar Muerto, haciéndose fuerte en las fortalezas del monte Seir, donde aún se admiran los restos de la ciudad de Petra. Los idumeos eran los enemigos milenarios de Israel, subyugados por los reyes poderosos del pueblo de Dios, y sublevándose contra los débiles. Se gozaban en las aflicciones que cayeron sobre Judá por mano de los reyes de Asiria y de Babilonia, sin que ellos mismos lograsen salvarse de idéntica suerte. Herodes era idumeo, y consiguió el trono de Judá en virtud de su casamiento con una princesa de la casa sacerdotal y real de los Asmoneos.

Moab

También era raza «pariente» por descender de Lot. Los moabitas habitaban la meseta que se extendía desde la costa oriental del Mar Muerto hasta el desierto de Arabia. Sus valles eran fértiles, y el país se prestaba a guerras defensivas. Hubiesen querido impedir la entrada de Israel en Palestina (Núm. 22 a 24), a pesar de que Israel no invadió su territorio cuando tomó posesión de la otra parte de Transjordania, del arroyo de Arnón hacia el norte. Como el caso de Edom, su fortuna fluctuaba en relación con la de Israel, y se gozaba igualmente en la ruina del

pueblo de Dios hasta que cayó el mismo desastre sobre ellos. Uno de los restos arqueológicos más interesantes es la Piedra Moabita, que fue descubierta en 1886, y detalla las guerras con Israel en el tiempo de Acab desde el punto de vista de Moab.

Filistea

Los filisteos tuvieron su origen en Creta (ant. Caftor), y eran un pueblo marítimo que alcanzó un alto grado de civilización. Por la época de los primeros Jueces de Israel, hacía incursiones en la costa de Egipto, y constituían un peligro grave aun para esta gran potencia. Rechazados por los egipcios, se posesionaron del litoral del Sur de Palestina en la época de debilidad que precedió al reinado de David, y fundaron sus grandes ciudades: Gaza, Askalón, Asdod, Ecrón y Gath. David pudo reducirlos a vasallaje, pero, con la división del reino, se sublevaron y se mantuvieron en un estado de semiindependencia hasta la invasión de los asirios, momento en que desaparecen de la historia. Su país era el «pasillo» (otro había en el valle del Jordán) por donde pasaban los ejércitos de las grandes potencias.

Fenicia

En el estrecho litoral entre las montañas del Líbano y el Mediterráneo se hallaban dos importantes ciudades mercantiles: Tiro y Sidón. Desde una fecha muy remota, se dedicaban a la navegación y el comercio, compensando así la exiguidad de su territorio y buscando, además de los mariscos que les proveían del tinte de la púrpura, fuente de una gran parte de su riqueza. Establecieron factorías en España (probablemente «Tarshis» o «Tartesso» designa la cuenca inferior del Guadalquivir), y fundaron la célebre ciudad de Cartago, que desempeñó papel tan importante en la historia primitiva de España. Tiro fue sitiada varias veces por los babilonios, pero no fue arrasada hasta la época de Alejandro Magno. Su rey era aliado de David y de Salomón, pero cayeron los fenicios bajo los juicios proféticos por su orgullo y por traficar con los cuerpos de los hombres, incluso con los israelitas después de su derrota (Eze. 27 y 28; Isa. 23, etc.).

APÉNDICE II

ESQUEMA CRONOLÓGICO

Profetas relacionados con las épocas históricas del A. T.

Fecha a. C.	PUEBLO DE DIOS INSTRUMENTO DE REVELACIÓN	PROFETAS	EGIPTO	IMPERIOS DE MESOPOTAMIA
Hasta 1850	Albores de la profecía	Enoc Noé	Hasta Dinastías XI y XII	Primer imperio en Babilonia Hamurabi
1850-1650	De Abraham a José	ABRAHAM	Dinastía semita de los HIKSOS	Varias ciudades Estados
1650-1280	Israel en Egipto		Hiksos expulsados NUEVO IMPERIO Ramsés II	Poderes fluctuantes
1280-1075	Desde el ÉXODO hasta el llamamiento de SAMUEL	MOISÉS Débora	Decadencia del Nuevo Imperio	Asiria empieza a adquirir importancia
1075-920	MONARQUIA UNIDA: Saúl, David, Salomón	SAMUEL Gad Natán ABÍAS (I Reyes 11:29-39)	Dinastías XXI y XXII Sisac	Divisiones permiten auge de Israel, y luego Hamat, Fenicia, etc.

Fecha a. C.	PUEBLO DE DIOS INSTRUMENTO DE REVELACIÓN		PROFETAS	EGIPTO	IMPERIOS DE MESOPOTAMIA
	JUDÁ DINASTÍA DAVÍDICA	ISRAEL (EFRAIM) Varias dinastías			
920	ROBOAM	Jeroboam I		Egipto, débil Siria, fuerte.	
910	Abías	Nadab			
	Asa	Baasa			
900					
890		Ela, Zimri, OMRI			
880					
870	Josafat	Acab (Jezabel)	ELÍAS (Norte) Micaya (Norte)		Auge del IMPERIO DE ASIRIA
850	Joram	Ocozías Joram			Salmaneser III
840	Ocozías (usurpadora Atalía)	Jehú	ELISEO (Norte) JOEL (Sur)		
830	Joas				
820		Joacaz			
810					
800	Amasías	Joás			
790	Uzías	Jeroboam II			
780					
770			JONÁS (Norte)		
760			AMÓS (Norte)		
750	Jotam	Zacarías Salún	ISAÍAS		Tiglat-Pileser III (Pul)
740		Manahem			
730	Acaz	Peka, Pecaía Oseas	OSEAS (n) MIQUEAS (s)		Salmaneser V Sargón II

Fecha a. C.	PUEBLO DE DIOS INSTRUMENTO DE REVELACIÓN		PROFETAS	EGIPTO	IMPERIOS DE MESOPOTAMIA
	JUDÁ	ISRAEL			
720	Ezequías	CAÍDA DE SAMARIA			
710					
700				ISAIAS	Asiria (Senaquerib)
690	Manasés				
680					
670					Esar-hadón
660					Assurbanipal
650				Cesa de ser potencia de primer orden después de su derrota en Carquemis (605)	
640	Amón				
630	JOSÍAS		Sofonías JEREMÍAS		Renovado IMPERIO BABILÓNICO. CAÍDA DE NÍNIVE (612)
620			Nahum		
610	Joacaz		Habacuc Abdías		
600	Joaquín (1.º cautiverio)		EZEQUIEL		FIN DEL IMPERIO ASIRIO Nabopolasar Nabucodonosor
590	Sedequías				
587	CAIDA DE JERUSALEN		DANIEL		
570					
560					
550					
540					
	Remanente judío vuelve bajo Zorogbabel y Sesbasar (538)				CAÍDA DE BABILONIA (539)
530					IMPERIO MEDO-PERSA
520	Templo edificado (516)		AGEO		Ciro
510			ZACARÍAS		Cambises Darío I
500					
490					
480					
470					
460	Esdras en Jerusalén		MALAQUÍAS		
450	Nehemías reedifica las murallas de Jerusalén				Artajerjes I
440					
430					

APÉNDICE III

LA CLASIFICACIÓN DE LOS LIBROS EN EL A. T. HEBREO

El contenido de nuestro Antiguo Testamento es igual al de la Biblia hebrea; pero, para comprender algunas referencias en el Nuevo Testamento, es necesario saber que la clasificación era distinta, ya que los judíos dividían los libros en tres grandes secciones, y éstas, a su vez, en algunas subdivisiones.

I. La LEY (TORAH) (Pentateuco): Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio (con nombres distintos que correspondían a sus primeras palabras en el texto hebreo).

II. LOS PROFETAS:

1. Profetas anteriores: Josué, Jueces, Samuel (I y II), Reyes (I y II).

2. Profetas posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel, «Los Doce» (Los profetas menores).

III. LOS ESCRITOS (hagiógrafa)

1. Los tres libros: Salmos, Proverbios, Job.

2. Los cinco rollos: El Cantar, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester.

3. Las historias: Daniel, Esdras-Nehemías, Las Crónicas (I y II).

Esto hace un total de 24 libros, contra 39 de Reina-Valera, pero el contenido es igual, ya que los hebreos juntaban libros que nosotros separamos. Nuestro orden se deriva de la versión alejandrina, o sea, la versión en griego del A. T., que se empleaba corrientemente entre judíos y cristianos de habla griega en el primer siglo. Desde luego, los libros apócrifos, «canonizados» por el Concilio Tridentino, no fueron nunca aceptados por los judíos de Palestina como libros inspirados de las «Escrituras».

De la clasificación que hemos adelantado, se destacan los puntos siguientes:

a) Para los hebreos los libros históricos eran también profecías, ya que tuvieron su origen en el ministerio profético (2.ª Cron. 9:29, etc.), y presentaban la historia de Israel con una finalidad moral y espiritual, haciendo ver cómo la verdadera prosperidad del pueblo dependía de su fidelidad a Dios, y cómo la siembra del pecado y la rebelión producía la cosecha inevitable de males morales y materiales que acarreaban el juicio de Dios.

b) Daniel se incluía entre las «historias» de la hagiógrafa por el fuerte elemento histórico que contiene, y por ser Daniel estadista antes que profeta; pero el Señor, siguiendo seguramente el uso de los judíos de Palestina, le llamó «profeta» y revalidó sus profecías.

Tengamos en cuenta que llamamos «profetas menores» a «Los Doce», no porque valen menos que los otros, o que tengan menor grado de inspiración, sino sencillamente porque son más breves sus escritos.

INDICE DE MATERIAS

Páginas

PREFACIO DE LOS EDITORES ... 5

Abreviaturas ... 7

INTRODUCCION A LOS LIBROS PROFETICOS ... 9

CAPITULO I. LA REVELACION DIVINA Y LA PROFECIA ... 9

El Antiguo y el Nuevo Testamento. — El modo de revelación en el Antiguo Testamento.

Perspectivas generales de la obra profética ... 11

Moisés, arquetipo de los profetas. — La profecía en los Salmos.

CAPITULO II. LOS PROFETAS: SU INSPIRACION Y METODOS ... 19

Designaciones de los profetas. — Los métodos de la profecía. La inspiración de los mensajes. — Los profetas falsos. — Predicación y predicción

CAPITULO III. EL TEMA MESIANICO ... 29

El tema mesiánico en los profetas. — El Mesías como «Siervo de Jehová».

CAPITULO IV. LOS GRANDES TEMAS PROFETICOS ... 39

El ministerio oral y los escritos. — Los principales temas de los profetas. — El valor permanente de los escritos proféticos.

EL LIBRO DE ISAIAS ... 53

CAPITULO I. INTRODUCCION ... 53

La interpretación de los libros proféticos. — Isaías el hombre. Conocidas crisis en la vida de Isaías. — Isaías el predicador y escritor. — La unidad del libro de Isaías

CAPITULO II. EL ANALISIS DEL LIBRO ... 65

El oráculo

Páginas

CAPITULO III. (COMENTARIO SOBRE EL TEXTO) EL FRACASO DE JERUSALEN, 1:1-31 ... 69

La crisis moral y espiritual de Judá, I:1-31

CAPITULO IV. EL REINO DE DIOS Y LOS PECADOS DE JERUSALEN, 2:1-4:6 ... 73

El reino de Dios sobre la tierra, 2:1-4. — El día del hombre y el día del Señor, 2:5-4:6.

CAPITULO V. LA «VIÑA» DE ISRAEL Y EL LLAMAMIENTO DE ISAIAS, 5:1-6:13 ... 81

La viña infructífera y su juicio; los siete «ayes», 5:1-30. — La vocación de Isaías, 6:1-13.

CAPITULO VI. EL LIBRO DE EMANUEL, 7:1-9:7 ... 91

El resto en medio del pueblo infiel, 8:1-22.

CAPITULO VII. LOS DOS IMPERIOS: EL ASIRIO Y EL DE MESIAS, 9:8-12:6 ... 105

El castigo de Israel, 9:8-21. — Assur (el asirio), vara y bastón de mi furor, 10:5-34. — El reino justo del Mesías, 11:1-12:6.

CAPITULO VIII. LOS PECADOS Y JUICIOS DE LAS NACIONES GENTILES (caps. 13-23) ... 109

Babilonia, 13:1-14:23. — Varios juicios, 14:24-32. — Moab, caps. 15 y 16. — Damasco y Jacob, cap. 17. — Los embajadores de Etiopía, cap. 18. — Egipto, caps. 19 y 20. — Tres cortos oráculos, capítulos 21. — El valle de la visión, 22:1-14. — Sebna y Eliacim, 22:15-25. — Oráculo contra Tiro, cap. 23.

CAPITULO IX. EL DIA DE JEHOVA Y LA SALVACION DEL PUEBLO (caps. 24 a 27) ... 117

La desolación de la tierra y el día de Jehová, 24:1-23. — El resto fiel, 25:1-27:13.

CAPITULO X. CASTIGO Y RESTAURACION DE ISRAEL (caps. 28 a 35) ... 123

La agresión de Asiria, caps. 28 a 33. — Contra la pretendida alianza egipcia, caps. 30 y 31. — El reinado de Justicia, cap. 32.— El resto fiel, cap 33. — Juicios contra las naciones; el anuncio del Reino de Cristo, 34:1-35:10.

Páginas

CAPITULO XI. EL PARENTESIS HISTORICO (caps. 36-39) 129

CAPITULO XII. LOS «DOS SIERVOS» Y SU OBRA (caps. 40 a 66) Parte I (caps. 40 a 45) 133

La sublimidad y gracia de Jehová, 40:1-44:28. — La prueba de la profecía, 43:8-45:25.

CAPITULO XIII. EL JUICIO SOBRE BABILONIA (caps. 45 a 48). 145

CAPITULO XIV. EL SIERVO DE JEHOVA (caps. 49 a 57) 149
El siervo bueno y fiel, caps. 49 y 50.

CAPITULO XV. EL PREGON DE LA LIBERACION, 51:1-52:12 ... 153

CAPITULO XVI. EL PRECIO DEL PERDON, 52:13-53:12 157

CAPITULO XVII. LA ANTICIPACION DEL EVANGELIO (caps. 54 y 55) 161

CAPITULO XVIII. AMONESTACIONES Y PROMESAS (caps. 56 y 57) 163

CAPITULO XIX. OBSTACULOS QUE IMPIDEN LA MANIFESTACION DEL PODER DE DIOS (caps. 58 y 59) 167

CAPITULO XX. EL FIN GLORIOSO DE LA OBRA DE DIOS (capítulos 60 a 66) 171

La contrición de la nación, caps. 63 y 64. — Tinieblas y gloria, capítulos 65 y 66 175

APENDICE I. EL FONDO GEOGRAFICO E HISTORICO 179

LOS PUEBLOS CIRCUNDANTES 180
Siria. — Asiria. — Babilonia. — Egipto. — Persia y Media. — Grecia. — Edom. — Moab. — Filistea. — Fenicia.

APENDICE II. ESQUEMA CRONOLOGICO 185

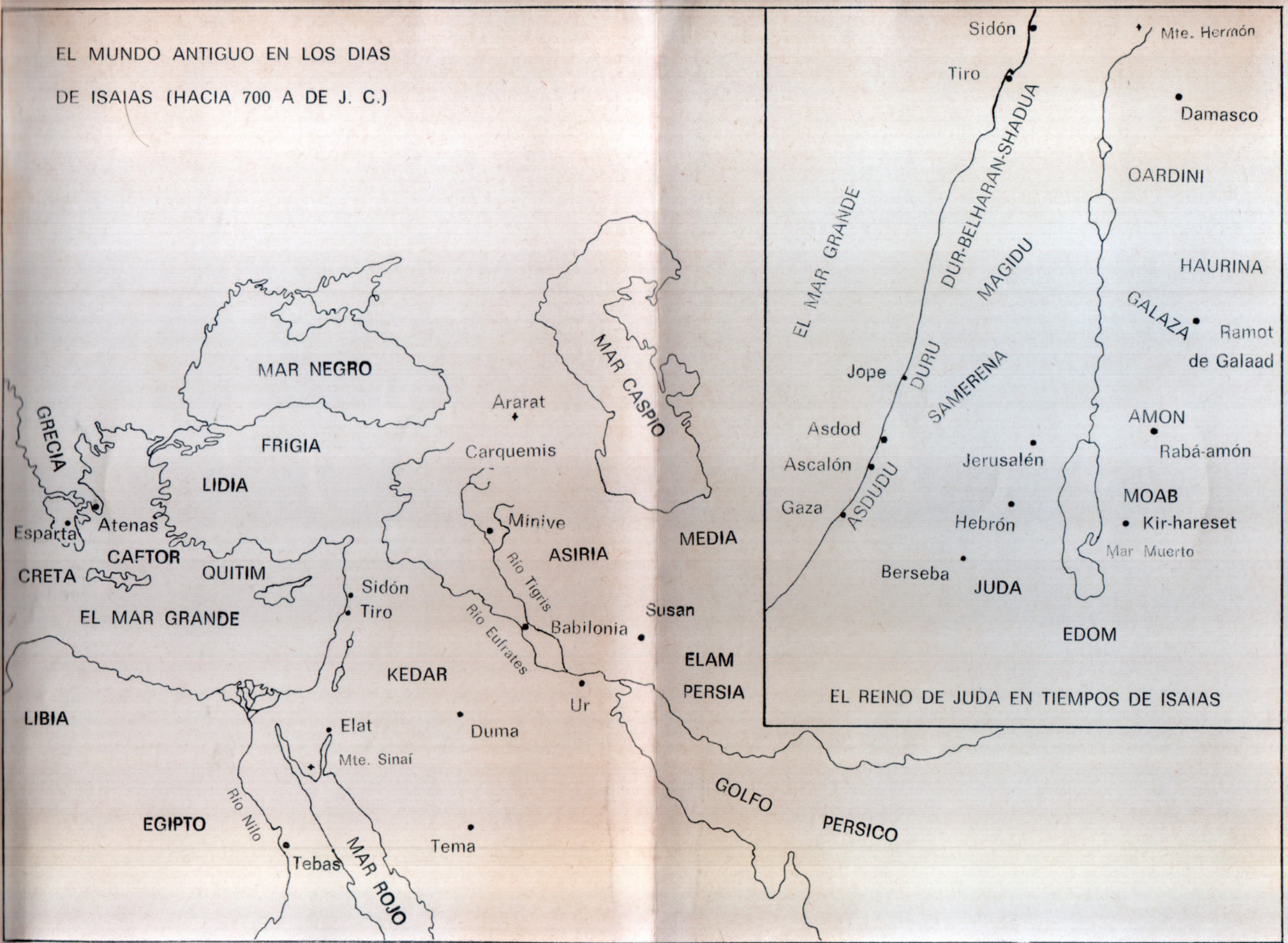
PROFETAS RELACIONADOS CON LAS EPOCAS HISTORICAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO 185

APENDICE III. LA CLASIFICACION DE LOS LIBROS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO HEBREO 188

Mapa

EL MUNDO ANTIGUO EN LOS DIAS

DE ISAIAS (HACIA 700 A DE J. C.)



L B